

## La confrontación envidiosa

Deseámoslo que vemos. Ser como los demás, tener todo lo que tienen los demás. Cuando somos niños aprendemos mirando a nuestros hermanos, a nuestros padres. Cuando somos adultos lo hacemos observando lo que hacen nuestros vecinos, los personajes del espectáculo y nos identificamos con ellos. El deseo es una energía avivada desde el exterior. El contacto con otras personas nos estimula, nos seduce, nos tienta, nos impulsa a querer siempre más, siempre cosas nuevas, a apuntar a miras cada vez más elevadas y a superarlas.

Pero esta incesante actividad deseosa encuentra inevitablemente frustraciones. No siempre logramos obtener lo que han obtenido aquellos que nos han servido de modelo. Entonces nos vemos obligados a dar un paso atrás. Este retroceso puede asumir varias formas: cólera, tristeza, renunciamento. O bien, un rechazo del modelo con el cual nos habíamos identificado. A fin de contener el deseo, rechazamos a la persona que nos lo ha suscitado, la desvalorizamos, decimos

que no tiene méritos, que no vale nada. Esta es la primera raíz de la envidia.

La otra raíz de la envidia surge de la exigencia de juzgar. A fin de saber cuánto valemos nos confrontamos con algún otro. Empezamos de niños cotejándonos con nuestro hermano y es nuestra madre quien nos compara con él. Y luego, en el transcurso de nuestra vida continuamos haciéndolo con los amigos, con los colegas, con quienes nos han superado o con quienes hemos dejado atrás; cada vez que nos evaluamos, somos también evaluados por los demás.<sup>1</sup>

Esto ha ocurrido en todas las épocas, ocurre en todas las culturas, tanto entre los hombres como entre las mujeres y nadie puede sustraerse a ello. Mejor y peor, arriba y abajo, más y menos, bueno y malo, elogio y reprobación, éxito y fracaso, todas son comparaciones. Para poder pensar en nosotros mismos, estamos condenados a confrontarnos con otros seres humanos, con sus cualidades, con sus virtudes, con su belleza, con su inteligencia, con sus méritos. En el fondo de cualquier valoración siempre hay "alguien" que constituye nuestra medida, que en la confrontación se instala en el centro de nuestro ser.

Queremos ser mejores, superiores, más apreciados. No hay un límite para esta incitación, para este ascenso. Por eso nunca se terminan la confrontación, el juicio, la sucesión ilimitada de valoraciones, a veces soy mejor, a veces peor, a ve-

<sup>1</sup> L. Festinger: "A theory of social comparison process", en *Human Relations*, 1954, 7, págs. 114-140.

ees doy un paso adelante, a veces un paso atrás. La totalidad de la energía social es el producto de esta fuerza ascendente, de esta propulsión comparativa. Y si no tenemos éxito, si la confrontación nos pone en situación desventajosa, nos sentimos disminuidos, desvalorizados, vacíos. Entonces procuramos proteger nuestro valor. Y podemos hacerlo de muchas maneras diferentes: renunciando a nuestras metas, volviéndonos indiferentes, o bien tratando de desvalorizar el modelo, rebajándolo a nuestro plano. Este mecanismo de defensa, este intento de protegernos mediante la acción de desvalorización, es la envidia.

Por consiguiente, la envidia es un retroceso, una retirada, una estratagema para sustraernos de la confrontación que nos humilla. Es un intento de ahuyentar el estímulo desvalorizando el objeto, la meta, el modelo. Pero es un intento desmañado, porque el objeto del deseo y el modelo permanecen allí, como una red en la cual el ánimo se debate prisionero.

Desear y juzgar son dos pilares de nuestro ser, pero también son la fuente de la envidia. Y la envidia siempre aparece, como un resplandor, juntó al nacimiento de cada deseo y al surgimiento de cada valor. Porque todo deseo siempre encuentra algún obstáculo, toda confrontación puede ponernos en dificultades. En cada incitación deseosa existe el riesgo del naufragio. En cada aspiración existe la posibilidad de perderse.

Ninguno de nuestros movimientos es un proceder rectilíneo, seguro, imperturbable. Corremos hacia adelante, luego nos detenemos, miramos en

derredor, volvemos a proceder prudentemente. Luego, ya seguros, damos un nuevo paso adelante. El flujo vital es una continua sucesión de exploraciones, de intentos y de errores, de avances y retiradas. El momento del retroceso, del reflujo, del rechazo, es parte integrante del proceso y es una parte esencial. La envidia es un acto de defensa, un intento de encerrarse en un refugio, en una fortaleza, por temor a lo que nos espera. Por eso es la sombra negativa de nuestro entusiasmo vital, la contrafuerza omnipresente del querer.

La envidia tiene sus raíces en nuestras motivaciones más profundas, en nuestras aspiraciones más elevadas. Sin embargo, el modo en que se revelan esos fines y esos deseos a través de la envidia es deformado y repugnante. No es un entusiasmo límpido, solar, una marcha llena de coraje hacia la meta; ni siquiera es una aceptación consciente del fracaso. El deseo frustrado vuelve a través de nuestra obsesiva concentración sobre alguien que ha tenido éxito en aquello en lo que nosotros hemos fracasado, y no sólo estamos descontentos por nuestro fracaso, sino también llenos de rencor contra quien ha alcanzado el éxito. La envidia tiene su raíz en el modelo, pero ese modelo, mediante el proceso envidioso, se transforma en una figura en la cual no podemos pensar sin sublevarnos, sin que nos acometa la rabia y el **desánimo**.<sup>2</sup>

<sup>2</sup> Las definiciones de la envidia que dan diversos filósofos en el curso de la historia concuerdan notablemente entre sí. Aristóteles se ocupa de ella en el segundo libro de la *Re-*

Si nuestros deseos se generan por la presencia de los demás, si el juicio que hacemos de nosotros mismos es el resultado de una comparación, la vida, en su impetuoso fluir, es dejarse arrastrar por esta corriente. Es aceptar, u olvidar, o no querer saber, que una gran parte de nuestros deseos penetra desde afuera, que la idea que tenemos de nosotros mismos es el murmullo de una multitud, el reflejo de sus palabras. Que no poseemos una sustancia íntima, autónoma, independiente.

---

*tórica* y la define como un dolor causado por la buena suerte que tiene alguien que se nos asemeja. Véase *Retorica*, II (B), 10,1387 b-1388, Barí, Laterza, 1973, págs. 94-95.

Santo Tomás de Aquino en la *Sumiría Theologicse* II-II, *Quaestic*, primer artículo, define la envidia cómo una infelicidad (*tristitia*) por los bienes ajenos, no porque esos bienes representen un peligro sino porque "*est di-minutivum propriae gloriae vel excellentiae*". Tomo 8<sup>o</sup> Secunda secundae, Roma, ex tipografía polyglotta, S.C. De Propaganda Fide, 1895, págs. 290-91.

Para Spinoza la envidia no es otra cosa que el odio mismo por cuanto considera que el odio dispone al hombre a gozar por el mal ajeno y a entristecerse por el bien de los demás. Véase Baruch Spinoza: *Ethica*, III, PropT~24, Turín, UTET, 1980, pág. 211.

Descartes habla de quienes sufren por el bien que ven que les ha tocado en suerte a los otros hombres. Descartes distingue además una envidia justa, que experimentamos cuando se ha ofendido a la justicia, de una envidia injusta. Pero agrega que muy raramente somos justos y generosos. Véase Descartes: *La passioni dell'anima*, en *Opere filosofiche*, vol. 4, Roma-Bari, Laterza, 1986, Artículo 182, pág. 106.

Kant define la envidia como la tendencia a ver con do-

La envidia es un intento inútil, desmañado, de sustraerse a esta condición humana, a este estar forjado por los demás, por sus palabras, por sus juicios. Es una protesta rencorosa contra esta sustancia etérea que envuelve nuestro ser. Es una rebelión contra nuestra carencia metafísica de autonomía. Pero es una protesta llena de mala fe, porque la gritamos solamente cuando nos sentimos vacilar, no antes. Por el contrario, antes, sobre esa misma confrontación construíamos deseos nuestra seguridad y nuestro valor. La envidia es la protesta de un fullero que advierte que ha hecho trampas en el juego cuando empieza a perder. Entonces quiere instaurar un juego justo, pero no puede hacerlo porque cree que todos hacen trampas y no se fía de ellos como no se fía de sí mismo.

---

lor el bien de los demás aun cuando éste no acarree ningún daño para nuestro bien. Véase *Metafísica dei costumi*, Bari, Laterza, 1973, pág. 328.

John Rawls escribe que envidiamos a las personas cuya situación es superior a la nuestra y que estamos dispuestos a privarlos de sus beneficios, incluso si fuera necesario que nosotros mismos tuviéramos que renunciar a algo para lograrlo. Véase, *Una teoría della giustizia*, Milán, Feltrinelli, 1982, pág. 424. [Hay versiones castellanas: Aristóteles: *Retórica*, Madrid, Aguilar, 1968, 2ª ed.; santo Tomás de Aquino: *Summa Theologica*, trad. PP. Dominicos, Madrid, Editorial Católica, 1960; Spinoza: *Ética*, México, Fondo de Cultura Económica, 1958; Descartes: *Las pasiones del alma*, Barcelona, Edicions 62; Kant: *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*, Madrid, Espasa-Calpe, 1983; Rawls: *Teoría de la justicia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1979.]

La envidia es perversidad hacia los demás cuando pensamos que la sociedad, el mundo, no son suficientemente buenos para con nosotros. Es un veneno que esparcimos y con el cual intoxicamos el ambiente. Y en ese ambiente nos movemos, incómodos, con sumisión y miedo.

Pero también cuando somos nosotros los envidiados sentimos ese clima maléfico, de inquina. La envidia de los demás nos hiere, envenena nuestra vida. La envidia es agresividad. Si muchos te envidian, si muchos procuran por cualquier medio disminuir tu valor, desacreditar tu imagen, si esta acción de intoxicación continúa día tras día, terminas por sentirte sofocado. Haces algo que consideras loable y caes en la cuenta de que esa acción suscita afrenta. Eres gentil y como respuesta obtienes una villanía. Redoblas los esfuerzos y aumenta la hostilidad de tus colegas, de tus parientes, de aquellos que deberían comprenderte mejor, más fácilmente. Que deberían manifestarte el reconocimiento que consideras merecer.

Son momentos en los cuales puedes percibir la envidia como una presencia agresiva, tangible. Puedes sentir, como un animal que posee un sentido especial, el olor, el hedor de la agresividad. Y adviertes que ese hedor colma la habitación en la que entras, deforma los rostros que te miran. Antes, cuando abrías una carta, veías sólo las palabras, las leías en su significado literal, mientras que ahora percibes, entre líneas, detrás de cada renglón, la porquería, el odio de quien ha impregnado con su rencor la hoja al escribirla. Durante



una conversación, sientes el olor nauseabundo en las alusiones, en las frases espirituosas, en la ironía. Olor de hombres malvados, de verdugos, olor de gente acorralada. •



## La condena social

La envidia es un mecanismo de defensa que ponemos en funcionamiento cuando nos sentimos disminuidos, al compararnos con alguien, con lo que posee, con lo que ha logrado hacer. Es un intento torpe de recuperar la confianza, la autoestima, desvalorizando al otro. <

Por consiguiente es una actividad, un proceso. Primero aparece la confrontación, la impresión devastadora de empobrecimiento, de impotencia y, luego, la reacción agresiva. Pero, ¿basta con esos elementos para constituir la envidia? Ciertamente no. Porque la envidia es, además, un "vicio", algo que la sociedad condena y que nosotros condenamos en nosotros mismos. No es solamente un sentimiento o una conducta, es también un juicio, una prohibición.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> El mérito de este enfoque es de John Sabini y Maury Silver. Antes de preguntarse "¿qué es la envidia?", ellos se plantearon la cuestión sobre "¿cuándo acusamos a alguien de envidioso?" y pudieron describir la envidia como un acto dirigido a impedir la caída del propio valor, pero guiado por medios sociales inapropiados. La soberbia, en cambio, es un

Partamos de un ejemplo. Hay dos muchachas que se quieren. Son amigas desde la infancia, han jugado siempre juntas. Pero, llegado el momento de la madurez, una se desarrolla primero, de manera notable. Se hace hermosa, de una belleza deslumbrante. Los muchachos comienzan a admirarla, a cortejarla, sobre todo los más grandes, los más guapos e interesantes.

La amiga advierte la transformación, sabe de qué se trata y espera que también le llegue a ella el momento del desarrollo. Pero está molesta; por primera vez se siente desigual, inferior, disminuida. Sufre, llora y se confía a su compañera que la consuela. "No te preocupes, verás cómo tú también crecerás, verás cómo te volverás hermosa." Pero ella está cada vez más triste y se pregunta por qué debe haber, de pronto, tanta diferencia entre ellas. "¿Por qué —se pregunta— a ti sí y a mí no?" Y no encuentra ninguna explicación.

Es el primer movimiento del proceso envidioso: la comparación negativa, la pérdida dolorosa del propio valor. Pero todavía no hay un definido proceso de defensa, de respuesta. Particularmente, no aparece todavía la agresividad hacia su amiga, el intento por desvalorizarla.

Veamos cómo puede presentarse. Un día nuestra muchacha encuentra a una conocida que

---

acto dirigido a acrecentar —siempre por medios incorrectos— el propio valor. Véase John Sabini y Maury Silver: *Moralities of Eueryday Life*, Oxford University Press, Oxford, 1982.

le dice con dureza: "Pero, ¿qué pretendes? Tu amiga es bella, mucho más bella que tú. Y lo sabe muy bien. Mira cómo se pavonea". La muchacha queda trastornada. Se siente disminuida, desvalorizada, impotente. Experimenta lo que Natoli llama el tormento de la impotencia.<sup>2</sup> Esa conocida, además, ha dirigido sus pensamientos en la dirección de la agresividad diciéndole que la amiga se sabe hermosa y se pavonea por ello.

Ahora el proceso envidioso ha dado un paso adelante. La muchacha siente un impulso de odio, desea que la amiga se vuelva fea, ya no quiere verla. ¿Podemos hablar entonces de envidia completa? Todavía no, falta aún un elemento fundamental del proceso. Nuestra muchacha no sabe que siente envidia, no es consciente de ello. Y no sabe todavía que la envidia es un sentimiento malo.

Llegamos ahora al último paso: la condena social y su internalización. Muy bien descritos por un episodio real relatado por una escritora italiana.<sup>3</sup>

"Las mujeres querían que yo fuera un objeto asexual. La primera en hacerlo fue una prima mía. Yo tenía diecisiete años. Era huésped en su casa. Su padre quería llevarme a visitar la ciudad y luego al cine. Yo no quería ir para no hacer-

<sup>2</sup> Salvatore Natoli: "Il tormento dell'impotenza e le insidie del risentimento", en G. Pietropolli Charmet y M. Cecconi (compiladores): *L'invidia. Aspetti sociali e culturali*, Milán, Scheiwiller, 1990, págs. 33-40.

<sup>3</sup> Rosa Giannetta Alberoni: *lo voglio*, Milán, Rusconi, 1990, pág. 109.

lo quedar mal. No tenía ropa decente, sólo algún jersey y un pantalón descosido. Mi tío le dijo a su hija que me prestara un jersey grueso. Era otoño, el aire era fresco y de todos modos no hubiera resultado suficiente una de mis camisas de algodón. Ella aceptó. Me prestó un jersey blanco, precioso.

"Me lo puse en el baño y luego fui a verla a su dormitorio. '¿Cómo me queda?' Ella me miró en silencio. Yo esperaba una respuesta. El rostro se le ponía cada vez más rojo y de pronto me gritó: '¡Quítatelo! Ya no quiero prestártelo'. Rompió a llorar y mientras repetía: ¡Quítatelo, quítatelo! se echó sobre el lecho, presa de una verdadera crisis histérica.

"Su padre, atraído por los gritos, acudió. '¿Qué ocurre?' "Ya no quiere prestarme el jersey', le respondí confundida. '¿Por qué ya no quieres prestárselo? Tienes tantos.' Torque le sienta demasiado bien', farfulló ella entre lágrimas. También ella era joven. Tenía dieciséis años y no sabía cuál era el sentimiento que le había hecho cambiar de idea. Pero su padre sí. Furioso, le gritó: '¡Malvada, envidiosa malvada!'. Me quité el jersey y renuncié a salir."

La muchacha no conocía todavía la naturaleza de su sentimiento. Había hecho la comparación, había experimentado el sufrimiento de no valer, había tenido una reacción agresiva. Casi un reflejo incondicionado, una reacción instintiva. Así reaccionan los niños, los adolescentes y ciertos tipos humanos que conservan las características infantiles y adolescentes. Pero su padre

reconoció la envidia y le comunicó inmediatamente su propia desaprobación y la de la sociedad. Ahora la muchacha sabe, fue juzgada e internalizó la condena. El proceso está completo.

Pero, ¿de qué se acusa al envidioso? De tres culpas. A fin de verlo con claridad volvamos a la observación que le hizo una conocida a la muchacha del primer ejemplo: "Pero, ¿qué pretendes? Tu amiga es bella, mucho más bella que tú".

Releyéndola con cuidado, advertimos que ya en esta frase hay una condena social. La mujer habla en nombre de la sociedad. No dice: "Me parece que ella es bella". Dice: "Es bella, ¿qué pretendes?". No admite dudas. Ser bella o no serlo no es una cuestión de opiniones individuales. Es un juicio social de valor. Mediante sus palabras, la sociedad pronuncia una sentencia que no acepta réplica. Y da una orden a la muchacha. No te rebelas, ¡acepta nuestro juicio! Rebelarse al juicio social, ponerlo en duda o negarlo es la primera culpa del envidioso.

Sólo entonces aparece la segunda culpa. La agresividad. El envidioso desvaloriza al otro, trata de disminuirlo, de dañarlo. Violencia que resulta tanto más culpable porque está dirigida contra una persona que la sociedad aprecia, estima.

Por consiguiente, la acusación es doble: te rebelas contra el juicio de valor de la sociedad y atacas a aquel que la sociedad tiene en considera-

ción. No aceptas nuestros principios y procedes contra quien nosotros estimamos. Por consiguiente experimentas un sentimiento infame, te comportas de manera infame. La palabra envidia expresa esta condena, y constituye un mandamiento a actuar de manera diferente.

Ibdos los seres humanos se ven impulsados a hacer comparaciones, a emitir juicios, a afirmarse ellos mismos en el lugar de los demás. La sociedad debe imponer absolutamente sus propios valores, imponer límites a las desenfrenadas pretensiones del individuo. No puede permitirle que ataque a los demás miembros de la sociedad, sobre todo a aquellos que encarnan los valores.

Cuando alguien nos acusa de ser envidiosos, es la sociedad la que nos habla y nos recuerda que queremos el mal de una persona que esa sociedad aprecia y sobre la cual ha extendido su mano protectora. Se abren paso, entonces, en nosotros sentimientos nuevos: el sentimiento de culpa por haber experimentado envidia y la vergüenza por haber sido descubiertos.

Pero eso no es suficiente. En la palabra envidia hay una tercera acusación. "¿Qué mal te hizo?", nos dicen. Y no sabemos qué responder. Porque la persona a la que envidiamos no ha hecho ningún ademán agresivo. No ha "hecho" absolutamente nada. Nuestra derrota, nuestra catástrofe interna, no fue determinada por una acción, por una violencia, sino pura y sencillamente por la comparación que nosotros mismos hemos realizado. Comparándonos hemos descubierto que somos inferiores y nos sentimos humillados, envile-

cidos. Pero no hemos sido agredidos por nadie. Vivimos la experiencia devastadora de resultar destruidos por otro, sin poder siquiera acusarlo.

La frase "¿Qué te hizo?" sirve para condenarnos. No te hizo nada malo y tú lo atacas. Por lo tanto eres malvado.

La envidia es, pues, un daño que has sufrido pero que nadie te ha infligido. Con la palabra *envidia* te digo que el daño te lo has imaginado tú, que es el producto de tu mente y te reprocho por experimentar ese sentimiento. Si la otra es más hermosa, ¿por qué te sientes mal? ¿Ya no eres la misma de antes? Ella no te ha quitado nada. ¿Por qué sufres, te atormentas inútilmente, y sobre todo, por qué le deseas mal si ves que no tiene ninguna culpa?

La acusación de envidia afecta todos los movimientos del ánimo: *el juicio*, porque le impide al sujeto pretender ser él quien atribuya el valor, siendo así que debe aceptar en cambio el valor establecido por la sociedad; el *sentimiento de disminución*, porque dice que no tiene motivo, que es absurdo; y, por último, la *agresión*. "¿Qué te hizo?" ¿Por qué eres malvada con quien no te ha hecho nada?

Si volvemos ahora a nuestro ejemplo comprendemos el proceso emocional e intelectual de la muchacha "envidiosa". Realizó una comparación con otra, una comparación de la cual salió anonadada, envilecida y que quisiera anular con un gesto agresivo, un violento no. Pero la sociedad se opuso a sus tres reacciones y las transformó en culpas. La envidia verdadera, propia, com-

pleta, nace del choque entre la experiencia interna y el juicio moral de la sociedad. Por consiguiente, la envidia es al mismo tiempo sentimiento y juicio, experiencia y reproche, pasión y condena de la pasión.



## Sentimientos y palabras

Continuemos con el ejemplo de la muchacha deshecha en lágrimas y atormentada por la envidia. Tiene la suerte de encontrar a una mujer experta que se hace cargo de la situación. "No hay un solo tipo de belleza", le dice. "Tu amiga tiene una belleza latina, abundante, vistosa, pero un poco robusta. Tú eres fina, delgada, de líneas delicadas. Puedes convertirte en Una belleza refinada. Pero debes cuidarte, maquillarte." Y le enseña a hacerlo, a moverse, a valorizar sus atractivos. Hasta le enseña en qué ambientes resultará más apreciada, porque no todos tienen los mismos gustos. La muchacha acepta los consejos, los sigue, se transforma y en poco tiempo, repara en que también a ella la admiran, y aun más que a la otra. La envidia desaparece rápidamente. Las dos amigas vuelven a acercarse y, esta vez, sin comparaciones desagradables. Cada una está ahora segura de su valor.

En este caso, la envidia, después de un primer extravío, tuvo un efecto benéfico. Llevó un problema a la conciencia. Ayudó a la muchacha a encontrarse a sí misma.

Pero podía haber ocurrido de otro modo. Hay personas que, después de una experiencia de este tipo, renuncian a mejorar y hasta intentan directamente afearse, abandonan la competencia en ese campo. También a nosotros nos ha sucedido, a veces, al compararnos con alguien que ha tenido éxito, sentirnos fracasados y sin valor. Es como si se hubiese abierto frente a nosotros un abismo, y ese abismo somos nosotros mismos, nuestra nulidad. Dejamos caer los brazos, nos sentimos faltos de fuerza. La envidia no nos estimula a crecer, nos revela que no tenemos remedio. ¿Cómo identificar dos experiencias tan diferentes? ¿No deberíamos buscar acaso dos expresiones que las distinguan? ¿No hay, por ejemplo, una envidia *competitiva* y una envidia *depresiva*?

Pero veamos otro caso tomado de la vida real. Conozco a un hombre de ciencia que de joven hizo una carrera brillante y saltó a las candilejas de la notoriedad. Era el número uno, admirado y honrado. Para su desgracia, en determinado momento, uno de sus colegas, que no parecía poseer dotes particulares, hizo un descubrimiento revolucionario y obtuvo un estrepitoso éxito internacional. A partir de ese momento, los medios de comunicación sólo se ocuparon de éste. El primero no acertó a explicárselo. Comenzó a atacarlo y a esforzarse por todos los medios por denigrarlo y su rencor envidioso fue aumentando año tras año hasta convertirse en una obsesión. Ya no se trata aquí de una punzada de envidia que dura un instante y luego desaparece. Este es un

rencor que caracteriza una vida, que la envenena. Es la envidia obsesiva, la *obsesión envidiosa*.

Hay casos en los que, por el contrario, la experiencia de fracaso, de falta de valor, no es excesivamente intensa. En cambio, la irritación, el odio hacia el envidiado es violentísimo. Algunas personas están en permanente competencia con sus colegas; y hacen todo lo que está a su alcance para colocarlos en una situación crítica, para arruinarlos. Aunque con esa actitud provoquen un daño grave a la empresa en la que ambos trabajan. Estas personas encuentran placer no tanto en el propio éxito como en el fracaso de los demás. Es la *envidia maligna*.

Luego están las personas afirmadas en sus puestos, los viejos que temen la competencia de los jóvenes. Los miran con desconfianza y con altivez, dispuestos siempre a desvalorizarlos, a hundirlos cuando surgen y comienzan a abrirse un camino. En este caso, ¿podemos hablar de envidia? A primera vista no, porque los viejos poseen los bienes, los valores, la estima, el poder y antes bien es el joven quien debería estar envidioso, frente a la pregunta: "¿Por qué todavía él y no yo?". No obstante, también esto es envidia. El viejo quiere conservar su poder como el avaro su riqueza. Tiene miedo de todos los que crecen. Y los jóvenes tienen el tiempo, la vida, a su favor. Y por eso los envidia. Es la *envidia avara*.

La envidia es el sentimiento de una posibilidad de vida mutilada, impedida, derrotada, pero no extinguida. O bien, todavía demasiado débil, incierta, titubeante, insegura de sí misma. De las

energías que todavía no se han desarrollado plenamente o de las que empiezan a declinar. No del florecer pleno, porque en ese caso la vida colmada supera los obstáculos. Ni tampoco del ocaso definitivo, porque entonces el deseo se extingue en la resignación. Por eso aparece durante la adolescencia, cuando el muchacho o la muchacha no conocen todavía sus posibilidades y esperan o renuncian sin razón. Pero también en la edad más avanzada, cuando advertimos que perdemos nuestras facultades y nuestro poder. O bien en aquellos períodos de la vida en que nos sentimos fracasados, perdidos, cuando todavía tenemos en nuestro interior tanta vitalidad, vitalidad que reconocemos en quien ha triunfado, pero sólo para volver a caer en el desaliento.

Sin embargo existe una gran diferencia entre un organismo en crecimiento, que va en busca de sus posibilidades y uno en decadencia, que empieza a descubrir sus límites. En el primero, la confrontación evoca un deseo que puede parecer irrealizable, aunque en realidad no lo es. Ahora bien, por el hecho mismo de haber sido evocado, se asemeja un poco más a la realización. La punzada de envidia en la adolescencia y en la juventud es con frecuencia una exploración de los propios deseos y de las propias posibilidades.

Si aquel muchacho tiene realmente la capacidad de crecer, si tiene en su interior la vocación, la punzada de la envidia la despierta, la trae a la conciencia. Experimenta entonces una dolorosa languidez que es la llamada y el sentimiento de una patria nunca vista y sin embargo deseada.

Como el ánade de Ibsen cuando ve pasar por primera vez a los magníficos cisnes. El, el más feo de la pollada, siente una misteriosa afinidad con ellos y la pena de un destino no cumplido.

Asimismo el enamoramiento, cuando se inicia, aun antes de haber encontrado la persona a la cual se dirigirá, se presenta como una punzada de envidia hacia aquellos que son felices. El extraordinario impulso vital que está por manifestarse entrevé la felicidad a la que está destinado en un modelo y sufre por no ser como él.<sup>1</sup>

Cuando estamos en crecimiento la envidia no paraliza la voluntad, no hace renunciar a la meta, no pone en movimiento pensamientos malvados y mezquinos. Sino que estimula el deseo y nos lleva a reconocerlo en nuestro interior, a aceptarlo, a quererlo, a pelear por él. Por consiguiente, no rechaza, temerosa, la competencia, sino que la acepta y asume sin terror el riesgo que ella implica. O bien da incluso un paso más, genera un interés activo por la otra persona. Trata de buscarla, de conocerla mejor, de tomarla como modelo, de emularla y de hacerse amigo. Es ésta una envidia que se transforma en algo diferente, una envidia puente, una *envidia de iniciación*.

Por lo tanto, la envidia es una nebulosa de experiencias emotivas y debemos contar con otras tantas expresiones diferentes para nombrarlas. Pero, por el contrario, en esta esfera, el

F. Alberoni: *Enamoramiento y amor*, Barcelona - México, Gedisa, 1980.

lenguaje es extremadamente pobre, está casi ausente. Todo lo contrario de lo que ocurre en la esfera del amor. Los enamorados y los poetas han creado, a través de los milenios, estupendas metáforas. Hasta las personas más simples, cuando son presas de una pasión adquieren el extraordinario don de expresarse, de "hablar de amor". Lo contrario ocurre en el mundo de la envidia. Muchas de las experiencias envidiosas no tienen nombre. Porque no se las menciona, no se las confiesa, no se las describe. La envidia es un sentimiento afásico. Y es un sentimiento vergonzoso. Es algo que no le decimos a nadie y que nos cuesta admitir incluso frente a nosotros mismos.

Solamente estamos dispuestos a hablar de nuestra envidia en situaciones en las cuales suponemos que podremos desembarazarnos de ella. En psicoanálisis, por ejemplo, porque la consideramos un síntoma del cual podemos curarnos. En todos los demás casos, hasta cuando debemos confesársela a un amigo íntimo, con el cual tenemos absoluta confianza, nos sentimos profundamente inhibidos. Podemos describir nuestro odio, nuestros celos, nuestros miedos, nuestras vergüenzas. Pero no nuestra envidia. No tenemos el coraje de decir: "Sí, envidio a Tal, cuando oigo su nombre me siento mal, trato de no pensar en él, pero me vuelve continuamente al pensamiento y me siento un miserable". Hacerlo es más que desnudarse, es revelar el aspecto más mezquino y vulnerable de nuestra alma. Y tenemos la impresión de que si debemos hacerlo, nuestro amigo ya no nos mirará del mismo modo.

Hablar de nuestra envidia significa hablar de nuestras esperanzas más secretas, de nuestros sueños más íntimos y de nuestros fracasos, de nuestra incapacidad, de los límites insuperables que encontramos dentro de nosotros mismos. Significa hablar de las injusticias que consideramos que hemos sufrido y que no osamos confesar porque, ¿se trataba realmente de injusticias o de nuestra incapacidad? La envidia se lleva en el interior de nosotros mismos, allí adonde debería estar la plenitud del ser y donde en cambio descubrimos imprevistamente un vacío doliente y rencoroso.

La envidia habla de nuestra frivolidad, de nuestro esnobismo, de las fantasías infantiles que albergamos en nosotros, que cultivamos mientras nos damos aires de personas adultas. Habla de las mentiras que nos decimos para consolarnos y de las que les decimos a los demás para hacer buena figura. De las maniobras que realizamos para conseguir cómplices. Habla de nuestros enemigos y de aquellos a quienes nos esforzamos por dañar, aunque no nos hayan hecho nada. La envidia está en la raíz de muchas de nuestras enemistades y vuelve ambiguas muchas de nuestras amistades. Es la zona oscura en la cual nuestra perversidad logra abrirse camino y corromper los pensamientos más puros.

La envidia es un sentimiento encrucijada, un punto de tránsito al cual se llega desde otras experiencias y del cual se parte para alcanzar otros sentimientos. Se puede llegar a ella desde la admiración, cuando una persona estimada nos

trata mal y nos niega su reconocimiento. Puede terminar en la admiración cuando un adversario peligroso y envidiado nos tiende una mano y nos premia. Puede alimentar una competencia fecunda o, por el contrario, una estéril renuncia. Puede ser una inquietud leve, un estado de vigilancia, pero puede convertirse en un rencor.

Pues bien, trataremos de devolverle la palabra a ese sentimiento mudo, a ese sentimiento afásico. Para reencontrar las huellas escondidas de nuestra infelicidad, y de la infelicidad que provocamos a los demás. Para sacarla a la luz, para comprenderla, para liberarnos de ella o para rescatarla.



## La envidia es violencia irregular

Con la envidia, al observar al otro, nos sentimos disminuidos y, por consiguiente, dañados. Todos admitimos que, en realidad, el otro no nos ha quitado nada, que no nos ha hecho ningún daño. Pero no es verdad. Por lo menos ha generado en nosotros un deseo que no hubiéramos querido tener. Sin él hubiéramos vivido en paz, contentándonos con lo que teníamos. Pero ahora eso ya no es posible, pues quien ha tenido éxito, quien se ha elevado por encima de nosotros, nos ha señalado una cumbre, una superioridad. Ha sembrado en nuestro ánimo el veneno de la necesidad de alcanzar esa cumbre. Cuanto más seguimos su ascenso, más anhelamos alcanzar su altura. O que él se despeñe hasta nuestro nivel, preferiblemente a nuestros pies.

Pero todas estas consideraciones no pueden decirse, no pueden gritarse. La persona envidiosa no puede reprocharle a la persona envidiada el hecho de haberla humillado con su presencia, con su ascenso. Quien lo hace se vuelve patético y ridículo.

La envidia nace de la prohibición de la violencia, de esa violencia que se manifestaría inmediata y terrible cuando advertimos que otro ha recibido más que nosotros, nos ha superado, nos ha vencido. Una violencia que se manifiesta, furiosa, en el niño cuando advierte que le han dado a su hermano algo y a él no.<sup>1</sup> Una violencia que brilla por un instante en el ojo envidioso de la mujer que ve entrar en un salón a una rival más bella y admirada. Una violencia capilar, difusa, cotidiana, que la sociedad no puede permitirse, porque resultaría desgarrada por una cadena insaciable de venganzas.<sup>2</sup> Por eso, la sociedad obliga a los individuos a hacerla desaparecer, a esconderla o a expresarla de manera deformada, desviada. Pero esta prohibición también ha sido internalizada. Nos enseñaron a hacerlo desde la infancia. Nos enseñaron que desear el mal de los demás porque tienen más que nosotros es una culpa, un pecado, un vicio. Precisamente, el vicio de la envidia.

Sin embargo, cada sociedad concede a esta agresividad una posibilidad oficial de canalizarse y de expresarse. En las sociedades guerreras la cólera envidiosa suscitada por la llegada de otro campeón se canalizaba en la institución del reto, del torneo, del duelo. El recién llegado debía poner

<sup>1</sup> Lo recuerda san Agustín en *Le confesiones*, libro I, 11, Milán, Garzanti, 1990, pág. 15. [Hay versión castellana: *Confesiones*, Barcelona, Bruguera, 1984 (entre otras).]

<sup>2</sup> Un proceso magníficamente descrito por René Girard: *La violencia e il sacro*, Milán, Adelphi, 1980. [Hay versión castellana: *La violencia y lo sagrado*, Barcelona, Anagrama, 1983.]

a prueba su fuerza contra todos. Ellos podían desahogar su agresividad contra él, tratando de destruirlo, de matarlo. Y él no podía evitarlo. Aquellas sociedades reconocían a quienes eran desafiados a una confrontación el derecho a desafiar a su vez. Pero todo dentro de un sistema de reglas sociales, de manera manifiesta. El resultado era la expulsión o la muerte del recién llegado o su inserción en un punto preciso de la jerarquía social.

Algo análogo ocurre en las comunidades deportivas. En un círculo tenístico, se somete enseguida al nuevo socio a una prueba y se lo coloca en la jerarquía tenística compartida por toda la comunidad. La competencia, la carrera, ya sea ésta un duelo, un concurso de belleza o el juicio de Dios, son formas diferentes de dirimir una incertidumbre envidiosa. La sociedad establece con claridad cuáles son sus valores y sus criterios de juicio. Todos deben atenerse a ellos, sin excepción. Así se derrota el mundo subjetivo, con sus mil re combinaciones posibles de los criterios de valor, con sus dudas y sus engaños y se impone un orden objetivo.

La sociedad capitalista, por ejemplo, requiere que la confrontación que podía dar origen a la envidia se elabore en la forma de emulación, de competencia. Y elogia a quien tiende a elevarse, a quien intenta superar al competidor, aprecia a quienes se sienten motivados para alcanzar el éxito.<sup>3</sup>

<sup>3</sup> D.C. McClelland: *The Achieving Society*, Nueva York, Van Nostrand, 1961. D.C. McClelland, J. W. Atkinson, RA.

La sociedad norteamericana, en particular, es extremadamente optimista en lo que se refiere a la posibilidad de éxito de cada uno. No te echas atrás —dice—, inténtalo y lo conseguirás. Pero debes hacerlo siguiendo las reglas del juego y cuando el otro vence debes reconocer su mérito, aplaudirlo.

Otro terreno en el que la competencia es muy fuerte es el sistema político. En este campo, las más de las veces el resultado del juego es cero. Mientras en el sistema económico se puede dar el caso de que todos los competidores obtengan ganancias, en el sistema político, si uno adquiere poder, significa que algún otro lo ha perdido. Si alguien vence, quiere decir que otro ha sido derrotado.

Por eso, el político está extremadamente expuesto a la confrontación envidiosa. En los congresos del partido y en las elecciones, está obligado a asistir a su humillación y al triunfo del competidor. Por otra parte, los motivos de la victoria o de la derrota no están definidos unívocamente como en una competencia deportiva. Se juegan allí complejos sistemas de alianzas, promesas no cumplidas, episodios de corrupción. Todos ellos son factores que llevan al político a hacerse la pregunta crucial "¿Por qué ganó él y no yo? ¿Qué hizo para merecer esta victoria? ¿Qué tiene él mejor que yo en cuanto a inteligencia o habilidad, en cuanto a ideas, capacidad, méritos?".

---

Clark y E.L. Lowell: *The Achievement Motive*, Nueva York, Appleton, 1953.

Lo que salva al político de un inútil y prolongado tormento envidioso es el hecho de pertenecer a un partido, a un grupo. No está solo, hay otras personas con él. En el momento de la derrota lo sostienen los votos de sus compañeros de partido o de corriente, y todos juntos tienen una respuesta a sus angustiosas preguntas. El político vencido siempre encuentra alguien que lo apoya y le dice: "¡No, no, tú tenías razón! El otro es una nulidad, pero tuvo la ayuda de Tizio, de Caio y tuvo suerte. La gente no te comprendió. Pero ahora, ¡volvamos al trabajo y ya nos haremos ver en las próximas elecciones!".

Cuando las reglas sociales cambian rápidamente, hasta puede suceder que se opere una rápida transformación de la envidia en rivalidad abierta y viceversa. Durante los movimientos colectivos del tipo marxista de las décadas de 1960 y 1970, muchas situaciones de envidia se transformaron en rivalidad política y fueron absorbidas en la lucha de clases. La persona que podía ser envidiada quedaba clasificada entre los enemigos de clase y se la odiaba por capitalista o por sirviente de los capitalistas.

A fines de la década de 1970 ocurrió un proceso inverso con el ocaso de la ideología marxista que canalizaba y daba una salida ideológica a los sentimientos envidiosos. Muchos sindicalistas se dieron cuenta de que envidiaban a sus coetáneos convertidos en dirigentes y empresarios. Muchos

intelectuales de izquierda que habían elegido el camino del adoctrinamiento advirtieron que envidiaban a sus colegas que se habían enriquecido al convertirse en diseñadores o publicitarios.

Pero podemos recordar también un insólito episodio de transformación de la envidia en agresividad, ocurrido en la televisión italiana. En 1988, el conductor Gianni Minoli había invitado al crítico de arte Zeri a su programa y le había dado un gran espacio. Zeri se presentaba vestido con un largo gabán y exponía con aire hierático su verdad sobre lo bello y lo feo, sobre lo mediocre y lo sublime. Este éxito de Zeri había suscitado las envidias de sus colegas críticos, convencidos de ser, por lo menos, tan buenos como él pero con la desventaja de no tener a su disposición el escenario televisivo.

Las cosas siguieron así por mucho tiempo, hasta que apareció otro crítico de arte, Vittorio Sgarbi en un espectáculo de entretenimientos conducido por Maurizio Costanzo. En determinado momento, Costanzo le preguntó qué pensaba de Zeri. Y Sgarbi, en lugar de atenerse al código de conducta "honesto", por el cual, como máximo se puede mantener una cortés reserva sobre el rival, eligió el camino opuesto. "Lo odio —dijo al entrevistador estupefacto— quiero verlo muerto." Y cuanto más intentaba Costanzo hacerlo retractar de su afirmación, más insistía Sgarbi diciendo que Zeri era una nulidad, un incapaz y que él lo odiaba a muerte.

Este fue el comienzo del éxito de Sgarbi que a partir de ese momento fue invitado continua-

mente para decir su opinión sobre cualquier cosa y a destruir todo y a todos. Pero fue también el comienzo de una nueva manera de comportarse legitimada por la televisión. En lugar de la reserva envidiosa, el ataque abierto, la pública declaración de hostilidad,

Algunos distinguen una envidia buena de una envidia mala.<sup>1</sup> La envidia buena sería el deseo doloroso, lacerante, que experimentamos cuando vemos que alguien tiene éxito en lo que nosotros quisiéramos tenerlo, pero sin sentir odio, por él, sin querer quitarle lo que tiene. El otro, en sustancia, evoca nuestra necesidad, pero luego desaparece del campo psíquico y no nos molesta más.

Pero, ¿ésta es realmente envidia? Si la persona que evoca nuestro deseo desaparece, si no nos obsesiona, si la olvidamos, ¿a quién envidiamos? La envidia ha perdido su objeto. Para que se pueda hablar de envidia es necesario que el otro permanezca en su lugar y continúe estimu-

<sup>1</sup> Hesíodo distingue dos formas de *eris*, la discordia, la mala, está vinculada con el *phthonos*, la envidia, la buena en cambio está ligada a *dike*, la justicia. También Descartes, como vimos, distingue una envidia justa y una injusta. La distinción entre envidia buena y mala, en cambio, ha sido sostenida recientemente por Paola Beninca, *Qual é l'invidia che può diré il nome*, en Valentina dtJrso (comp.): *Imbarazzo, vergogna e altri affanni*, Milán, Raffaello Cortina Editore, 1990, págs. 179-192.

lando nuestro deseo. El envidiado se instala frente a nosotros y nos recuerda nuestra impotencia. Su presencia *es* una invitación y un memento: "¡Eso es bello, pero tú no lo obtendrás!".

Atención: no es su existencia la que no nos permite alcanzar nuestro deseo. El otro se limita a evocar. Pero si ese deseo nos hace sufrir, si queremos desembarazarnos de él, olvidarlo, sacárnoslo de la cabeza, debemos también sacarnos de la cabeza a quien nos lo recuerda.

El envidiado es la vía, el mediador de la tentación. No tiene una participación activa que suscite en nosotros el deseo que nos conduzca en determinada dirección. Pero obtiene el mismo resultado con su simple presencia. No hay manera de librarnos del deseo sin librarnos de esa persona porque con el solo hecho de existir ella genera ese deseo y nuestro sufrimiento.

En ese sentido, la envidia nos recuerda la frustración amorosa. Deseamos desesperadamente a nuestro amado y no podemos poseerlo. Entonces el dolor nos atormenta y hacemos todo lo que está a nuestro alcance para no pensar en él, para sacárnoslo de la cabeza, pero su recuerdo nos persigue. Cuando creemos habérselo quitado de encima, de pronto reaparece. O bien, vemos un objeto o una fotografía que lo llama nuevamente a nuestro espíritu y el dolor vuelve a afirmarse.

En el caso de la envidia experimentamos algo análogo por la persona envidiada. No porque la deseemos, sino porque reaviva en nosotros el anhelo por algo que no podemos poseer. Hacemos



todo lo posible por liberarnos de él, por no pensar. Pero esa persona vuelve a nuestro espíritu, la encontramos casualmente, los demás nos hablan de ella. Si es una persona conocida la vemos en la televisión o en los periódicos. Entonces la desvalorizamos, tratamos de desacreditarla, hablamos mal de ella. Si no existen estos sentimientos malignos tampoco hay envidia.

La sociedad no condena la agresividad, no condena el intento de derrotar a los demás. Sino únicamente la manera en que se obtiene esa victoria. La sociedad quiere que la confrontación se realice según sus reglas, quiere la competencia, quiere que haya un vencedor y un vencido, y que se acepten las jerarquías.

El envidioso está fuera del juego. Como se siente derrotado no entra en la arena, se sustrae a la humillación y trata de desvalorizar la meta o al adversario. La envidia es un rechazo de las reglas de la sociedad. Al envidiar, nos rebelamos contra sus valores, los ponemos en tela de juicio. Esquivamos sus normas de competencia y su imposición de aplaudir al vencedor.

Por eso no encontramos nada que pueda justificar el concepto de envidia buena. Sólo nos queda un camino: llamar buena a la envidia que estimula reacciones y conductas apreciadas por la sociedad. Como en el ejemplo que mencionábamos de la muchacha que, luego de una fase de depresión envidiosa, aprende a hacerse hermosa.

En lugar de la expresión envidia buena nos conviene por lo tanto utilizar otra: *emulación*. Al mirar a alguien que es mejor que nosotros o que

ha alcanzado un resultado superior, sentimos un profundo deseo de llegar al mismo nivel y, en lugar de abandonarnos al envilecimiento y a la denigración, nos ponemos en movimiento. Entonces aceptamos la competencia según las reglas del juego establecidas por la sociedad. Y haciéndolo salimos del universo de la envidia.

## La punzada de envidia

Hasta la persona más envidiosa, hasta la atormentada, corroída por la envidia no experimenta ese sentimiento continuamente. No envidia cada día, cada hora, cada minuto. No envidia en cada confrontación y ni siquiera cada vez que se encuentra pensando en su odiado rival.

Esta es una característica común de todos los estados psíquicos, de todas las emociones. Todas ellas se establecen por un período de tiempo, a veces muy breve, y luego se van, sueltan su presa. Acaso para volver súbitamente luego, otra vez y todavía una vez más, como una sucesión de contracciones. O bien desaparecen y sólo vuelven a presentarse meses o años después, o no retornan jamás.

A esta experiencia que puede aparecer aislada o bien repetida, a este *quantum* de envidia, lo llamamos habitualmente "punzada de envidia".

La punzada de envidia es una envidia completa. Es confrontación, descubrimiento de la propia nulidad y de la propia impotencia, es rabia y agresividad contra el otro, es conciencia de la envidia y vergüenza de experimentarla.

Puede ser una experiencia breve, incluso de unos pocos segundos, incluso menos, de un abrir y cerrar de ojos. Puede ser un punto de llegada y de partida de nuestras reacciones más disímiles.

Estamos en la terraza de **nuestra casa** y hojeamos una revista ilustrada. En ella aparecen los rostros sonrientes y felices de diversos personajes del espectáculo y de la televisión. Imágenes de una recepción suntuosa en la que se han asignado los últimos premios Osear. Miramos con interés, pero no es algo que nos atañe particularmente. Luego, de improviso, vemos una página con la fotografía de una pareja feliz. Ella es una diseñadora que conocemos personalmente. Sabemos que acaba de contraer matrimonio con un empresario de la industria indumentaria. Ambos fueron fotografiados tiernamente enlazados, radiantes. El epígrafe dice que tuvieron un éxito extraordinario en los desfiles de París. Agrega que la bellísima diseñadora fue recibida por el presidente de la república.

Conocíamos a aquella mujer. La considerábamos inteligente, pero no genial; hermosa, pero no fascinante. Y ahora la encontramos entre las estrellas de la moda. ¿Y nosotros? Continuamos haciendo nuestro trabajo cotidiano que nos proporciona satisfacciones, pero ninguna perspectiva de penetrar en el gran mundo.

Entonces algo nos afecta, nos obliga a compararnos con ella. Ahora deseamos violentamente, ardientemente, obtener su mismo éxito. Es un deseo espasmódico, que nos corta el aliento. Pero, al mismo tiempo, estamos amargamente conven-

cidos de que nunca lo lograremos. La comparación va todavía más lejos. Examina nuestras propias cualidades, nuestros valores respecto de los suyos. La teníamos por una persona modesta. Ahora advertimos que nos habíamos equivocado. Que ella contaba con muchos otros recursos. O, sencillamente, que el mundo distribuye sus recompensas de manera completamente diferente de lo que creíamos.

Esa fotografía hace añicos nuestra concepción de la vida, de los méritos, de la justicia y nos hace sentir no solamente fracasados, sino también desilusionados, estúpidos y megalómanos, porque creíamos ser más de lo que somos en realidad.

Cuando experimentamos la punzada de envidia, nuestra nulidad se compara con la grandeza de la persona que ha tenido éxito. Leñemos la impresión de que esa persona poseía una potencialidad misteriosa", algo grandioso y terrible.

Sin embargo, junto con estos sentimientos de abatimiento y de admiración, se presenta también una rebelión espasmódica, una protesta, un no. Esa página nos quema entre las manos, quisiéramos destruirla. Ese rostro sonriente nos encoleriza, lo odiamos, quisiéramos que desapareciera. Quisiéramos que todo el asunto no hubiera existido nunca. Todo lo sucedido nos parece una monstruosidad, una impropiedad del ser. Como si se tratara de un error de la naturaleza, del desarrollo normal y lógico de lo real.

Todo esto ocurre en un único acto, una experiencia instantánea que nos aleja del curso habi-

tual de nuestros pensamientos, del tono modesto de nuestras sensaciones. La punzada de envidia es una irrupción, un *shock*.

Todos nuestros cotejos habituales son graduales, medidos. Un poco mejor, un poco peor, como en las calificaciones de la escuela, donde hay uno que obtiene un diez, y otro un nueve, otro un ocho y así hasta uno que obtiene un seis que también equivale a la promoción. En cambio, la confrontación envidiosa anula las graduaciones. Se desarrolla entre todo y nada. Como si sólo hubiera dos posiciones: rey y esclavo, salvado o perdido, lleno o vado. La punzada envidiosa arranca de raíz todas las jerarquías sutiles, todos los términos medios alrededor de los cuales está organizada nuestra vida cotidiana. La envidia nos lanza fuera de lo habitual, nos pone frente a otra entidad, en la absoluta soledad de un cotejo de esencias, del cual salimos derrotados.

Esta propiedad es común a otras emociones fuertes como el miedo y los celos. También éstas se presentan con el carácter de "todo o nada". No sentimos "un poco" de miedo. Si hay celos, son todos los celos: es la punzada de los celos. Y también el miedo, es el "instante de miedo". Luego, tanto uno como el otro, pasan. Después pueden retornar o no. La intensidad global de la emoción depende del hecho de que estos *quanta* emotivos se repitan o no, a veces reemplazados por otra emoción. Si estamos verdaderamente celosos, las punzadas se suceden una a otra, no largan su presa y comenzamos a fantasear y a elaborar defensas contra ellas. Si el miedo retorna, se tradu-

ce en movimientos descompuestos, en fuga, en terror pánico.

Lo mismo ocurre con la envidia. Una punzada de envidia no transforma a alguien en envidioso. Porque cuando hay envidia, la punzada retorna una y otra vez. La envidia comienza su trabajo de rencor, de desvalorización. Pero, es cierto que también en la punzada están todos los elementos fundamentales de la\* experiencia envidiosa. La punzada de envidia es envidia *tout court* aunque sólo sea instantánea. La punzada tiene la doble naturaleza de deseo y de rechazo, de admiración y de negación.

Como el miedo y los celos, la envidia es un sentimiento doloroso, que no quisiéramos tener, que se nos impone a pesar nuestro y del cual intentamos desembarazarnos sin conseguirlo. A esta clase de sentimientos que experimentamos, que sufrimos, le damos el nombre de "pasiones". En alemán, la palabra subraya aun más su carácter doloroso: *Leidenschaft*, en la que *Leiden* significa dolor, sufrimiento. Por eso, nadie es envidioso voluntariamente, nadie se regodea con la envidia, como no se regodea con el sentimiento de injusticia o de resentimiento.

Llegados a este punto debemos hacer, aunque sólo sea de manera elemental, algunas distinciones entre estos sentimientos, particularmente entre la envidia y los celos que en el lenguaje común son usados con frecuencia como sinónimos. Antes bien algunos prefieren hablar de los celos pues es un concepto más tolerado, más perdonado, que avergüenza menos.

En realidad, los celos son la reacción emocional que experimentamos cuando alguien nos quita a una persona que amamos y sobre, la cual, a causa de nuestro amor, suponemos tener derechos. La esposa tiene celos de la joven nueva secretaria del marido, porque teme que pueda conquistarlo en el plano erótico, que pueda llevárselo. Ella considera que el marido es "suyo", considera justo y apropiado que él se ocupe de ella, que no corra detrás de las demás mujeres. Porque en el contrato matrimonial entre ambos se establece, explícita o implícitamente, un compromiso de fidelidad. Pero también por la sencilla razón de que su amor es de tipo exclusivo, se espera una respuesta exclusiva.

También podemos experimentar celos por una persona que no nos ama, pero que nosotros sí amamos. Porque contamos con la fuerza de persuasión de nuestro amor, con una secreta afinidad electiva que debiera vincularse con la misteriosa intuición de que, en realidad, esa persona ya nos está destinada y es potencialmente nuestra. El deseo amoroso, sobre todo en el enamoramiento, se abre camino triunfante, como un soberano, y toma posesión de sus objetos como un amo. Por eso, si nuestro amado no nos quiere, tenemos la impresión de que se nos ha sustraído algo que nos pertenecía. Nos parece un error, un engaño, un hurto.

En el caso de los celos, podemos siempre individualizar claramente a tres protagonistas: el que ama, el objeto de amor y el rival. Y la expresión "celos" se refiere tanto al objeto de amor co-



mo al rival. Porque nuestra agresividad puede dirigirse tanto hacia uno como hacia el otro. Podemos emprenderla ya sea contra el "traidor" ya sea contra el que lo ha apartado de nuestro lado.

En el caso de la envidia, en cambio, sólo vemos a dos protagonistas. El envidioso y el envidiado. No hay una 'tercera presencia sobre la escena manifiesta, no hay un objeto de amor disputado, robado. En el ejemplo que acabamos de dar, estoy solo frente a la diseñadora que ha tenido éxito. Compruebo que ella ha llegado a donde yo hubiera querido llegar y no lo he logrado.

Basándonos en esta definición, los dos sentimientos son netamente diferentes, inconfundibles. En la realidad, sin embargo, esto no es así. Aparecen con frecuencia mezclados, muchas veces inseparables. Consideremos un ejemplo famoso, tomado de la Biblia, el de Caín y Abel. Dios, dice la Biblia, "miró con agrado a Abel y a su ofrenda, pero no miró con agrado a Caín y a la ofrenda suya. Y se ensañó Caín en gran manera y decayó su semblante".

¿Qué sentimiento experimenta Caín? Abel tuvo méritos a los ojos del Señor. Caín que tenía el mismo deseo y pensaba que tendría las mismas posibilidades y los mismos derechos, no. Por consiguiente deberíamos llegar a la conclusión de que el sentimiento era envidia, nacida de la comparación.

Pero también podemos realizar otra lectura de la situación, atendiendo al amor. Caín amaba a Dios y Dios no le correspondía. Prefería a Abel. Abel le sustraía a Caín el amor de Dios, se lo ro-

baba. Por consiguiente, el sentimiento era de celos.

¿Cuál de las dos interpretaciones es la correcta? Probablemente las dos, o quizá ninguna. No podemos interrogar a los dos protagonistas, profundizar más íntimamente en sus ánimos. Con la información que tenemos podríamos considerar que hasta estuvo en juego una tercera experiencia, la justicia. Desde el punto de vista de Caín, Dios, que simboliza al padre, era injusto. Un padre debe darles idéntico amor e idéntico reconocimiento a ambos hijos. Contra esta injusticia se rebela Caín y como no puede golpear al padre, golpea al hermano. Es completamente inútil perderse en estas conjeturas para determinar cuál es la correcta. El ejemplo debe servirnos solamente para comprender que una misma situación puede generar diversos estados emotivos y que estos estados pueden superponerse. Que, en algunos casos, puede ser una envidia empapada de celos o celos empapados de envidia. Y ambas pueden ser la base de la cual emerja, prepotente, el sentido de la injusticia.

Pero ahora nos damos cuenta de la utilidad del concepto de *punzada* de envidia. La punzada no es el sentimiento completo, que se extiende en el tiempo y que luego se enriquece, se modifica, se complica. Es un instante y sus componentes son más simples, fácilmente reconocibles. En la punzada de celos, la experiencia fundamental es la sustracción. El se va con otra, y atraído por otra, se hace abrazar por ella. Veo a la pareja, no a cada uno. Veo, me parece, su monstruoso, re-

pugnante, indecible amor, su obscena, revulsiva, promiscuidad. Es verdad, me siento aniquilada, me falta el aliento. Pero de ese vacío emerge una cólera, una violencia que se vuelve contra ellos, contra él, o contra ella o contra ambos. Es un sollozo, pero también un alarido. La impotencia tiende a traducirse en acción, en reprobación, en acusación, en venganza.

Cuando siento la punzada de la envidia, la escena que aparece frente a mis ojos es diferente. En el centro hay una sola persona. Que obtuvo algo, que triunfó, que posee, que es admirada. Es como un rey en su trono, como un arcángel triunfante. Alrededor de él está el mundo, la sociedad que lo admira, que lo aprecia, que lo reconoce. Y, en esa sociedad, de algún modo, también estoy yo, envidioso, mudo, aniquilado, encolerizado e impotente. Cuando sentimos la punzada de la envidia, a diferencia de la punzada de celos, no hay alaridos. La protesta muere en los labios. Tenemos una impresión de injusticia, pero no estamos seguros de nuestro buen derecho.

Habitualmente concebimos el deseo como una tensión que tiende a la descarga. Si no logramos descargarla experimentamos frustración y dolor. Y si lo logramos, placer, alegría.

Se sigue de ello que cuanto más importante es el objeto de amor, tanto más sufriremos por el alejamiento y tanto más ansiosamente trataremos de apagar nuestro deseo, de aflojar la tensión.

No todo es precisamente así. **Por** ejemplo, cuando estamos enamorados, aunque suframos, no queremos perder nuestro deseo. Porque es nuestra energía vital, es la fuente de nuestro estado de gracia. No soportamos la idea de caer nuevamente en la mediocridad cotidiana sin contar ya con ese tender sublime hacia lo absoluto. Queremos conservar nuestro deseo, queremos desear. Aun cuando ello nos provoque agitación, angustia, dolor.

Experimentamos por eso un placer que no nace de la descarga de la tensión, sino de la tensión misma. Es verdad que cuando estamos lejos de nuestro amado, nos sentimos mal, pero también nos sentimos felices al imaginar que volveremos a encontrarlo. Durante ese intervalo nuestros pensamientos corren hacia él. Deseamos, lloramos, reímos, nos imaginamos en sus brazos llenos de alegría. La espera es un continuo péndulo que va desde el tormento a la beatitud.

Tampoco el placer de la competencia deportiva está en la descarga de la tensión, sino que se encuentra en la tensión misma.<sup>1</sup> Y depende del hecho de que permanezca incierto el resultado de la lucha. Por momentos parece que es uno el vencedor, por momentos parece que es otro, y la carrera es tanto más interesante cuanto más se batan los dos contendientes con el máximo ensañamiento, cuanto más se esfuerzan, cuanto más

<sup>1</sup> Norberto Elías y Eric Duna: *Sport e agresivita*, Bolonia, Il Molino, 1989.

equilibradas están sus fuerzas, de modo tal que no se conozca el resultado hasta el último momento, cuando recae, finalmente, en favor de uno de los dos. Este ritmo de tensión es el mismo de la batalla, pero también del orgasmo.

Siempre, cuando el deseo siente que puede satisfacerse, se carga con esta delicia de la anticipación. También el odio, también la venganza que es, en gran medida, pregueto. Se dice de la venganza que es un plato que se sirve frío. No como la cólera que se desahoga en la agitación inmediata. La venganza sabe esperar, proyecta, calcula y no importa cuánto tiempo pasa, porque cada vez que se la imagina, se saborea la satisfacción.

En el caso de la envidiaren cambio, el deseo no soporta su tensión. Deseamos algo porque el otro lo obtuvo y sufrimos por culpa de ese deseo nuestro. Luchamos contra nuestro deseo, tratamos de sacudírnoslo de encima. Quisiéramos no pensar, no sentir, no ver.

En ese sentido, la envidia se parece a los celos del pasado. Existen los celos actuales, presentes, que se transforman ^n cólera, en violencia. Pero también están los celos del pasado, de cosas ya sucedidas, que no corren el peligro de desahogarse en ninguna acción. Por eso atormentan, provocan rencor, como la experiencia envidiosa.

Recuerdo el caso de una pareja profundamente enamorada. Ambos eran grandes artistas, personas extraordinarias. El tenía cincuenta años, ella treinta y cinco. Ella había tenido gran éxito siendo muy joven. Había sido lanzada por un fa-

mozo director, del cual había sido la amante por muchos años. Después de haberla descubierto, éste la había formado, le había revelado su talento artístico, le había enseñado a recitar, la había iniciado en el amor, le había revelado su cuerpo, su sensualidad. Luego se había separado. Porque él era un Don Juan y la traicionaba continuamente. Después de muchos años de soledad, ella había alcanzado finalmente un matrimonio feliz, sereno.

Pero el marido se sentía perturbado por el pasado de ella. Cuando ocasionalmente ella hablaba del otro, cuando lo nombraba, se le ensombrecía el rostro. Hubiera querido ser él quien la descubriera, quien la hiciera brotar, quien la poseyera en el esplendor de la juventud, quien le enseñara a hacer el amor. En cambio todo esto lo había hecho el primer hombre, y éste no podía modificar en nada lo que había madurado con el tiempo. El "así fue" del que habla Nietzsche, sobre el cual se encarniza, inútilmente, la venganza.<sup>2</sup>

El deseo envidioso encuentra una barrera análoga, insuperable, y no soporta la tensión porque sabe que no podrá realizarse. Además ni siquiera logra guardar silencio, transformarse en un renunciamiento sereno y convencido. Se queda así, a mitad de camino; un deseo que no tiene la fuerza suficiente para convertirse en acción, pero que tampoco tiene lo necesario para anularse.

<sup>2</sup> F. Nietzsche: *Cosí habló Zaratustra*, Milán, Adelphi, 1970, véase, en particular, el capítulo sobre la *Redención*. [Hay versión castellana: *Así habló Zaratustra*, Madrid, Alianza, 1983, II<sup>a</sup> ed. (entre otras).]

## Admiración y envidia

¿Qué relación hay entre la envidia y la admiración? ¿No es acaso posible que la envidia sea una admiración enmascarada, rechazada? El envidioso admira al envidiado, quisiera ser como él, encontrarse en su situación. Siente la fascinación del envidiado como un amante desilusionado, traicionado. Su pensamiento lo busca continuamente, como hipnotizado, aun cuando luego, al encontrarlo, retroceda turbado, quiera olvidarlo y no lo logre. ¿No es ésta acaso una típica experiencia de amor y de identificación rechazada, denegada?

Estas observaciones están en la base de una de las más fascinantes teorías de la envidia, expuesta por Rene Girard,<sup>1</sup> según la cual este sentimiento nace inmediata y espontáneamente de la admiración y del amor. Veamos de qué manera. Cuando amamos y admiramos a alguien, cuando nos identificamos con él, participamos de su vida,

<sup>1</sup> Rene Girard: *Menzogna romantica e venta romancesca*, Milán, Bompiani, 1965, y *La violenza e il sacro*, op. cit.

de sus experiencias, experimentamos sus mismos deseos. Somos, en sustancia, como él. Pero, siendo como él, queremos lo mismo que quiere él, de la misma idéntica manera.

Hemos visto antes que aprendemos nuestros deseos. Es un proceso complejo que se desarrolla en el curso de toda la vida. Según Girard, en cambio, el proceso por el cual aprendemos el deseo es inmediato y coincide con la identificación. Cuanto más fuerte es la identificación, más emulamos al otro, nos convertimos en su doble y estamos dispuestos a toparnos con él para poseer el mismo objeto.

Si el modelo de identificación está lejos, es, por ejemplo, una estrella del deporte o del espectáculo, un jefe carismático o más bien inaccesible, como en el ejemplo de Don Quijote, un personaje imaginario como Amadís de Gaula, no tenemos conflicto con él. Si en cambio, este modelo, este objeto de identificación está cerca, en relación concreta con nosotros, si él desea lo mismo que deseamos nosotros, mediante su ejemplo, aprendemos a desear y la confrontación se hace inevitable. Competimos con él por el mismo objeto, por la misma meta, por el mismo valor. Y competimos porque hemos modelado ese deseo siguiendo exactamente el suyo hasta en los mínimos detalles. Cuando él desea algo de manera exclusiva, nosotros también lo deseamos de manera exclusiva, precisamente porque él lo desea.

Imaginemos a dos jóvenes, dos amigos, que se quieren y que se identifican uno con el otro. Llega una muchacha y uno de ellos se siente



atraído por ella. Le hace la corte. El segundo, precisamente porque se siente identificado con el primero, se ve impulsado a desearla a su vez, como guiado, dirigido por el deseo de su amigo. Si hubiera estado solo, quizá no le hubiera dedicado ni una mirada, pero ahora le fue señalada como objeto de valor y a su vez la quiere para sí. Así se pone en movimiento un proceso circular de fortalecimiento del deseo y la muchacha se transforma en el objeto de una violenta competencia.

Teoría fascinante, ¿no es verdad? Pero quizá demasiado simple. En realidad aprendemos nuestros deseos, ya sea mediante la identificación, ya sea mediante la indicación.<sup>2</sup> Hasta los llevamos en nuestro interior como aspiraciones, como modelos ideales. Cuando, en la situación envidiosa, experimentamos el deseo de poseer lo que el otro tiene, con frecuencia sólo se nos está poniendo de manifiesto algo que ya deseábamos antes.

Entonces, ¿no hay ninguna relación entre la admiración y la envidia, entre la identificación y la envidia? Por cierto que la hay. Pero es una relación de oposición y de exclusión.

Para despejar el terreno comencemos observando que, contrariamente a la teoría de Girard, existen formas de amor y de identificación no envidiosas. Lo vemos en el amor de los padres por sus hijos, en el enamoramiento, en la amistad,

<sup>2</sup> Retomaremos esta distinción y la analizaremos más ampliamente en el capítulo 8.

pero también en la relación con los divos, con los jefes carismáticos.<sup>3</sup>

Los jóvenes sienten hacia un cantante o su campeón preferido un cálido sentimiento de simpatía, de admiración. Es una verdadera identificación. El sujeto fluye en el otro, participa de su alegría y de sus dolores, participa de su grandeza y de su carácter extraordinario.

En esta relación, el sujeto nunca se contrapone al objeto de su identificación admirada. Está completamente de su parte, se enriquece a través de él. No se compara con él, no piensa que pueda obtener algo para sí, un valor para sí separado del otro. Si alguien lo incita a confrontarse con su objeto de admiración, dirá que él mismo no vale nada, que es el otro el que tiene todo el valor, pero no sufre por ello y está contento de que sea así.

El muchacho que admira a Elvis Presley, a Joan Baez, a Madonna o a Prince, siente que hay una distancia infinita entre él y su ídolo. Ellos son superiores, extraordinarios, maravillosos. Pero, aunque disminuido, se siente enriquecido por ellos.

Una relación análoga se establece entre los discípulos y el jefe carismático. El jefe es infinitamente más inteligente, más valiente, más merito-

<sup>3</sup> Sobre esta relación en el divismo, véase Edgar Morin: *I divi*, Milán, Garzanti, 1977 [Hay versión castellana: *Las stars*, Barcelona, Dopesa, 1972]; F. Alberoni: *L'elite senza potere*, Milán, Bompiani, 1973, y Cario Sartori: *La fabbrica delle stelle*, Milán, Mondadori, 1983.

rio que ellos. Lo quieren, lo admiran como una amante al amado. La relación con el jefe, la cercanía del jefe, son fuentes de alegría y un medio de elevación. El jefe es una puerta, un camino para autosuperarse y acercarse a los valores absolutos, a la perfección.

Este tipo de relaciones está caracterizado por una energía ascendente que tiende hacia el modelo como si tendiera hacia una perfección. Al pensar en su modelo, el sujeto se siente enriquecido de energía. Al identificarse con él logra participar de su fuerza, penetrar en el flujo positivo que lo arrastra.

Esta energía corresponde, en gran medida, a aquello que los griegos llamaban *eros*.<sup>\*</sup> Es la atracción universal que mueve cada cosa hacia lo que es más elevado y más perfecto, hacia su modelo y, de modelo en modelo, hacia el modelo supremo, la divinidad. En el mundo griego el amor es un movimiento que va desde quien es inferior, el amante, hacia quien es superior, el amado. Del mismo modo, lo vacío se mueve hacia lo pleno, la ignorancia hacia el saber y hacia la virtud.

En este universo no hay lugar para la envidia. Cada diferencia positiva, cada diferencia de más, pone en movimiento el deseo de ser como el otro, de ascender hasta él. Incluso podemos imaginar muchas personas que corren una carrera

<sup>4</sup> Sobre el concepto griego y cristiano de amor (*eros* y *ágape*), véase Anders Nygren: *Eros e ágape*, Bolonia, Il Mulino, 1971. [Hay versión castellana: *Eros y ágape*, Barcelona, Sagitario, 1969.]

para acercarse a su modelo común, atraídas todas ellas positivamente por su perfección.

La envidia no es la continuación de este movimiento. Es su interrupción, su inversión. La envidia nace de una catástrofe del movimiento ascendente, de una catástrofe del *eros*.

No existe ninguna razón interna que transforme la identificación adoradora en rivalidad envidiosa. Los muchachos pueden continuar admirando a su ídolo o abandonarlo por otro. Del mismo modo en que pueden experimentar varias veces el sentimiento de amistad o violentas pasiones eróticas, sin que aparezca nunca un rastro de envidia.

La envidia, en cambio, puede manifestarse, obstinadamente, en los bancos de la escuela, por alguien que logra mejores resultados que los demás, el mejor alumno de la clase, alguien a quien los demás no querían particularmente. Es verdad que los compañeros se sienten atraídos, sienten admiración por él, pero entre ellos se establece una relación cualitativamente diferente de la anterior, podríamos decir, opuesta.

Mientras el éxito y la riqueza del divo preferido enriquece al joven, el éxito del primero de la clase lo bloquea. Mientras la excelencia del divo lo llena, la de su compañero, lo vacía. Cuando hace la comparación y se da cuenta de que su ídolo es infinitamente superior a él, se siente feliz; cuando se compara con su compañero, se siente aniquilado. Porque se separa de él, porque está obligado a ocuparse de sí mismo, a colocarse a sí mismo en primer plano, a escogerse a sí mismo, en lugar de al otro.

En la confrontación con el divo, su ser fluye en el otro, se reconoce en la plenitud del ser ajeno. Y, al idealizar al divo, se enriquece, porque no hay una separación entre ambos. No existe un sí mismo que deba conquistarse un lugar en el mundo, que deba ganarse un reconocimiento de valor. La relación con el ídolo es la continuación o la réplica de la relación con la madre y con el padre, con la familia, con el grupo. Objetos de amor y de identificación que se absorben. Grandes objetos de amor y de valor, entre los cuales el joven encuentra su propio sentido y su propio valor. Si crece la potencia de ellos, crece también la propia, porque ellos están en su interior, son una parte constitutiva de él.

Cuando hay envidia, en cambio, esta relación se derrumba, queda interrumpida. La envidia hace su aparición cuando se produce la separación entre nosotros y el otro. Cuando ya nadie puede tomar nuestro lugar e incluirnos en él. En la medida en que esto es posible, en la medida en que un gran objeto de amor y de identificación (dentro del cual y a través del cual encontramos nuestra sustancia de ser, nuestro valor) la envidia no es posible. La envidia se manifiesta cuando esta participación se interrumpe. Por eso ella es la expresión de la escisión del individuo, más bien de su deserción, de su expulsión, que lo convierte en una entidad aislada, en desesperada busca de su sustancia, de su fundamento, de su valor. Ahora ya no encuentra en el otro la puerta, el sendero para alcanzar una entidad autosuficiente que se funda a sí misma, invita y acoge, si-

no que encuentra la señal de un límite. El otro señala la barrera insuperable que no permite alcanzar la región del valor, que está más allá, inaccesible. El otro es parte de uno mismo, está animado por la misma sustancia, participa del mundo de los valores, pero constituye la barrera frente al sujeto que queda condenado a permanecer de este lado de la fractura o la muralla que se ha creado.

Por consiguiente la experiencia de la envidia es la vivencia de una pérdida esencial y el angustiante descubrimiento intolerable del sí mismo separado y carente de valor. Del sí mismo en el exilio, en inútil espera frente a la puerta cerrada del ser.

A través de la experiencia de la envidia, el sujeto comprende que ya nada le será dado, que todo deberá ser obtenido, mendigado o conquistado. Porque esa puerta podrá reabrirse, pero seguirá siendo siempre un límite mirado y vigilado, siempre dispuesto a volver a cerrarse siguiendo leyes desconocidas, complejas, engañosas, que hay que descifrar. Y adquiere la experiencia de que para lograr su propio fundamento debe depender del arbitrio de los demás, de sus juicios despiadados.

## Envidia y conocimiento

Cuando envidiamos a alguien, pensamos en él, nos colocamos idealmente en su lugar, deseamos lo mismo que él desea. Lo que él posee estimula en nosotros el mismo deseo. ¿Podemos decir entonces que nos sentimos identificados con él?

No. No se trata de una relación de identificación. Cuando envidio a alguien no modelo mis deseos basándome en los suyos, más bien me importan poco sus deseos. Observo lo que posee y lo que no posee. No me interesan sus estados de ánimo, sino sus resultados, su poder.

Supongamos que la persona a la que envidio logra satisfacer todos sus deseos. Y, saciada, no desea nada más. ¿Cesa acaso por ello mi deseo? Ni soñando. Continúo deseando como antes, más que antes. Supongamos ahora que en cambio el envidiado pierde todo. Entonces está desesperado, sacudido. Por un tiempo se siente desorientado, ni siquiera tiene la fuerza para reaccionar. Si yo me sintiera identificado con él, debería compartir su dolor. Debería dejar de envidiarlo. Pero

no. Antes bien, estoy feliz de que haya perdido todo. Estoy rebosante de alegría por su ruina.

Por lo tanto debe llegar a la conclusión de que la relación típica de la envidia no es la identificación. Por el contrario, es una fractura que se produce entre el otro y yo, es una separación que me impide con-gratularme y con-moverme con él. En cuanto a mis deseos, no los aprendo de los suyos. No son sus deseos los que me indican el objeto, sino que son sus resultados.

La clave de la envidia es no el deseo de algo concreto, sino el carácter insoportable de una diferencia. Una diferencia de ser. Sufro por una carencia de ser, una carencia evocada por la presencia, del otro.

Es no el deseo del otro, sino la superioridad del otro, el valor del otro, lo que mueve la envidia. ¡Oh, precisamente envidiamos, porque apreciamos el valor! Los niños envidian a los que son mejores que ellos. Los adolescentes sienten la punzada de envidia frente a aquellos que representan el despliegue de un valor. El envidioso adora el valor, adora la cantidad de ser que percibe en el otro y no en sí mismo. En la envidia hay una experiencia metafísica de la propia inconsistencia en relación con la consistencia de los demás que parece resaltar casi como una divinidad frente a nosotros.

En esto Girard tiene razón. El envidioso tiende a divinizar el objeto de su envidia, a convertirlo en un ídolo. Proust, el autor que más analizó la envidia, nos muestra con extremada claridad este proceso de transfiguración. El círcu-



lo aristocrático de los Guermantes, en el cual el protagonista aspira a ser admitido, le parece un paraíso. No comprende que la vida en ese círculo es análoga a la de cualquier otro círculo. Que también allí la gente se aburre. Todo le parece idealizado por el deseo envidioso.

El envidioso continúa envidiando, aun cuando el envidiado haya muerto. Sufre por la admiración, el respeto, la veneración que **tiene por el** la sociedad. Murió pero las bocas continúan mencionando su nombre. En la película *Amadeus*, Saliera envidia a Mozart, incluso después de su muerte, porque su música continúa viviendo y triunfando.

En realidad el envidioso no ve al otro, no sabe lo que piensa, lo que siente, lo que desea. No comprende su sufrimiento, no toma en consideración sus angustias, sus luchas, sus desilusiones, sus desafíos, las fatigas que el otro ha soportado para alcanzar esa meta. Niega todo esto. En su ofuscación se ve siempre a sí mismo. A sí mismo en el lugar del otro, poseyendo lo que el otro posee, obteniendo los reconocimientos que recibe el otro. Un sí mismo enriquecido con algo del otro, con algo más. Por eso la envidia no es un camino de conocimiento, no es una manera de compartir la experiencia. Por el contrario, la envidia es un obstáculo, un impedimento para el conocimiento, un rechazo.

El descubrimiento, la revelación de una superioridad, de un valor, del otro, debería provocar *eros*, admiración, amor. Y, por lo tanto deseo de un contacto más íntimo, de participar, de saber.

Cuando nos acomete la punzada de envidia, este movimiento se paraliza. La experiencia de lo extraordinario, de lo divino, se transmuta instantáneamente en una violenta repulsa.

La envidia implica una dualidad que nos recuerda la ambigüedad de lo sagrado. Por un lado, el *fascinans*, pero, por el otro, el *tremendum*, lo espeluznante, lo demoníaco, lo satánico.<sup>1</sup>

Quizá podamos utilizar la expresión freudiana "ambivalencia" para caracterizar esta duplicidad originaria de actitud. Pero lo que caracteriza la envidia es el predominio del momento negativo de la ambivalencia, la repentina desaparición del eros. Y la desaparición del eros hace imposible el conocimiento. El envidioso no soporta ver u oír hablar del objeto de su envidia. No quiere saber nada de él. No quiere conocer los motivos de su éxito. Le basta alguna información superficial, luego es él quien comienza a hablar, a decir, a explicar. La envidia no indaga, afirma. No escucha, murmura. No va hacia el objeto, se defiende de él, lo aleja, como enceguecida por el resplandor que entrevio y que la dejó perturbada. Cuando vuelve a pensar en él, cuando se ve obligada a verlo nuevamente, cuando él, sin quererlo, se le aparece por delante, ella se retrae. Pero no puede menos que verlo y turbarse. Esta es la transfiguración envidiosa. No es una transfiguración cognoscitiva como en el caso del amor, una revelación extasiada de los individuos, sino que es el

<sup>1</sup> Rudolph Otto: *Il sacro*, Milán, Feltrinelli 1970. [Hay versión castellana: *Lo santo*, Madrid, Alianza, 1980.]

hecho de tener una visión interior de un *tremendum* al que sigue el exorcismo: "¡vade retro, Satán!".

Cuando nos damos cuenta de que alguien vale, de que alguien escribió, dijo o hizo algo que podría ser apreciado, nos precipitamos a negarlo, a rechazarlo. No queremos ver, no queremos saber.

Seleccionamos los estímulos que nos llegan. Excluimos del campo perceptivo o del campo de la atención lo que en ese momento no es importante

La selección envidiosa hace un trabajo semejante en quien tiene la propiedad de imponerse a nosotros como dotado de valor, como hermoso, como meritorio, admirable, elogiabile.

La envidia no es la única causa del rechazo de las cosas que podríamos comprender o apreciar. Una persona religiosa se siente chocada por una obra de arte que ofende sus sentimientos. O bien por un trabajo filosófico que desvaloriza su fe. Toda agrupación sociocultural defiende sus prejuicios y sus convencimientos rechazando los estímulos que los ponen en tela de juicio.

¿Cuándo este proceso selectivo puede considerarse envidioso? Cuando no constituye una amenaza para nuestra fe, sino cuando nos ame-

<sup>2</sup> Sobre la teoría de la defensa perceptiva, de Jerome Bruner, véase J. S. Bruner y C. C. Goodman: "Value and Need as organizing factor in Perception", *J. of Abnormal and Social Psy.*, 1947, 42, págs. 37-44; J. S. Bruner, "On perceptual Readiness", *Psy. Review*, 1957, 64, págs. 132-152.

naza a nosotros mismos, a nuestro valor personal. En el rechazo envidioso siempre está presente el sí mismo, siempre hay una confrontación que coloca al sí mismo en una situación de crisis. Por lo tanto, la envidia siempre es además afirmación del yo.

Cuando caemos en poder de la envidia nos volvemos incapaces de apreciar las propuestas valiosas que nos llegan de los demás. Rechazamos las ideas más brillantes que las nuestras, desvalorizamos las obras de arte más sublimes, despreciamos los descubrimientos más revolucionarios. En un universo de envidiosos puros, nadie aprende nada, nadie se resigna a admitir la superioridad de un pensamiento, de una técnica. Cada uno habla para afirmar su posición, escucha a los demás únicamente para descubrir cómo valorizarse a sí mismo.

Este universo imaginario de envidiosos puros es la transcripción, en el plano de la comunicación, del estado de naturaleza de Hobbes, en el cual el hombre es "homini lupus", la lucha de todos contra todos.

El mismo esquema que Hobbes aplicaba a la política, al Estado<sup>3</sup> puede aplicarse a la envidia. Si todos luchan contra todos, cada uno se siente en peligro y, para salvarse, renuncia a sus derechos en favor de un tercero, el soberano. Lo mismo ocurre en el caso de la envidia. A fin de que la

<sup>3</sup> Thomas Hobbes: *Sul cittadino*, Turín, UTET, 1948 y *Leviathan*, Barí, Laterza, 1971. [Hay versión castellana: *Del ciudadano. Leviatán*, Madrid, Tecnos, 1982, 2ª ed.]

comunicación sea posible, la envidia debe detenerse frente a alguien, no importa quién, alguien a quien todos admiren, a quien todos escuchen: un soberano del valor. Entonces todo: pueden reconocerse en él, pueden comunicarse.

La envidia me impide comprender a mi vecino. La envidia me impide captar la profundidad de su pensamiento. La envidia me cierra los ojos<sup>4</sup> y los oídos. Por eso, cuando elimino la envidia —como hago con el soberano o con el líder o con el maestro— vuelvo finalmente a ser capaz de escuchar y comprender cuanto ellos dicen, sea lo que fuere lo que digan. Y conmigo, todos los demás.

El máximo absoluto de la soberanía es Dios, la fuente absoluta del valor es el libro divino. La humanidad, por millares de años, pudo comunicarse utilizando el mismo libro sagrado, encontrando en él todas las ideas, todos los problemas, todas las soluciones. Sin la Biblia, el Evangelio, el Alcorán, la comunicación entre millones de individuos de diferentes pueblos no hubiera sido posible. Solamente un libro indiscutible podía sustraer a los hombres á la tentación de la diferenciación orgullosa, de negarse a comprender lo que dicen los demás. Gracias a la mediación de estos libros sagrados, los hombres pudieron hablar con su prójimo, compartir las esperanzas propias, los propios temores, las propias expectativas.

<sup>4</sup> Recordemos la imagen de los envidiosos en el purgatorio que tienen los ojos cosidos con hilo de hierro. Dante Alighieri: *La Divina Comedia*, Purg., XIII.

Por consiguiente el soberano, el líder (y Dios es el sumo soberano, el líder por antonomasia), es el sendero de la comunicación. Toda comunicación entre dos pares pasa a través de él. Como las comunicaciones telefónicas pasan a través de una central o un satélite colocado por encima de ellas.

En el curso de la historia siempre se han alternado períodos de quebrantamiento cultural con períodos de unificación. A veces esta unificación fue el producto de una unión política, otras veces fue independiente. El mundo griego, en la época de la *polis*, estaba culturalmente unificado y políticamente dividido. En el imperio romano hubo unidad política, pero no una profunda unidad desde el punto de vista filosófico y religioso. La unificación cultural sólo se logró por obra del cristianismo.

El Islam tuvo una función semejante en la gran área geográfica que va desde el Atlántico hasta el subcontinente indio. En China la unidad estuvo asegurada en el plano político por el Imperio y en el plano cultural por el confucianismo y el taoísmo.

En el interior de estas grandes unidades culturales, en el curso de los siglos se produjeron fracturas, se constituyeron escuelas de pensamiento, grandes corrientes de unificación.

Habitualmente la historia de las ideas estudia estos procesos como creencias que se difunden. En realidad, las grandes corrientes culturales son siempre expresión de movimientos sociales que movilizan a millares de personas, con una organización propia, una jerarquía. Para

dar algún ejemplo, la filosofía agustiniana, durante la Edad Media, encontró su base social en el movimiento franciscano, mientras que el aristotelismo fue la base del movimiento dominico y más tarde del jesuítico. La solidaridad social, la potencia organizativa, la "soberanía" del orden garantizaron siempre la ortodoxia filosófica.

Pasando a otra época, cuando pensamos en la ilustración y en los *philosophes* franceses, imaginamos a muchos individuos que descubren que comparten las mismas ideas. En realidad, detrás de ellos estaba la masonería, un gran movimiento colectivo, con una disciplina, con procedimientos de iniciación y una organización óptima.<sup>6</sup>

A fin de poder afirmar su psicoanálisis, Sigmund Freud tuvo que organizar una sociedad específica, la Sociedad Psicoanalítica Internacional, que demostró una extraordinaria capacidad para guiar el pensamiento. Gracias a ella, por muchos decenios existieron un pensamiento freudiano ortodoxo y uno herético, con verdaderas y propias conversiones y excomuniones.

Michel Foucault ha sostenido la tesis según la cual las maneras de pensar dominantes de una

<sup>5</sup> Esta teoría y muchos ejemplos que la confirman están expuestos en P. Alberoni: *Genesis*, Milán, Garzanti, 1989. [Hay versión castellana en preparación: *Génesis*, Barcelona, Gedisa.] En lo que se refiere a la masonería en particular, véase R. Koselleck: *Critica illuministica e crisi della sosiega bordéese*, Bolonia, Il Molino, 1972. [Hay versión castellana: *Crítica y crisis del mundo burgués*, Madrid, Riala, 1965.]

época histórica (las *epistemes*) se forman y se disuelven sin un motivo, por saltos epistemológicos.<sup>6</sup> En realidad, las ideas y los conceptos son producto de las fuerzas sociales y culturales organizadas y se disuelven con el ocaso de éstas. Por ejemplo, todas las creencias sobre la nación, la patria y la misión de los pueblos están vinculadas con la formación de los movimientos nacionalistas del siglo XIX. Los mitos de la raza y de la sangre fueron expresión del movimiento fascista y desaparecieron con su derrota. Pero fue necesaria una guerra mundial para destruirlos.

Hasta no hace mucho, buena parte de los intelectuales europeos eran marxistas o simpatizantes del marxismo. Pero también esta *epísteme* tenía su base organizativa en el gran bloque de los partidos comunistas hegemónicos desde la Unión Soviética. La otra cara social de la filosofía marxista era la tercera internacional, la organización, la burocracia, el ejército rojo, la KGB, el Gulag. A fines de la década de 1960, este aparato de poder llegó a dominar los movimientos juveniles europeos y, en ciertos países, como Italia, los sindicatos, gran parte del mundo académico y la prensa. Fue una época en la que muchísimos periodistas, profesores, estudiosos de las ciencias sociales y estudiantes hablaban y pensaban atendiendo a la burguesía, el proletariado, la lucha de

<sup>6</sup> Michel Foucault: *Le parole e le cose*, Milán, Rizzoli, 1978; *Archeologia del sapere*, Milán, Rizzoli, 1980. [Hay versión castellana: *Las palabras y las cosas*, Barcelona, Planeta-Agostini, 1985.]



clases, la alienación, es decir a las categorías típicas del marxismo. Todo esto declinó bruscamente con la crisis mundial del marxismo y desapareció con el colapso de la UKSS y de su imperio.

La gente, entonces, se comunica, se entiende, comprende lo que dicen los demás cuando forma parte de una entidad colectiva, de un campo de solidaridad organizado. Esto habitualmente se forma partiendo de un movimiento colectivo que luego se institucionaliza y produce una estructura de poder y de control. Una vez estabilizada la institución, cada individuo se mueve en su interior dentro de los límites de la rígida jaula de la ortodoxia.

Cuando este campo de solidaridad se descompone, sus fragmentos se distancian unos de otros, y sus lenguajes se hacen divergentes e intraducibles. Los grupos y los individuos se contraponen y cada uno trata de afirmar su propio punto de vista, su propia visión del mundo. Pero es como un clamor confuso en el cual las palabras, en lugar de unir, dividen todavía más.

La envidia, como hemos visto, es una rebelión contra la sociedad, un desafío a sus valores. Mientras la sociedad es fuerte, puede rechazar el desafío, y establecer con energía lo que todos deben creer. Por lo tanto no hay mucho lugar para el trabajo de la envidia. Pero cuando la sociedad se debilita, todo es materia opinable, cada individuo puede erigirse en juez y, al mismo tiempo, puede pretender que vale y que es admirado.

Aparece así el triunfo de la envidia. En los congresos y en las convenciones, el político, el in-

telectual y el estudioso ya no escuchan al otro para comprenderlo, sino solamente para diferenciarse, para afirmarse a sí mismos frente al otro, para afirmar el propio valor frente al de los demás. Ya nadie quiere aprender, todos quieren negar.

La propagación de la envidia es por consiguiente un síntoma de la disgregación social, una manifestación de la pérdida de las raíces, de la soledad del individuo.

En las épocas de disgregación, la cultura se recompone en islas restringidas, como en un régimen feudal. Se forman así tantos feudos, tantos pequeños estados, cada uno con un señor feudal, un gurú, un maestro. Los discípulos toman los textos y las palabras para comunicarse entre ellos. Pero su aceptación termina en los límites de la escuela. Más allá de ella está el terreno de la incomprensión y de todos los posibles sincretismos, la Babel de las lenguas.

## 8 A quién

### envidiamos

Con frecuencia no reflexionamos sobre el hecho de que nuestros deseos, incluso los más íntimos, han sido aprendidos. Nos parecen la parte más espontánea, surgida más naturalmente de nosotros mismos. Como si brotaran, sin motivo, de nuestra individualidad. En realidad, los aprendemos de los demás, desde la primera infancia y luego, poco a poco, en el transcurso de la vida mediante dos mecanismos fundamentales: la *identificación* y la *indicación*.

Veamos cómo opera el mecanismo de la *identificación* en los niños pequeños. Imaginemos a dos niños, dos hermanitos. Le damos un juguete a uno. El otro, casi inmediatamente querrá quitárselo o querrá uno idéntico. El hecho de que el otro tenga en sus manos un objeto, suscita su deseo. El que no ha recibido el juguete se coloca idealmente en lugar del otro y desea ser como él, hacer lo que hace él, y poseer lo que él posee.

El segundo mecanismo es la *indicación*. Nuestros padres, nuestros maestros, la televisión, y otros personajes significativos nos indican

qué tiene valor, qué es importante, qué vale la pena desear y qué debe evitarse.

Estamos siempre frente a un proceso doble. Por un lado se nos indica qué debemos querer, por el otro qué debemos evitar.

Todo el psicoanálisis se ha ocupado sobre todo de las metas prohibidas, inhibidas, de la sociedad. El niño, desde los primeros años de vida, aprende que ciertas cosas son buenas, aprobadas y apreciadas por todos, y que otras, en cambio, son malas, malvadas, feas. El depósito de esas prohibiciones infantiles constituye el superyó y produce, en la vida adulta, sentimientos de culpa angustiantes y aparentemente sin causa.

El proceso de aprendizaje de lo que está socialmente prohibido continúa, sin embargo, ininterrumpidamente. En determinado momento las órdenes explícitas, las prohibiciones manifiestas cesan. Colocados frente a la posibilidad de hacer un mal a quien amamos, nosotros mismos nos ponemos límites, juzgamos y frenamos nuestros deseos. Si violamos estos límites, experimentamos un intenso sentimiento de culpabilidad.

En cambio cuando la inhibición de estos deseos depende del control social, nos frena la vergüenza. No queremos que se nos descubra haciendo algo prohibido, como un niño que es sorprendido con la mano en el tarro de la mermelada.

Luego está toda la clase de deseos a los cuales aprendemos a renunciar porque están más allá de nuestras posibilidades. Algunos los aprendemos desde la infancia, otros los seguimos

aprendiendo continuamente, con frecuencia, por el método de prueba y error.

Renunciamos a muchos deseos y aspiraciones con desgano y sólo después de haberlos cultivado largamente en nuestro corazón, esperando poder satisfacerlos algún día. Pensamos en muchos de ellos únicamente en forma de fantasías, de sueños con los ojos abiertos, o *réveries* realizadas durante la duermevela, o cuando no logramos dormirnos por la noche. Hemos vivido otros solamente a través de un tercero, identificándonos con los personajes de una película, de una novela, participando, gracias a la magia del arte, de sus vidas, de sus alegrías. Hemos experimentado otros, en cambio, leyendo las biografías de los grandes personajes históricos, de personajes célebres.

Habitualmente este mundo de deseos se organiza alrededor de algunos modelos ideales, sólo parcialmente conscientes, a los cuales corresponden personajes en los cuales nos reconocemos, personajes que admiramos y emulamos.

Estos modelos están más allá de lo que nosotros consideramos que podemos realizar en nuestra vida cotidiana. Si alguien nos pregunta: "¿Realmente esperas ser como él?", respondemos con humildad: "Es verdad que me gustaría, pero no soy capaz". Es la relación que tienen los jóvenes con su cantante favorito, los deportistas, con los grandes campeones del deporte. Pero a todos les ha ocurrido admirar profundamente a una persona, considerarla un modelo ideal y, precisamente por esto, inalcanzable.

Sin embargo, algo de ese modelo se filtra en nuestra vida. Constituye una guía, indica una dirección, un camino. Con frecuencia pensamos en él a fin de decidir cómo comportarnos en circunstancias difíciles. Volvemos a pensar en él cuando tenemos un éxito. Entonces sentimos como si hubiéramos dado un pasito en su dirección. En nuestra fantasía, por un momento nos sentimos en lo alto, a su lado.

Tenemos entonces en nuestro ánimo, una multitud de sueños, de esperanzas, de aspiraciones que permanecen en estado potencial o que inhibimos con prepotencia porque los consideramos irrealizables. Pero existen y están continuamente a la espera de poder reanimarse, de poder satisfacerse. La envidia tiene mucho que hacer con este depósito de "sueños prohibidos" y se enciende cuando un acontecimiento externo debilita nuestra vigilancia, nos hace entrever la posibilidad de satisfacerlos, de volver a ponerlos en movimiento.

¿Qué o quién tiene la mayor probabilidad de reanimarlos, de hacérselos desear nuevamente? El hecho de que alguien como nosotros, parecido a nosotros, haya logrado realizarlos. Alguien con quien podemos identificarnos, pero que ha tenido éxito en lo que nosotros hemos fracasado, o en aquello a lo que habíamos renunciado. Alguien que, siendo al principio como nosotros, se transformó en lo que nosotros hubiéramos querido ser, pudo obtener lo que nosotros hubiéramos querido tener.

Esta ley fundamental fue descubierta y redescubierta por todos aquellos que se ocuparon

de la envidia, empezando por Aristóteles. El gran filósofo griego escribe en la *Retórica*: "Envidiamos a las personas que están cerca, en el tiempo, en el espacio, en la edad, en la reputación (y en el nacimiento)".<sup>1</sup> Es decir, a las personas que tienen más o menos los mismos deseos y las mismas posibilidades. El muchacho envidia al hermano que ha recibido un regalo que no le han dado a él. La muchacha envidia a la amiga que asistió a un baile al que ella no fue invitada. Ambos desean algo que razonablemente podrían imaginar obtener.<sup>2</sup>

Vecindad, en este sentido, significa semejanza en la posición social, en los deseos, en los gustos, en las aspiraciones, en los sueños, en las posibilidades. Pero también equivale a decir conocimiento, directo o indirecto, contacto, información. Las mismas idénticas condiciones sobre cu-

<sup>1</sup> Aristóteles: *Retórica*, *op. cit.*

<sup>2</sup> El *efecto demostrativo* que está en la base de la teoría del consumo de Modigliani y Duesenberry establece que la propensión al consumo es proporcional al número de las exposiciones de ejemplos de consumo concretos. Por lo tanto, alcanza el máximo entre vecinos, en la misma franja de poder adquisitivo o en los límites entre dos franjas. Véase J. S. Duesenberry: *Income, Saving and the Theory of Consumer Behavior*, Harvard University Press, Cambridge, 1949.

También la teoría sociológica de la privación relativa y de los grupos de referencia alcanza resultados análogos. La confrontación requiere la existencia de contactos o de informaciones, y por consiguiente es siempre una función de la proximidad social. Véase W. G. Runciman: *Ineguaglianza e coscienza sociale*, Turín, Einaudi, 1972.

ya base hemos aprendido nuestros deseos. Mirando al hermano, al vecino, a quien tiene una actividad comparable con la nuestra, ingresos no muy superiores a los nuestros, aprendemos qué desear. Si veo pasar frente a mí un nuevo y maravilloso automóvil, puedo experimentar estupor y admiración, pero no el inmediato y acuciante deseo de poseerlo. Si, en cambio, veo volver a su casa a un colega de mi oficina con ese automóvil, voy a mirarlo de cerca, le pregunto cuánto cuesta y comienzo a desearlo yo también.

Si la persona tiene muchas similitudes conmigo me identifico inmediatamente con ella y asumo su deseo como si fuera el mío. Entre semejantes no es necesario que se indique expresamente el valor del objeto. No es necesario que alguien me haga una lista de las ventajas o el prestigio o las posibilidades que me procuraría ese objeto. Lo intuyo inmediatamente.

Todo esto ocurre antes de que yo haya tenido tiempo de pensar en los beneficios que él obtiene y en los que yo, comparativamente, no tengo. Es una impresión inmediata de disminución de ser, de esencia, de valor. Ni siquiera puedo decir que haya disminuido mi autoestima; me siento empequeñecido, carente, incompleto. Su plenitud ha creado en mí un vacío. Ese vacío es la envidia.

Mientras tanto él cambia de aspecto. A mis ojos, aparece más alto, más hermoso, más seguro, más fuerte. Tengo la impresión de descubrir sólo ahora su realidad. Y me doy cuenta de hasta qué punto esa persona resulta agradable y deseable



para sus parientes, sus colegas, las mujeres, el mundo entero. En él y a través de él entreveo una posibilidad de beatitud y de felicidad olímpica, perfecta, de la que ignoraba la existencia.

Llegado a este punto ya ni siquiera puedo decir que deseo aquel automóvil. Porque ahora están en juego otras cosas: yo mismo, lo que valgo, lo que soy capaz de hacer. El es más que yo. El vale y yo no. El automóvil fue el medio por el cual lo advertí. El automóvil puso de manifiesto una diferencia. Ahora esa diferencia me resulta insoportable.

Pero una diferencia **excesiva** entre él y yo atenúa el deseo, porque hace que la confrontación sea más difícil y le quita significación. Continuemos con nuestro ejemplo. Después de haber deseado el automóvil nuevo del vecino, me detengo a pensar en él. Lo conozco desde hace mucho tiempo, sé que siempre tuvo una pasión por los automóviles. La tuvo desde muy joven porque su padre era rico y porque a él le gustaba correr. Cada vez que hacía un buen negocio y tenía un poco de dinero, se compraba un coche deportivo. Incluso a costa de desangrarse, de renunciar a cosas que, a mi juicio, eran mucho más importantes.

Mientras hago estas reflexiones aquel automóvil deja de interesarme. En otras palabras, le "restituyó" su deseo, lo aparto de mí. Al reflexionar sobre su conducta, al interpretarlo, en lugar de acercarme a él, me alejo de él. Ahora, aquella adquisición me parece una extravagancia y ya no tengo deseos de imitarlo. Y ya no lo siento superior a mí. Dejó de serlo cuando yo recordé que

tenemos gustos, mentalidades diferentes, cuando la adquisición del automóvil dejó de ser el símbolo de una capacidad, de una excelencia de él y, se convirtió, por el contrario, en un símbolo de sus caprichos. Por eso, el automóvil no me interesaba en sí mismo. Sino como elemento constitutivo de un valor. La envidia utiliza los objetos, pero tiene en la mira los valores. Quitada del medio la confrontación de valores, el objeto pierde importancia, ya no cuenta.

Por consiguiente, lo que cuenta en el conjunto de las relaciones sociales que mantenemos es el significado de aquel objeto. Detrás de la inmediatez de mi identificación y del deseo que surge, asoma un tejido social compacto, en el cual nos movemos tanto yo mismo como mi modelo, un corredor estrecho, más allá del cual nos perdemos de vista y dejamos de reconocernos.

Dos vecinos, dos colegas, o bien dos periodistas que trabajan en el mismo periódico, dos médicos que están en el mismo hospital, tienden también a definirse a sí mismos y su propio valor de análoga manera. Se espera de ellos que tengan aspiraciones semejantes, conductas semejantes, modelos morales semejantes, que sus acciones tengan los mismos significados. Todos estos elementos entran en la constitución de su papel social y, una vez internalizados, se convierten en piedras constitutivas de sus identidades personales. La diferencia que pone en movimiento el deseo espasmódico y la envidia es, por consiguiente, algo que influye en la idea que ellos tienen de sí mismos, la manera en que ellos se definen y se

diferencian de los demás, la manera en que se reconocen.<sup>3</sup>

La envidia estalla cuando, en este tejido homogéneo, habitual, conocido, familiar, aparece una diferencia inesperada y, sin embargo, posible, imprevista y, sin embargo, predecible. Como cuando un auto de cilindrada similar a la del tuyo se te adelanta en la autopista. Si te supera un auto de carrera lo consideras natural, si se trata de un automóvil desvencijado, que lo hace a duras penas y a los sacudones, te ríes. El acto te afecta cuando lo realiza alguien que es más o menos como tú, pero que se manifiesta superior.

Es pues la violación de una disposición considerada estable, la creación de un desequilibrio en un lugar donde todo debía permanecer como estaba, la irrupción de una diferencia donde se esperaba lo idéntico. Es una perturbación de la estabilidad del sí mismo, de su tendencia a vivir inmóvil en un ambiente inmóvil. Por lo menos, en el ambiente inmediato de la persona, aquel frente al cual hemos desarrollado particulares defensas, con el cual estamos siempre dispuestos a identifi-

<sup>3</sup> Encontramos una hermosa descripción de la forma de envidia que se constituye dentro de las diferentes profesiones en Eugène Raïga: *L'envie*, París, Alean, 1932. Raïga pone de manifiesto que la envidia es particularmente virulenta entre los abogados y algo menos entre los médicos, porque éstos están subdivididos en numerosas especializaciones. En general, la multiplicación de la división del trabajo en el mundo moderno tiende a reducir las confrontaciones envidiosas.

Carlos, porque, como nosotros mismos, es constitutivo de nuestra identidad.

La envidia se desencadena cuando resulta perturbada esta zona protegida, esta zona sustraída a las tentaciones más peligrosas, esta zona de refugio, defendida por una barrera de renunciamiento y de prohibiciones.

La envidia nace de una herida en esta epidermis social que se extiende, que se desgarrar y deja que irruman lo infinitamente deseable y la confrontación imposible. Se agolpan entonces en esta herida todos los sueños prohibidos, todas las esperanzas reprimidas, pero solamente para provocar una derrota, para revelar una impotencia.

## Qué envidiamos

Envidiamos lo que más deseamos, los objetos más colmados de nuestro deseo. Los envidiamos cuando los vemos en manos de otro, realizados por otros, mientras nos están vedados irremediablemente. Comprendemos su valor mediante una confrontación inmediata: el suyo es mejor, el mío es peor, él es mejor, yo Soy peor. El sentimiento de impotencia produce en nosotros una impresión de no valer, de derrota, de envilecimiento, y un movimiento de odio, de destrucción.

La envidia se refiere tanto a lo que se tiene como a lo que se es, a los objetos como a la calidad, a las posesiones como a los reconocimientos.

Según algunos autores, el objeto o la cualidad que envidiamos es siempre un medio para otro fin superior y, así sucesivamente, hasta el fin último que es, en definitiva, la excelencia, la superioridad. Por lo tanto la envidia sería siempre una competencia por el prestigio, por el éxito, por el poder.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Según Cristiano Castelfranchi: *Che figura*, Bolonia, II Mulino, 1988, pags. 131-132, junto a un fin específico, siem-

No hay duda de que en muchos casos es así. Muchas personas tienen como máximo deseo distinguirse, hacer un buen papel, ser apreciadas, admiradas, adoradas. Los actores, los políticos, los escritores, todos aquellos que quieren sobresalir socialmente, obtener reconocimiento y honores, envidian a quienes logran alcanzar esos fines. Pero no todos los hombres son iguales. No todos los seres humanos tienen los mismos deseos. También hay personas que desean antes que nada la riqueza, la riqueza pura, sin notoriedad social, sin la aureola del prestigio, entonces envidiarán solamente a alguien que imprevistamente se haga más rico que ellas. Alguien con quien puedan compararse porque es parecido a ellas, pero que las ha vencido, las ha superado en este campo.

Verdad es que siempre está el Sí mismo en el centro de la envidia, pero el Sí mismo se realiza en todas sus posesiones, en todos los objetos que domina, que adquiere y que desea. Nuestro sí mismo se expande hacia las personas que queremos o con quienes nos sentimos identificados: nuestros hijos, nuestro marido o nuestra esposa. A través de nuestra casa, de nuestras propiedades. En el mundo campesino, un campo de trigo o una vaca corresponden al premio literario para un intelectual, a una promoción para el burócrata, a una elección ganada para el político, al aplauso para el actor.

---

pre está también el fin de "tener más que" o "no tener menos que".

Recuerdo a una campesina que envidiaba de manera feroz a sus vecinos porque el trigo de ellos crecía mejor que el suyo. Tenían dos campos colindantes, idénticos en todo, hasta en el tipo de tierra. Pero cada año el grano de ella crecía ralo y enfermizo, el otro alto y lozano.

La mujer no lograba explicárselo, así que se puso a estudiar qué hacían ellos para descubrir el secreto. Como no obtuvo ningún resultado, decidió imitar de manera minuciosa la conducta de sus vecinos. Después de la cosecha esperaba para arar a que lo hicieran los otros. Los tractores trabajaban uno junto al otro. Luego fertilizaba los mismos días, con el mismo estiércol de vaca. En cuanto a la siembra todo era idéntico: el mismo día, la misma semilla, la misma cantidad. Pero no había nada que hacer. Ya en abril el trigo del otro estaba más alto y espigado. En junio la diferencia se manifestaba catastrófica. Ella no lograba encontrar una razón que la tranquilizara. De noche no dormía y miraba con odio el otro campo, al que seguramente hubiera prendido fuego si no hubiera temido incendiar también el propio.

En el campo estas confrontaciones envidiosas eran muy frecuentes y se presentaban en cada ocasión: una vaca que paría dos terneros y la otra uno solo, un árbol de cerezas cargado de frutas y el otro no.

Otro ejemplo de envidia que no tiene ninguna relación con la consideración social es la envidia erótica. Hay hombres y mujeres que tienen una extraordinaria capacidad de atracción sobre el otro sexo y otros que, por lo menos en ciertos

períodos de la vida, están totalmente privados de esa atracción.

Recuerdo el caso de un joven muy buen mozo, extremadamente inteligente, con una naturaleza ardiente y pasional y una extraordinaria carga erótica. Pronto se transformó en un gran artista adorado por las mujeres. Pero cuando era muchacho, sus impulsos eran contradictorios, inhibidos, confusos. Muy tímido, se ruborizaba con facilidad, era torpe y desmañado. Por eso las muchachas lo evitaban. El sufría y hasta lloraba y se consumía de envidia al observar la naturaleza y la facilidad con que algunos de sus compañeros tenían aventuras amorosas.

Particularmente lo obsesionaba uno de ellos, un joven de carácter alegre y despreocupado, cuya compañía todos apreciaban. Con él las muchachas estaban siempre sonrientes, disponibles, desinhibidas sexualmente. Encarnaba todo lo que aquél hubiera querido ser y le recordaba su ineptitud. Cuando lo veía, sentía que en su interior gritaban todos sus deseos sexuales frustrados, todos sus anhelos impotentes. Lo admiraba y lo odiaba. Soñaba con hacerle mal, tomarlo prisionero en una acción bélica, torturarlo y dejarlo podrir en prisión por años.

Están quienes desean poseer tierras, quienes quieren tener hijos, quienes quisieran hacer el amor con muchos hombres o con muchas mujeres. Y está, por último, quien quiere sobresalir, ser admirado, estar en las candilejas, no importa en qué campo.

Pienso en una persona que, de joven, estaba



empeñada a fondo en la actividad política en una región meridional. Tenía ideales y un extraordinario deseo de triunfar. Durante muchos años organizó las sesiones de su partido, creó asociaciones culturales, con una actividad frenética, infatigable. Trabajaba dieciocho horas por día, recorría en todos los medios de transporte su provincia, visitaba, uno por uno, a los electores. Era un activista ejemplar y es verdad que proporcionó muchísimos beneficios a su partido.

Pero cuando la batalla política se trasladó a la gran ciudad del sur, en las escaramuzas entre los señores de las papeletas, su entusiasmo y su idealismo no fueron suficientes. Vencieron los hombres del aparato, los políticos realistas, los amos de los parroquianos. Debería haber llegado a un acuerdo con ellos, ponerse a sus órdenes y seguramente hubiera sido recompensado con un cargo de asesor, y luego de subsecretario. Pero su orgullo era demasiado grande. Al no alcanzar la victoria en su terreno, prefirió retirarse.

Dejó la actividad política y se dedicó a su profesión de abogado. Dotado de una vivaz inteligencia, brillante, simpático, logró hacerse una excelente clientela en poco tiempo. Pero tampoco en este campo llegó a donde hubiera querido, a convertirse en uno de los príncipes del foro, esos abogados a los que todos miran, de quienes todos hablan y a quienes todos admiran.

Entonces, haciendo un esfuerzo extraordinario se volcó a la vida académica y a la investigación. También en esto tuvo mucho éxito. Se convirtió en un notable y apreciado estudioso, en un

óptimo especialista, invitado a los congresos internacionales. Pero no en una celebridad. Tampoco esta vez los resultados le proporcionaban lo que necesitaba en lo profundo de su ánimo: el aplauso de la multitud, los artículos en los periódicos, las entrevistas en la televisión, los admiradores que piden autógrafos, la gente que se vuelve en la calle al verlo pasar, que lo reconoce.

Por último se introdujo en la actividad financiera. Compró y vendió propiedades y demostró, una vez más, una increíble capacidad de trabajo al obtener brillantes resultados. Pero siempre por debajo del nivel de fama, de notoriedad, de éxito, que deseaba.

Durante esta larga busca se fue volviendo cada vez más envidioso de todos aquellos que habían triunfado en lo que él no había alcanzado. Primero, de los grandes políticos, luego de los príncipes del foro, luego de los investigadores de fama internacional y, por último, de todos. Se puede decir que hoy está envidioso de cualquiera que haya logrado alcanzar el esplendor de la notoriedad, de la fama, del poder. Ya no importa en qué campo. Le basta ver a un director de orquesta célebre, a un famoso conductor de programas televisivos, a un periodista notorio, a un escritor de renombre internacional, e incluso a una mujer extraordinariamente bella y admirada, para sentirse perturbado. Ya no soporta la presencia de las personas importantes, a todas las encuentra estúpidas, vacías, corrompidas. Ha dejado de concurrir a las recepciones, a las fiestas, a las cenas. Al no poder hacerse de una corte en la gran ciu-

dad, se retiró a vivir en un pequeño centro en donde es la persona más importante, el número uno. Allí recibe a los amigos, a los alumnos y es magnífico, generoso, brillante. Pero cada vez que alguien le habla del mundo exterior se vuelve sombrío, cínico ^pesimista.

Podemos decir que este hombre es un envidioso. Sin embargo, al mismo tiempo tenemos que admitir que durante toda su vida intentó combatir la envidia en su interior. Cuando se dedicaba a la política, en lugar de continuar con espíritu malvado y vengativo, prefirió buscar otro camino. Lo mismo hizo en todos los demás campos. ¿No es ésta acaso una manera de defenderse de la envidia: abandonar la partida, renunciar?

¿El resultado? Que su deseo de éxito permaneció intacto y más ardiente que nunca. De nada le sirvió retirarse de todos los objetivos en los que se había empeñado, uno tras otro. De nada le sirvió abandonar el terreno de la competencia, huir de la arena. Poco a poco, terminó por quedar aislado, sin relaciones con las personas de peso, viviendo como un ermitaño. Y esto, sin poder evitar la punzada de envidia que lo humilla y lo avergüenza. Porque el mundo del éxito siempre logra penetrar en su castillo. Se le insinúa en la televisión, en los libros, en las revistas, en los amigos que van a visitarlo y le renuevan la confrontación dolorosa.

¿Por qué este hombre, que durante toda su vida intentó sustraerse a la envidia, que ha procurado protegerse de la humillación, continúa comparándose con quienes han tenido éxito? ¿No

ha comprendido que no poseen una sustancia de valor superior a la suya? ¿Que sus cualidades de inteligencia, de iniciativa, de generosidad valen tanto como las de ellos? ¿Que el mundo también aplaude a los necios? ¿Qué defecto, qué debilidad interior lo vuelve tan vulnerable? ¿Qué grieta de su alma lo hace tan indefenso a pesar de todas las protecciones? El deseo de ser el primero, el deseo insaciable de superar a los demás. Una ambición desenfrenada, una necesidad desenfrenada de alcanzar la excelencia. Usando una antigua expresión, la *soberbia*.

Santo Tomás la describe precisamente así: *Inordinata praesumptio alios superandi*,<sup>2</sup> desenfrenada presunción de superar a todos los demás. Un amor por la propia excelencia que no se amilana, que no cede frente a ningún fracaso, que no acepta ningún límite, que no se adapta a ninguna jerarquía y que, por eso, inexorablemente, produce envidia.

El tormento de la envidia, que se renueva continuamente y envenena toda la vida de este hombre, aparece así como una especie de consecuencia, de castigo por su excesivo (desordenado) deseo de excelencia: la soberbia. Ya lo había observado Natoli: "La envidia sólo es la expiación de la soberbia".<sup>3</sup>

<sup>2</sup> Santo Tomás, de Aquino: *Summa Theologicx, Ques-tio centesima sexagésima secunda*, artículo tercero.

<sup>3</sup> Salvatore Natoli: *Il tormento dell'impotenza*, en G. Pietropoli Charmet y M. Cecconi (comps.): *L'invidia, op. cifc.pág. 38*.

\* \* \*

En el ejemplo mencionado es el soberbio que, derrotado, se hace envidioso. Hay casos, en cambio, en los que la envidia crece con la victoria, con el éxito.

Parece paradójico y, sin embargo, es cierto. La envidia puede aumentar con el triunfo, con la fortuna, con la gloria. Porque la naturaleza humana desea expandirse, acrecentarse y, una vez alcanzada una meta, aparece otra más alta. Después de haber superado a alguien, encontramos inmediatamente algún otro con quien confrontarnos. El comerciante que tiene un pequeño negocio, cuando crece no se contenta con ello. Se compara con el que tiene un negocio más grande que el suyo, luego con quien tiene una cadena de tiendas, y después de haber alcanzado esa meta, trata de entrar en la gran distribución.

Este mecanismo no se funda en una avidez o una codicia particular. Es la pura y sencilla consecuencia de haber alcanzado un resultado. Es la pura y sencilla consecuencia de nuestra naturaleza de seres que aprenden sus deseos de los demás.

Pero este hecho no explica por sí solo por qué la envidia crece con el éxito. Podría permanecer constante. Y hasta atenuarse por un instante en el momento en que alcanzamos a aquéllos con quienes nos hemos confrontado y luego reaparecer cuando encontramos una nueva meta con la cual podemos compararnos.

Pero el éxito, la repetida sucesión de victo-

rias, determina en nosotros una gran seguridad, una fe excesiva en nosotros mismos. El que vence termina inevitablemente por suponer que volverá a vencer y con mayor facilidad. De modo que se vuelve presuntuoso y temerario. El que siempre vence, sobre todo, no soporta que haya alguien situado por encima de él. Se convence a sí mismo de que es el mejor, el predestinado, el elegido. Por eso se compara con todos y, cada vez, quiere salir victorioso de esa confrontación. Hasta que encuentra un límite insuperable, un límite que no alcanza a ver, a comprender, o que su presunción le ha ocultado. A partir de ese momento se ve obligado a consumirse de envidia.

Curiosamente la gente imagina que los ricos, los poderosos, los afortunados, aquellos tocados por la varita mágica de la suerte, no son envidiosos. En realidad eso no es cierto.<sup>4</sup> Son tan envidiosos como los demás. Porque cada uno de ellos, inevitablemente, termina por desear sobresalir un poco más o tener éxito en un campo afín. Muchos industriales riquísimos, en cierto momento de sus vidas, comienzan a desear reconocimientos públicos, premios, lauros, honoris causa. Quieren escribir libros, dar a conocer sus puntos de vista y, con frecuencia, van al encuentro de

<sup>4</sup> Aristóteles ya lo había descubierto: "También son arrastrados por la envidia aquellos que poseen casi todos los bienes: por lo tanto aquellos que obtienen grandes éxitos y son muy afortunados son envidiosos... lo mismo que quienes reciben honores excepcionales por cualquier motivo, sobre todo por sabiduría o por felicidad", *Retórica II* (B), 10, 1387 b, *op. cit.*

amargas desilusiones. Napoleón envidiaba a los monarcas legítimos con la misma intensidad con que ellos lo envidiaban a él. Envidiaba al zar y a sus desmesurados territorios y esa envidia lo llevó a la ruina.

## El valor de sí mismo

Cada individuo tiene un valor, sabe que lo tiene, procura conservarlo. El punto de partida de este valor es su propia *subjetividad*, el hecho de ser el centro de su universo. De un universo que dejaría de existir con su muerte y que, por lo tanto, gravita inevitablemente alrededor de él. Es una experiencia fundamental de esencialidad que está antes que cualquier reconocimiento de los demás. Incluso cuando nos sentimos humillados, envilecidos, aplastados, no podemos menos que defender esta centralidad de nosotros mismos, aun cuando sea dolorosa, patética.

Pero cada individuo es también una *fuerza* que tiende a crecer, a aumentar sus posibilidades, a expandir aquello que puede hacer, ser o tener. No para alcanzar un fin particular, sino todos los posibles fines que, sucesivamente, se le vayan manifestando. Y quisiera que los demás seres humanos lo ayudaran en este proceso, estuvieran a su disposición. Castelfranchi usa la expresión "adoptar". Queremos que los de-



más "adopten" nuestros fines, se adhieran a ellos.<sup>1</sup>

Todos los "demás" constituyen un sistema social con sus propias metas, valores, criterios de juicio, sistema que reacciona a los requerimientos de aquél. El resultado es que cada individuo se estructura en relación con ellos y forje una idea de propio valor que es tanto el producto de su continuo esfuerzo de afirmación como las respuestas positivas o negativas de los demás.<sup>2</sup>

Hay estupendas páginas de Goffman sobre la manera en que, en las instituciones totalitarias, se priva al individuo de la propia imagen habitual de sí mismo y de los instrumentos mediante los cuales puede conservarla. Se le afirma, por innumerables medios, que no es nada, que no vale nada, que no tiene ningún valor, ningún derecho, ningún poder. Que es un simple objeto, idéntico a otros objetos, "a merced" del personal de la institución. Se anula así, todo el trabajo de una vida por construir una autonomía propia, una separación propia, un derecho propio de decisión.<sup>3</sup>

Sin embargo, ni siquiera en estas circunstancias extremas, desaparecen ni el valor que deriva del hecho de ser uno el centro del propio universo, ni la energía que tiende a reconstruir los

<sup>1</sup> Cristiano Castelfranchi: *Che figura, op. cit.*

<sup>2</sup> Esto es el sí mismo descrito por v\_«jorge Mead: *Mente, sé e società*, Florencia, Giunt e Barbera, 1966. [Hay versión castellana: *Espíritu, persona y sociedad*, Barcelona, Paidós Ibérica, 1982.]

<sup>3</sup> Ervin Goffman: *Asylums*, Turín, **Einaudi**, 1968.

propios confines, las propias posesiones. El sujeto, después de haber sido aniquilado, humillado, vuelve siempre a reconstruir la propia imagen de sí mismo, con una dignidad, un valor social.

Por lo tanto, el valor es no solamente el resultado del precipitado juicio de los demás, sino también el punto de coincidencia entre nuestra *voluntad de afirmación* y esos juicios. Y la voluntad de afirmación nunca puede extinguirse; puede recusarse, aplastarse, mortificarse, o bien, por su propia decisión, abandonarse o renunciar.

Actuando desde lo profundo de cada individuo, la *voluntad de afirmación* construye un territorio propio, cuya posesión pertenece al Sí mismo, territorio en el cual se lo reconoce y se lo respeta.

El territorio del Sí mismo está constituido por sus objetos de amor, individuales y colectivos: la madre, el padre, los hijos, el marido, la esposa, pero también la patria, el partido, la ciudad, el equipo de fútbol de sus amores. Incluso las posesiones materiales, la casa, el escritorio de trabajo, los utensilios, los libros, el jardín, el propio perro. Son parte del Sí mismo la empresa en la que trabajamos, nuestro oficio, el pequeño jarrón con flores sobre el escritorio. El ser está siempre entrelazado con el tener. El Sí mismo se acrecienta por una distinción, por la posesión de una obra de arte, o por haber aprendido a tocar la guitarra. Disminuye por un desaire, una desilusión<sup>4</sup> de amor o porque los ladrones saquearon la casa.<sup>4</sup>

<sup>4</sup> Bien lo demuestran las investigaciones sobre los bienes de consumo, sobre el coleccionismo, sobre la experiencia

El Sí mismo puede imaginarse como un conjunto de posesiones o de derechos feudales. Es decir, como un territorio con valles, montañas, ciudades, castillos, poblaciones, con diferentes y complicados derechos, beneficios, patrimonios alodiales, derechos, de paso, obligaciones de faenas, derechos de precedencia, honores simbólicos continuamente diferentes, según los distintos interlocutores. Una estratificación histórica de derechos, privilegios, costumbres, atropellos, intimaciones y exigencias. Además, cada individuo, como los antiguos señores feudales, procura siempre ampliar el ámbito de sus posesiones entrando en delicados conflictos con los demás. Sobre estos límites, en permanente discusión y continuamente cambiantes, se establecen las complejas reglas de convivencia y de etiqueta de las que se han ocupado Goffman y los etnometodólogos.<sup>5</sup>

Un fenómeno que a primera vista puede chocar es la discrepancia que existe entre la extraordinaria capacidad constructiva y reconstructiva de la *voluntad de afirmación* y la extremada vulnerabilidad que tiene el Sí mismo en sus fronteras. Es decir, somos fortísimos y al mismo tiempo, completamente vulnerables. En todos los encuentros, hasta en la más sencilla conversación, discu-

---

de haber sido robado o la del renunciamiento voluntario de la vida monástica. Véase Luisa Leonini: *L'Idenità Smarrita*, Bolonia, Il Mulino, 1988.

<sup>5</sup> Sobre este tema, véase Alessandro Del Lago y Pierpaolo Giglioli: *Etnometodologia*, Bolonia, Il Mulino, 1985.

timos, nos sentimos vencedores o perdedores, expuestos permanentemente al peligro de quedar mal. Del mismo modo, en lo que se refiere a nuestro tema de los deseos de la envidia, nos exponemos continuamente al peligro de la confrontación. Al observar a los demás no podemos menos que desear y compararnos. Por eso, aunque nuestras posesiones sean inmensas, riquísimas, siempre estamos dispuestos a poner en juego nuestro valor para hacer un avance en sus fronteras.

Es como si, para defender una fortaleza, un pontezuelo o un derecho de paso, el Sí mismo declarare un estado de alerta general, movilizara todos sus recursos, se preparare para una lucha a muerte. Como ocurría efectivamente en los confines de esos estados feudales que estaban siempre en guerra unos contra otros, ávidos, susceptibles, orgullosos.

Pero quizá nos ayude también la metáfora de nuestro cuerpo. Somos muy sensibles a una corriente de aire, no soportamos la inocua picadura de un mosquito, tenemos un arrebato de cólera si alguien nos pisa un pie, y luego somos capaces de soportar con increíble paciencia curaciones y dolores atroces durante meses en un hospital, con la esperanza de curarnos.

Como una ameba, procuramos expandirnos en el ambiente, atrapar los materiales que nos circundan. Al mismo tiempo, esta membrana celular prensil, ávida, es sumamente sensible a los golpes, a las señales de peligro. Por eso el punto de equilibrio se pierde y se vuelve a adquirir continuamente.

La idea que nos forjamos de nuestro valor y del valor que los demás nos atribuyen son dos columnas de mercurio muy sensible. Hacemos todo lo que está a nuestro alcance para mantenerla alta, pero siempre hay algo que tiende a bajarla. Y sobre todo, la confrontación entre nuestras posesiones y las de alguna otra persona en una de las zonas fronterizas. O, en otras palabras, el deseo de crecer al ver a alguien-que posee lo que no tenemos, y cuya carencia reduce el valor global de nuestras posesiones a nuestros ojos y a los ojos de los demás: la confrontación envidiosa.

Sin embargo es errado decir que siempre queremos aumentar nuestra autoestima y la estima de los demás, que siempre procedemos atendiendo a esas finalidades. Por el contrario, habitualmente no pensamos en realidad en ello.

Las ultrasensibles columnas de mercurio de la estima y de la autoestima son reveladoras de un desequilibrio de nuestra relación con el ambiente. Pero en una situación consolidada, dentro de instituciones eficientes, elaboramos expectativas bastante seguras, nos movemos con un grado de relativa seguridad. Verdad es que nuestro valor continúa sufriendo fluctuaciones, pero éstas no modifican sustancialmente la imagen de nosotros mismos y del mundo en que vivimos.

De ahí la importancia de otros dos conceptos fundamentales: *la confianza de base* y *la estima de base*.

La confianza de base es el producto de nuestros recursos naturales y de nuestra historia. Desde la primera infancia desarrollamos una

idea de nuestras dotes, de la capacidad que tenemos para realizar nuestros fines, para obtener lo que queremos, de las dificultades que nos presenta el medio, de los auxilios con los cuales podemos contar.

El concepto de confianza de base no corresponde al de autoestima. Puedo tener una estima muy elevada de mi capacidad intelectual, pero ser inseguro cuando me propongo alcanzar una meta. La confianza de base tiene que ver con la seguridad o la inseguridad con que afrontamos la vida.

Algunos individuos logran mantener una confianza de base elevada al protegerse de deseos excesivos, al renunciar a objetivos demasiado elevados o riesgosos. Se sigue de ello que la confianza de base puede recibir una sacudida cuando, imprevistamente, nos vemos arrastrados a desear cosas nuevas y nos encontramos en dificultades para alcanzarlas.

Mientras la confianza de base es un recurso esencialmente interno, la estima de base es un recurso que procede de la sociedad. Es el reconocimiento, el aprecio habitual, medio, del cual todos tenemos necesidad para sentirnos aceptados en nuestro ambiente, para considerarnos ciudadanos de pleno derecho.

La estima de base no depende del hecho de que hayamos alcanzado una posición social excelente o preminente. Sino de que gocemos del respeto social, de consideraciones por lo que somos y por lo que hacemos.

La estima de base es una relación entre las

aspiraciones y los reconocimientos. El tipo de consideración y aprecio suficiente para algunos es insuficiente para otros. Pero en toda sociedad se establecen regularidades, equilibrios, como ocurre con la distribución de los recursos, por lo cual, la mayor parte de la gente está discretamente satisfecha con la estima que recibe.

Hay sociedades que incitan a la competencia y que entonces retiran subestima a aquellos que no tienden a metas más elevadas, a quienes no son ambiciosos. De ese modo crean un desequilibrio continuo de la estima de base. Pero, habitualmente, estas mismas sociedades brindan su estima a quienes desarrollan con empeño y seriedad el propio trabajo, sea éste el que fuere. La sociedad norteamericana, por ejemplo, es muy competitiva, pero ha conservado el aprecio protestante por toda actividad profesional y el *commitment* en ésta. Una actividad bien realizada puede dar lugar a un legítimo orgullo (confianza de base) y a una buena consideración social (estima de base).

En la sociedad alemana, jerarquizada y competitiva, se estimula a cada individuo para que sobresalga en un ambiente extremadamente especializado tanto en la profesión como en sus *hobbies*. En todo encuentro social, cada individuo está obligado a reconocer su posición exacta en la jerarquía social, pero, mientras tanto, se le reconoce un ámbito en el que nadie compite con él. Allí se siente digno de confianza y estimado.

## La competencia

La situación agonística por excelencia es la deportiva, en ella los atletas compiten por una primacía o por una medalla olímpica. Cada uno de ellos se ha preparado desde mucho tiempo antes, durante meses o años. Con frecuencia combate no sólo por sí mismo, sino que tiene detrás la esperanza de su club deportivo, de su ciudad, de su país. Lo que él sea, el prestigio de que goce, hasta su ganancia, su riqueza o su pobreza dependen de esa prueba, de los pocos centímetros de más o de menos que logre alcanzar en el salto o en el lanzamiento. Pero, sobre todo, depende de lo que hagan sus competidores, y particularmente de lo que haga ese que tiene las mayores probabilidades de vencerlo, porque se encuentra, más o menos, en su mismo nivel.

En el deporte la competencia se presenta siempre entre quienes están muy cerca uno del otro. Tan cerca que nadie puede establecer quién está adelante y quién atrás, si no existiera la prueba, la competencia, incierta hasta el final. El placer del deporte deriva de esta incertidumbre.



El desafío entre dos atletas de valor desigual no interesa a nadie. La excitación alcanza su punto máximo cuando se confrontan los dos mejores y cuando la lucha permanece en suspenso el mayor tiempo posible.

Sin embargo, durante la carrera no hay lugar para la envidia/ Todo el espíritu, todo el deseo se concentran en la meta, vencer al adversario, alcanzar la llegada. La lucha;\* durante su desarrollo es siempre un paladeo anticipado, aunque un paladeo doloroso, sufrido, del resultado final. Nunca es desesperar.

Luego llega el resultado. Nuestro esfuerzo fracasó, el otro venció. Lo festejan, lo aclaman, sube al podio donde recibe la medalla. Ahora se abre para él una carrera de triunfos, de celebraciones, de riqueza. Nosotros, que perdimos, debemos volver a casa, en la oscuridad. ¿No son éstas acaso las condiciones más favorables para experimentar envidia? Condiciones de partida similares, un objetivo claro, la sociedad que nos empuja a perseguirlo en un combate regulado minuciosamente y de manera impersonal. Y luego, la humillación. En ciertos casos (pensemos en el pugilato), la humillación de caer a tierra bajo los golpes del adversario, frente a millones de espectadores excitados.

No obstante en la confrontación deportiva hay amargura, humillación, cólera, desesperación, nostalgia. Pero difícilmente envidia. Porque el resultado es ciertamente irreparable. La decisión del juez es imperativa, indiscutible. Es verdad que puede haber, a veces, discusiones. Si el

derrotado considera que ha habido irregularidades en las apreciaciones del juez, apelará al reglamento. Habrá un recurso, habrá un juicio. Pero ni siquiera en este caso, hasta que no se decida todo nuevamente, hay motivo de envidia. Es como si la carrera no hubiera terminado, como si todavía continuara.

¿Quizá la envidia aparece entonces cuando dos atletas se encuentran en continua competencia, como ocurría con los grandes campeones deportivos empeñados en un duelo constante? ¿Como Binda y Guerra, Bartali y Coppi, a veces victorioso uno, a veces el otro, hasta el punto de que se formaban dos partidos rivales?

Ciertamente, en estos casos, cada uno de los dos campeones está obsesionado con el otro. Lo tiene siempre presente, como obstáculo y como medida. No puede definirse a sí mismo, sin medirse con él, por lo menos en la intimidad, porque todos le recuerdan el perenne desafío. Pero también en este caso la envidia, si es que existe, deja rápidamente su lugar al deseo de desquite. En una nueva carrera volverá a ponerse todo en discusión y el derrotado de ayer puede vencer nuevamente hoy.

Los dos campeones, obligados a un eterno duelo, constituyen el modelo de la sociedad competitiva, en la cual se nos imagina a todos iguales y en la cual nadie debe nunca rendirse porque siempre debe buscar un desquite victorioso.

A fin de que exista la envidia es necesario que el desquite parezca imposible, es necesario que uno de los dos, al pensar en el otro, entre-

vea solamente el naufragio de sus propias posibilidades. Pero también es necesario que él continúe deseando, deseando intensamente aquella meta. Y esto solamente ocurre si, en alguna remota parte de su alma, continúa considerándolo justo y posible.

Esto no sucede en la competencia deportiva. El campeón que ve cómo uno más joven lo supera, cómo pierde su supremacía, sufre por esta pérdida y, durante cierto tiempo intentará reconquistar la victoria. Pero llegará un momento en que advertirá, clara e ineludiblemente, que ya no podrá hacerlo. Sabe, porque la historia del deporte se lo ha enseñado, que llega el momento en que uno más joven lo vence, un momento en que pierde su supremacía. Se lo repiten sus amigos, sus colegas. Verdad es que podrá experimentar una "punzada de envidia" en el período en el que los resultados son aún inciertos, en el que teme la derrota, pero todavía no se rinde totalmente. Sin embargo, llega el momento en el que la envidia desaparece. Porque él y su antagonista se han hecho desiguales y ya no se admite una confrontación.

La competencia rigurosamente prescrita y regulada no es el campo en el que la envidia se manifiesta más intensamente. Quien acepta completamente sus reglas, aprende también la regla fundamental que impone aceptar la derrota. Aprende a renunciar al deseo de victoria y a reconocer el valor de los demás. El acto final de toda competencia deportiva, hasta la más violenta, como el boxeo, está representado por el apretón

de manos y el abrazo entre el vencedor y el vencido. Y esto simboliza el homenaje, incluso interior, subjetivo, al valor de quien ha triunfado, el reconocimiento de la diferencia, el cese del duelo. En la rendición, observa Paul Keshemeti, el vencido toma el valor del vencedor y, al hacerlo, le hace un favor porque contribuye activamente a su consagración.

No quiero decir con esto que no haya envidia en el deporte. Ciertamente existe, pero no tiene su origen en las reglas de la competencia deportiva. La envidia en el deporte es un residuo inesperado, una desviación no deseada, una nota anti-deportiva. No podemos encontrarla escrutando más profundamente las reglas del deporte, sino en las esperanzas no declaradas, en las reglas infringidas, en las preguntas que no deberían siquiera hacerse. La envidia es en su esencia una pregunta: "¿Por qué él y no yo?". Si hay envidia, eso significa, aun frente a la más clara derrota, que la pregunta continúa en pie. Pero no para reformularla en un futuro desquite, sino aquí y ahora y busca una respuesta.

Tratemos ahora de simular una situación deportiva en la cual aparece la envidia.

Hay un muchacho de grandes dotes, un joven que promete ser campeón. Ha aceptado el desafío de un desconocido que, a primera vista, parecía poco temible. Pero el resultado fue una aplastante derrota. ¿Experimentará envidia nuestro campeón? No. ¿Por qué debía sentirla? Los ingredientes que hemos incluido en la historia no son suficientes.

Imaginemos ahora, en cambio, que se trata de un muchacho pobre que ha aprendido a desempeñarse, sin un verdadero entrenador, en un club de la periferia. Un día, durante una excursión o estando de vacaciones, tiene la posibilidad de medirse con otro muchacho rico que ha sido perfectamente adiestrado por buenos profesores. Este vence fácilmente y luego se aleja con dos hermosas muchachas que se lo disputan. En esta situación, nuestro joven campeón experimenta una violenta punzada de envidia.

Pero ésta se debe sólo en una mínima parte a la derrota. Es verdad que si hubiese triunfado no la habría sentido. Antes bien, habría saboreado un sentimiento de victoria. Este sentimiento hubiera borrado o compensado el deseo envidioso. El deseo de ser rico, fuerte y amado por las mujeres, como el otro.

¿Y qué peso tiene el certamen en este proceso? Si no se hubiese sentido en condiciones de participar de la competencia, de desafiar al joven rico con alguna posibilidad, ni siquiera se habría preocupado. **Había** demasiada distancia entre él y ese mundo para que el deseo envidioso hubiese podido ponerse en movimiento. El hecho de poder competir creó la cercanía que permitió que se revelara el deseo. La derrota vuelve a crear la distancia, lo empuja hacia su posición anterior. Pero de todos modos, el deseo nació y cuando el otro se alejó con las dos hermosas muchachas, se volvió desgarrador.

La situación deportiva sólo es el teatro en el cual se desarrolla el proceso de la envidia. Pero

esto ocurre porque los valores que cuentan se sustraen a sus reglas. Porque, para este tipo de valores, la vida no es en realidad una competencia deportiva, con sus normas de equidad, con sus criterios de valorización objetivos y universales. El otro joven no se hizo rico en una competencia con armas equivalentes entre contendientes del mismo peso y de la misma categoría.

En la vida real, el éxito, la riqueza, el reconocimiento amoroso no están distribuidos según una regla de equidad o una lógica de mérito. Son el producto de situaciones consolidadas, del juego de las fuerzas del mercado, de la suerte, de la casualidad, de la habilidad, de la despreocupación o del coraje. De las virtudes y de los vicios. Y el choque no se produce entre personas de la misma categoría, entre iguales. Sino entre desiguales, para quienes los débiles siempre pierden y los fuertes siempre triunfan. Hasta el punto de que los primeros dejan de enfrentarse con ellos y, para simular una competencia equitativa, un cotejo comprensible, se confrontan únicamente con los "cercaños" de quienes habla Aristóteles.

Las que parecían reglas de una competencia pareja, nos parecen en esta perspectiva, solamente un artificio para sustraerse a la injusticia global del mundo, a su total arbitrariedad. Los hombres, para vivir, para dar un sentido a sus acciones, para perseguir un fin, tienen necesidad de un orden moral. Deben creer que hay cierta relación moral entre lo que hacen y lo que obtienen, una relación entre acción, mérito y recompensa.

Esto es lo que ocurre en el deporte, en el

duelo, en todas las situaciones de competencia regulada. Recibe el premio el que es "mejor" el que es "meritorio". Pero también es lo que ocurre en las familias, en las organizaciones burocráticas, en las empresas. Todas estas instituciones logran funcionar en la medida en que dan a sus miembros la impresión de que las recompensas se distribuyen en su interior según una regla precisa de justicia. Gana más el que trabaja más, el que ha pasado ciertos exámenes, el que tiene mayor responsabilidad y así sucesivamente.

Pueden verificarse y controlarse estas reglas de justicia con facilidad, sobre todo entre aquellos que ocupan las mismas posiciones o posiciones análogas. Por ejemplo, los obreros de una sección esperan que las retribuciones estén en estrecha relación con la cantidad de trabajo realizado. El que trabaja menos ganará menos, el que hace horas extraordinarias, ganará más.

Percibimos y verificamos el orden moral en las diferencias que experimentamos y que conocemos. Puedo decir si es justo o injusto que mi compañero de trabajo gane más que yo, porque veo el trabajo que hace y comprendo el esfuerzo y la dificultad. Hasta puedo considerar justa o injusta, muy baja o excesiva, la retribución de mi jefe o de mi director. Pero no tengo la mínima idea de cuál sea el mérito o la justicia en el caso de un cantante que gana diez mil millones por año, o de un financiero que en una sola operación gana cien.

En el transcurso de nuestra vida aprendemos a no apartar nuestra mirada de los "veci-

nos", porque sólo en este ambiente podemos encontrar un orden moral, podemos encontrar una respuesta a la pregunta: "¿Lo merece? ¿Me lo merezco?".

¿Cuándo aparece, entonces, la envidia? Cuando, por cualquier motivo, ocurre en nuestra vida cotidiana algo que escapa a este orden moral, que lo ignora. Entonces aparecen las preguntas: "¿Por qué él y no yo? ¿Qué hizo para merecer todo lo que obtuvo? ¿Qué hice para perder?".

No es necesario que el envidiado haga algo concreto. No es necesario que viole una norma. Si una muchacha hermosa llega a un pueblo y las otras se vuelven envidiosas, ella no ha hecho nada. Pero su belleza no puede formar parte de un orden moral. No tiene ningún mérito ser hermosa, no tiene ningún desmerecimiento no serlo.

La envidia aparece en escena cuando el orden moral habitual, ese que verificamos cotidianamente con los "ceranos", ya no puede aplicarse, queda desmentido. El envidioso tiene entonces la impresión de una injusticia difusa, metafísica. "¿Qué vida ésta! ¿Qué cosas suceden! ¿Cómo es posible!" No es el envidiado quien cometió una acción inmoral. Su triunfo es más bien la expresión de una carencia constitutiva del ser, de un capricho del sentido, de una inmoralidad del mundo.

La aparición de la envidia nos señala la fragilidad, la precariedad de los órdenes morales. Los hombres tienden a identificarse con todo otro ser viviente, a confrontarse con todos. Pero aprenden a renunciar a ello y a tener solamente



deseos realizables y claramente contenidos en un sistema de méritos y de recompensas. Por esa razón sólo observan a sus semejantes y se comparan en un medio restringido. Por eso se acurrucan en su pequeña comunidad. Para evitar el vértigo que los sobrecogería si su mirada se extendiera hacia afuera, hacia el infinito.

Pero cuando también aquí aparece una diferencia inexplicable o excesiva en relación con los criterios habituales, este edificio se derrumba y se desintegra en la nada. La envidia es entonces un afanoso interrogarse sobre una competencia que nunca existió, un afanoso debatir sobre reglas que nunca fueron establecidas.



## El trabajo de la envidia

Si me siento disminuido porque se me acusa de haber hecho algo malo, siempre tengo a disposición numerosas opciones. Puedo defenderme, negando el asunto, puedo acusar a otro de haberme agredido o provocado. Puedo justificarme diciendo que no había reconocido a mi interlocutor, puedo pedir perdón. Puedo aducir circunstancias atenuantes, puedo proponer resarcir a la persona dañada.<sup>1</sup>

Pero si no he hecho nada, si el otro no ha hecho absolutamente nada; ¿qué instrumento de defensa puedo esgrimir para enfrentar un daño que sufro? Esto es precisamente lo que sucede en el caso de la envidia. La envidia comienza con una confrontación de la cual salgo desvalorizado, derrotado, sin que yo ni el otro hayamos realizado ninguna acción. Por eso no puedo ni defenderme ni acusar. Sin embargo, mi daño es real, mi sufrimiento verdadero.

Véase John Sabini y Maury Silver: *Op. cit.*, pág. 22.

La sociedad no prevé esta situación. Para ella no existe. No hay manera de aclarar mi posición, no se me han concedido las palabras para expresar mi malestar. La sociedad solamente prevé una competencia que nunca existió. Me invita a una competencia que tengo perdida de antemano. En esta situación se pone en movimiento el *trabajo de la envidia*. Es un proceso que intenta redefinir la situación, huir de la trampa, subvertir la confrontación.

Vimos, en el capítulo anterior, que la envidia hace su aparición cuando se ignora el orden moral cotidiano, ese que verificamos habitualmente con los "cercaños". Cuando alguien tiene un éxito que no puede explicarse como mérito, entonces el sujeto sufre una disminución que no puede reprocharse como carencia o como culpa.

Entonces el individuo busca por todos los medios la manera de volver a colocar todo lo ocurrido en un sistema de méritos y de recompensas, darle un sentido. De modo tal que pueda hablar de ello, que pueda lamentarse, que pueda obtener otra sentencia. Este trabajo mental sigue una dirección obligada. Si el otro me ha provocado un daño que no tiene relación con el mérito ni con el desmerecimiento, trataré de demostrar a toda costa que esta relación existe. Que él no merece, que no vale, que la sociedad se equivocó, que se ha cometido una injusticia.

Imaginemos' un grupo de muchachas que viven en un mismo pueblo o que frecuentan la misma escuela. Todas tienen deseos, ideales, modelos. Entre ellas se ha establecido, además, un

complejo sistema de valorizaciones recíprocas en el cual cada una pone en juego su aspecto, sus cualidades, su capacidad, sus éxitos. De ese modo han quedado constituidas muchas jerarquías, en las cuales cada joven tiene una posición diferente. La primera es apreciada por su belleza, la segunda porque es simpática, la tercera porque es gentil y servicial, la cuarta porque tiene un hogar muy hospitalario. Este conjunto de valorizaciones en diferentes escalas reduce las posibilidades de enfrentamiento y permite a cada una tener un valor propio. Cuando se compara con las demás, no se siente ni insignificante ni despreciable. La confrontación no pone en tela de juicio su *confianza de base* y no pone en crisis la *estima de base* de la cual cada miembro del grupo tiene el derecho de gozar.

La envidia hace su aparición cada vez que este complejo equilibrio valorativo se pone en discusión. Cada vez que un individuo se siente desafiado en su confianza de base y en su estima de base.

- Supongamos que llegue al ambiente de esas muchachas, una joven bellísima. Esta atrae inmediatamente las miradas de los hombres y pone en crisis la posición de las muchachas más hermosas, aquellas que basaban su confianza y su estima en la belleza. Que habían fundado su identidad en la admiración estética.

Estas están obligadas a compararse con la recién llegada, basándose en los valores en los cuales tenían confianza, valores en los que creen y que toda la comunidad comparte. No ponen en

duda que la belleza sea un don apreciado y saben que los demás piensan lo mismo. Hasta ese momento, ese convencimiento jugaba a su favor. Pero a partir del momento en que llega otra más hermosa, juega en su contra.

Entonces, cada vez que la miran o que piensan en ella, se ven obligadas a cumplir, en negativo, la comparación que antes cumplían en positivo y se sienten carentes de valor, pobres, mezquinas. Por eso desean que ella no hubiera llegado nunca, desean que no exista, que desaparezca. Pero ella no desaparece, continúa "estando", y representa un punto de comparación obligado. Es entonces cuando se pone en movimiento el *trabajo de la envidia*.

Este tiene el objeto de redefinir la situación de manera tal que la confrontación deje de ser desagradable y se instaure un nuevo equilibrio. El individuo trata de obtener este objetivo con una actividad mental vuelta ya sea hacia el interior, ya sea hacia el exterior. El trabajo de la envidia consiste en repensar y redefinir la situación en el propio espíritu y también consiste en intentar redefinirla colectivamente, porque la llegada de la "hermosa" ha cambiado las relaciones existentes en la colectividad.

Estos dos aspectos, interno y externo, del trabajo de la envidia, no pueden separarse netamente en la realidad concreta. Nadie piensa solo. Reflexionamos siempre junto con los demás, al reaccionar a sus respuestas, y tenemos necesidad de su consenso para creer en lo que pensamos.

Puesto que el trabajo de la envidia tiene co-

mo objetivo anular la diferencia de valor que nos hace sentir aplastados, debe de algún modo quitarle el valor a la persona que nos amenaza, arruinarle el mérito, hacer pedazos el hechizo que nos tiene atados a ella. Debe pues desvalorizarla.

La primera estrategia de la envidia, la más simple, es la *negación del valor*. En nuestro ejemplo, las muchachas se limitan a negar que la recién llegada sea hermosa. No discuten el concepto de belleza, lo consideran bueno. Pero buscan activamente defectos en ella, carencias que permitan decir que en realidad no merece la admiración de que es objeto. Descubren así que es demasiado baja o demasiado alta, demasiado delgada o demasiado obesa, que tiene senos pequeños o excesivos, feos dientes, un aire demasiado sosegado.

Generalmente este tipo de razonamientos tiene poca eficacia. Mirando alrededor se dan cuenta de que la otra continúa siendo admirada y buscada. El mundo exterior las desmiente.

Entra entonces en escena la segunda estrategia: la *revisión del valor*. Mediante este mecanismo ponen en tela de juicio los criterios de la belleza y los reformulan a fin de poder desvalorizar a la intrusa. ¿Qué es la belleza?, se preguntan. Es cierto tipo de relaciones corpóreas, ¿o es también encanto, cultura, inteligencia, gracia? Cada una de las muchachas envidiosas se dedica generosamente a reformular el concepto de belleza excluyendo de él la cualidad que posee la otra e incluyendo en él, al máximo, la cualidad que

considera que ella misma posee. Tampoco este trabajo resulta eficaz si se realiza en soledad, en el propio espíritu aislado, como intento de autoconvencimiento; pero puede ser eficaz si se realiza en comunidad, como transformación colectiva del modo de pensar.

Por este motivo las muchachas hablan entre ellas, discuten, buscan juntas una nueva definición de la belleza. Sin embargo, ni siquiera esto basta para sofocar la envidia, porque, hasta que no se convenga a los demás, se los verá siempre en la duda. El valor envidiado tiene un carácter objetivo.

Esta es la diferencia entre el trabajo de la envidia y los intentos de autoconvencimiento que operan en nosotros mismos cuando nos sentimos desilusionados por un amor. También en este caso negamos el valor, nos decimos que, en realidad, la persona amada es fea y despreciable. Pero sabemos que nuestro valor es subjetivo. Debemos convencernos a nosotros mismos, no a los demás. En el caso de la envidia, en cambio, debemos sobre todo convencer a los demás, porque son ellos quienes afirman, garantizan ese valor.

Una vez que ha fallado el intento de hacer aparecer fea a la recién llegada apelan a la tercera estrategia: *la proyección de la falta de valores*.

Se le atribuyen a la persona envidiada cualidades desagradables. Es verdad que es hermosa, pero es estúpida, ignorante, falsa, ávida, mezquina, ambiciosa.

Pero supongamos que también esta estrategia se derrumbe frente a la barrera de la reali-

dad. Las muchachas hablan del asunto con algunos miembros de la comunidad, hacen insinuaciones, sugieren "oímos decir que...". Pero no logran que se les crea, y hasta leen en los ojos de los demás la inesperada aparición de la sospecha, una mirada un poco asombrada, un poco desconfiada. Esta mirada las acusa. Nadie pronuncia la frase: "Son envidiosas", pero probablemente hay quien lo piensa. Y basta la sospecha de ser considerada envidiosa, para sentir miedo.

Las muchachas retroceden, se hacen pequeñas. Ahora se limitan a pedir consejos, como si quisieran aprender, como si quisieran evitar incurrir en errores. Se alejan recelosas, llenas de rencor contra sus interlocutores que no comprenden, pero más aun contra la envidiada. Porque ha sido ella quien las llevó a humillarse. Y la humillación es una herida demasiado punzante, por la cual también deberá pagar la recién llegada.

Con este propósito fortalecido vuelven al ataque y emprenden *la calumnia*. Con cautela y ambigüedad comienzan a esparcir palabras, a atribuirle intenciones innobles, aventuras degradantes y un pasado poco respetable. Le comentan a una vecina que alguien la vio abrazada con un hombre casado. A una segunda, le cuentan que fue expulsada del colegio porque se la encontró en la cama con otra mujer. Para no mencionar las historias de su primera juventud cuando se ganaba la vida quién sabe cómo. "Decía que era secretaria, pero, ¿quién lo cree?"

Pero supongamos que también la calumnia caiga en saco roto, dé pocos frutos. La comunidad



está perpleja pero no hace nada. La envidiada continúa su vida sonriente e ignorante de toda la intriga.

Las estrategias de la envidia fracasaron. Para tener éxito era necesario que contaran con el consenso social, y las muchachas no lo obtuvieron. Por lo tanto, deben buscar un camino alternativo, encarar el problema de manera completamente diferente. Pueden hacerlo renunciando al deseo que puso en movimiento la envidia, si logran abandonar el valor por el cual luchan, por el cual compiten.

Hasta ahora intentaron desvalorizar a la recién llegada ensuciando y tratando de hacer repugnante su belleza. Ahora comienzan a no desear ya la belleza, renuncian a su propia belleza como valor.

Este proceso no requiere un gran consenso social. Depende más del sujeto, de su capacidad de modificar sus propios intereses, de desviar los ojos de la antigua manera que tenía de mirar el mundo y redefinirse a sí mismo de otro modo.

Esto es el *desplazamiento del valor*. El sujeto ya no se concentra en la persona envidiada, sino en el valor que ésta encarna y representa. No intenta desvalorizar al individuo, sino extirpar el valor de sí mismo. Para lograrlo debe realizar siempre una desvalorización, pero ésta es solo un instrumento del abandono. A quien se comporta así no le interesa que todo el mundo comparta sus ideas, le basta con estar convencido, con creerlas.

Continuemos con nuestro ejemplo. Una de

las muchachas, cansada de las habladurías envidiosas y de las calumnias, decide cambiar ella misma. Comienza a dedicarse a un deporte y lo hace con determinación; trata de cambiar de hábitos, de no pensar en el pasado. Frecuenta menos a las amistades de antes. Evita cuidadosamente las charlas. Dice que no le interesan, que lo que la ocupa ahora solamente es el deporte, la vida sencilla y sana. Frecuenta a gente que hace deporte, que cree en el deporte.

Al comienzo pone cierto empeño, hace cierto esfuerzo para no dejarse reabsorber por los viejos valores. Pero, poco a poco, sus nuevos intereses se consolidan. Lo que al principio era un esfuerzo de voluntad, se transforma ahora en algo espontáneo. Ya no se ocupa de la otra, ya no se compara con ella.

El desplazamiento del valor es una expulsión de la envidia, una cura.

El desplazamiento del valor puede tener también una elaboración externa, puede tratar de afirmarse mediante el proselitismo. Hemos descrito un caso en el cual el sujeto deja de interesarse por la belleza sin estorbar a los demás. Pero podemos encontrar fácilmente un caso en el que, en cambio, el sujeto pone en movimiento una cruzada, busca apoyo para condenar socialmente la belleza. En los diferentes momentos de la historia siempre ha habido grupos religiosos que condenaron la belleza, la elegancia, el lujo, el erotismo como abominables iniquidades. El desplazamiento del valor se diferencia, por lo tanto, de las otras estrategias de la envidia, únicamente

cuando se elabora en forma de renunciamento personal, subjetivo.

Por eso podemos hablar de cuatro estrategias,<sup>2</sup> algunas centradas principalmente en la persona envidiada y otras en el valor, algunas más fácilmente elaborables como mecanismos de defensa subjetivos y otras, en cambio, dirigidas más a producir una reacción social.

En definitiva, todas las estrategias tienen el objeto de anular el efecto negativo de la confrontación, rebajar el valor o a quien lo encarna. Y las cuatro, si logran su objetivo, anulan la envidia.

Si la muchacha envidiosa logra convencerse de que la recién llegada no es hermosa, ni siquiera puede estar envidiosa. Quedará asombrada de que los demás, sobre todo los hombres, continúen considerándola como tal. Pero, si se siente verdaderamente segura de sí, sacudirá la cabeza y pensará que son tontos, que no entienden nada.

La envidia también desaparece si logra que se revea el valor o se le atribuyan defectos a la otra. Esta será hermosa, pero es tonta, carece de tacto y lleva una vida indecente. ¿Por qué la va a envidiar? En todos los casos en los que el trabajo

<sup>2</sup> Esta lista de estrategias en modo alguno pretende ser exhaustiva. Queríamos identificar el concepto de trabajo de la envidia y poner un ejemplo de su funcionamiento, y no tratarlo sistemáticamente. El lector podrá encontrar numerosos tipos de estrategias envidiosas en el libro de Eugéne Raïga. Por ejemplo el disimulo, la afectación de indiferencia, la conspiración del silencio, la conjura, la ironía, el sarcasmo, la burla. Véase *L'envie, op. cit.*

de la envidia tiene éxito, el sujeto de siente liberado de la angustia de la comparación.

*¿En qué consiste entonces la envidia si su trabajo la destruye? La envidia consiste en el trabajo mismo.* Por eso ella se instala firmemente cuando ninguna de estas estrategias logra obtener un éxito seguro, cuando el sujeto permanece vacilante entre una y otra.

Las muchachas experimentan envidia cuando oscilan entre admitir la belleza de la recién llegada o negarla. Entre aceptar los criterios compartidos por todos de la belleza o refutarlos, entre conservar los antiguos intereses o encontrar nuevos. La envidia vive en la incapacidad de elegir entre la adhesión y el renunciamento.

La envidia es una trama de incertidumbre, de duda, de intentos y de retiradas. Es la consecuencia del fracaso, del naufragio de las estrategias puestas por obra con el fin de cambiar la propia orientación valorativa.

Como hemos dicho, la envidia es un mecanismo de defensa contra una comparación que implica un resultado negativo para nosotros. Pero es un mecanismo de defensa que falla. La experiencia de la envidia, su rencor, su tormento, es la consecuencia de este inútil intentar y volver a intentar.

## El proselitismo envidioso

El envidioso está siempre en la busca de cómplices. Se aproxima primero a una persona y luego a otra para investigar qué piensan de aquel que lo obsesiona. ¿Lo estiman? ¿Lo consideran verdaderamente meritorio? ¿Qué opinan de su éxito? El envidioso hace permanentemente preguntas como si estuviera interesado en saber qué es lo que ocurre en realidad. Pero, al mismo tiempo, espera recibir una respuesta negativa. Espera que le digan: "¿Ese? ¡Pero si es un globo inflado! Su última producción no vale nada. Todo el mundo lo sabe. Ahora se han puesto de moda estas porquerías y él se ha lanzado a ellas. Como hace siempre, por otra parte." Espera oír una respuesta que confirme su deseo, su intento de desvalorizar al otro.

El trabajo de la envidia es no solamente procurar convencerse a uno mismo, sino también y sobre todo intentar convencer a los demás, arrastrarlos a juzgar de una manera diferente.

Volvamos al ejemplo considerado antes de la pequeña comunidad en la cual, inesperadamente,

hace su aparición la hermosísima muchacha. Las mujeres que se encontraban en lo alto de la jerarquía de la belleza se sienten amenazadas. Los hombres la miran, intercambian comentarios, demuestran que la aprecian. Se pone entonces en movimiento el trabajo de la envidia, que consiste en poner en tela de juicio su belleza o en encontrarle otros defectos. Todas aquellas que se sienten dañadas por la intrusa tienden a unirse, a encontrar un acuerdo entre ellas y utilizan las estructuras de poder de la comunidad para imponer el punto de vista de ellas. Convencen a algunas señoras que ocupan el corazón de la opinión pública: las tertulias, el country club, las asociaciones, los patronatos de beneficencia. Estas no estaban envidiosas de la recién llegada. Pero fue suficiente que se les llamara la atención sobre ella, para hacérsela sentir como una potencial rival. Todas tienen maridos, todas le temen a una hermosa mujer que pueda acecharlos. El trabajo de la envidia comienza a insistir en el hecho de que la nueva es una casquivana, que ya ha hecho varias conquistas, que su prestigio y su influencia entre los varones crece peligrosamente.

En determinado momento le endilgan un mote despectivo. Cada vez que la nombran intercambian sonrisitas de entendimiento. Los hombres, curiosos, quieren saber de qué se trata. Así llegan a participar del "lo que se dice" y comprometerse en el trabajo de destrucción, de degradación de la imagen de la muchacha.

Hasta ese momento ellos se limitaban a apreciar a la bella. Le encontraban muchas más

cualidades que defectos. Pero, al participar, entran en el juego. Algunos comienzan a utilizar el mismo mote. Ya no proponen razones a lo que las mujeres dicen de la joven. Sólo quedan unos pocos, aislados, que menean la cabeza cuando oyen las maldades de los demás. Pero no están en posición de hacer nada al respecto.

Naturalmente, la acción de degradación repercute en la envidiada. Al principio estaba segura de sí misma, orgullosa de su belleza. Era amable con todos, estaba siempre sonriente y serena. Luego comienza a advertir que algo cambió. Hay gente que la mira y sonríe maliciosamente. Cuando ella se acerca se callan o cambian de tema. No la invitan a una fiesta a la que todos asisten o la invitación llega tarde. Una señora acreditada le hace algunas observaciones sobre su vestimenta, demasiado provocativa, demasiado ostentosa. Un hombre, que antes la trataba con respeto, inesperadamente se muestra vulgar. Una amiga le refiere un chisme que la tiene como protagonista. Ella se vuelve vacilante, trata de llamar menos la atención, se viste de manera más moderada, más anodina, más masculina. Poco a poco, va borrando su belleza. En suma, obedece al mandamiento que le impuso la comunidad: ¡desaparece!

\* \*

¿Existe acaso mucha diferencia, cuando el proselitismo se realiza en un campo en el que lo que está en juego no es la belleza, sino valores

más elevados, como el poder político, la ciencia y el arte?

En *Julio César* de Shakespeare, la conjura política se inicia por la acción de un envidioso, Casio. Hasta el propio César se había dado cuenta de su condición y había dicho: "Tales hombres no sosiegan jamás mientras ven alguno más grande que ellos y son, por tanto, peligrosísimos". Casio busca prosélitos en su tarea de denigración, de desvalorización de César. Sobre todo intenta convencer a Bruto porque éste es un hombre sincero, estimado, amado por el pueblo.

Pero con él no puede recurrir a las bajas calumnias, sabe que Bruto no las creería. Entonces disminuye a César de una manera más sutil y muestra que el gobernante tiene una naturaleza débil. César no es un dios, como sostiene Roma, ni un valiente e indómito capitán, sino que es un hombre como los demás y hasta más temeroso. A fin de confirmarlo, utiliza episodios verdaderos, recuerdos personales. Cuenta que una vez César lo invitó a arrojar al Tíber con él, vestido con sus armas. Pero en un determinado momento César comenzó a ahogarse y entonces pidió ayuda e imploró hasta que Casio lo salvó. O bien aquella otra ocasión en la que, estando en España, César fue presa de la fiebre. Dice Casio: "Observé cómo temblaba. ¡Es verdad, ese dios temblaba! De sus labios cobardes había huido el color y esos mismos ojos, cuya mirada atemoriza al mundo, habían perdido su brillo. Oíale yo gemir, sí. Y ésa, su voz, que invitó a los romanos a que lo distinguieran y a escribir en los libros sus discursos,



¡OH, vergüenza!, gritaba: Dame algo de beber, Titinio, igual que una niña quejumbrosa. ¡Por los dioses! Maravíllame que un hombre de constitución tan débil pueda marchar a la cabeza del majestuoso mundo y llevar él solo la palma".

Pero, puesto que Bruto no es por naturaleza envidioso, puesto que Bruto no tiende a compararse con César, Casio lo impulsa a hacerlo, se lo sugiere:

"¡Bruto y César! ¿Qué había de haber en este César? ¿Por qué había de sonar ese nombre más que el vuestro? Escribidlos juntos: vuestro nombre es tan bello como el suyo. Pronunciadlos: el vuestro es igualmente sonoro. Pesadlos: no pesa menos. Conjurad con ellos: Bruto conmovirá un espíritu tan pronto como César. Ahora, en nombre de los dioses todos, ¿de qué alimento se nutre éste nuestro César, que ha llegado a ser tan grande? ¡Qué vergüenza para nuestra época! ¡Roma, has perdido la raza de las sangres esclarecidas! ¿Qué generación pasó desde el diluvio que no haya sido famosa por más de un hombre?"

Puesto que tampoco esto basta, Casio trata de que Bruto tenga la impresión de que también los ciudadanos piensan como él:

"Esta noche arrojaré a sus ventanas [las de Bruto] escritos de distintas procedencias, que parezcan provenir de varios ciudadanos. Todos expresarán la alta opinión que Roma tiene de su nombre [de Bruto]. En ellos se aludirá, esbozadamente, a la ambición de César..."

Pero cuando Casio logra su objeto, cuando está seguro de haber orientado a Bruto en la di-

rección esperada, hacia la conjura, lo desprecia, porque se ha dejado engatusar. Y comenta: "¡Bien Bruto, eres noble! No obstante veo que, dispuesto como está, tu honrado metal puede forjarse. He aquí la conveniencia de que las almas nobles se asocien siempre a sus iguales... Si yo fuese ahora Bruto y Bruto, Casio, él no ejercería influjo sobre mí.

El envidioso busca cómplices, se empeña en aumentar su número, pero en su interior los considera estúpidos, se ríe de ellos. Es como si dijera: "¡Pero, cómo me creen? ¡Cómo no se dan cuenta de que actúo de mala fe? ¡Cómo pueden ser tan ingenuos?".

Pasemos ahora al campo de las letras y de las artes, en el cual la gente común imagina que no existe envidia. Porque es el mundo de los creadores, de los espíritus elevados.

Pero también es el mundo de personas que quieren crear algo único, superior, inmortal. Animadas por un desmesurado deseo de sobresalir, un deseo de perfección, son al mismo tiempo, sumamente frágiles porque, ¿quién puede decir que se siente seguro de su valor? Hay páginas muy conmovedoras de Paul Valery sobre éstas, las que él llama las profesiones delirantes; en las cuales todos quieren desesperadamente afirmarse a sí mismos, decir continuamente Yo, Yo, Yo, pero se ven obligados a compararse con otro y luego con otro, y luego con otro más. Y todo lo que hacen los

demás es una espina en sus corazones, un motivo de tormento.

Toda la historia del arte y de la literatura está colmada de episodios de feroz rivalidad entre grandes. Como en el caso de Miguel Ángel con respecto a Rafael a, quien no podía soportar y al que nunca le reconoció ninguna capacidad. Hasta después de la muerte de éste continuó afirmando que todo lo que sabía Rafael de arte lo había aprendido de él.<sup>1</sup>

Un feroz ejemplo de proselitismo envidioso es el que suscitó Racine cuando escribió *Fedra*. Racine todavía estaba afirmándose, tenía muchos rivales y éstos, a fin de arruinar su última obra, se pusieron de acuerdo con un autor mediocre e intrigante, un tal Pradon que, en algunas semanas, improvisó un drama teatral titulado *Fedra e Hipólito*. Cuando esta obra subió a escena, los enemigos de Racine se volcaron en masa al teatro y decretaron un estrepitoso triunfo de la obra. El público se dejó arrastrar, se dejó engañar. El día en que Racine presentó su *Fedra* encontró un teatro vacío e innumerables críticos. La amargura que le provocó esta injusticia fue uno de los factores que impulsaron a este gran dramaturgo a abandonar el teatro cuando sólo tenía treinta y ocho años.<sup>2</sup>

También a Cervantes se le enfrentó un mediocre, de Avellaneda, a fin de disminuir el valor del Don Quijote.

<sup>1</sup> Véase Eugéne Raiga: *L'Envie, op. cit.*,pág. 59.

<sup>2</sup> Véase Eugéne Raiga: *L'Envie, op. cit.* pág. 149-150.

Hoy las cosas no han cambiado. Continúan existiendo las comunidades artísticas, particularmente una "república de las letras", formada por personas que se conocen muy bien. Han trabajado en casas editoras, han publicado ensayos y novelas. Escriben reseñas en los diarios o hacen comentarios por televisión. Cada uno ha debido juzgar a los demás y ser juzgado a su vez. Toma en cuenta el parecer de los demás y tiene necesidad del apoyo de éstos cuando publica una nueva obra.

Todos los grupos artísticos o profesionales, y también nuestra "república de las letras", tienden a crecer por opciones compartidas. Tienen reglas implícitas o explícitas de aprendizaje para los jóvenes, criterios con los cuales los juzgan, exámenes mediante los cuales reconocen sus valores. Se le pide al novicio que tenga respeto por los más ancianos, que imite el estilo de ellos, que participe de las reuniones que ellos mantienen, que no olvide las debidas expresiones de deferencia y de respeto. Hasta establecen cuáles son los temas de los que todos deben hablar, definen las modas, lo que es actual y debe ser apreciado y lo que, en cambio, debe considerarse viejo, superado. La senda de la carrera exige conocer estas reglas y atenerse a ellas o, por lo menos, no violarlas brutalmente.

Y he aquí, sin embargo, que alguien que ni siquiera conoce a los representantes de la corporación, que no los respeta, a quien no le importa lo que hicieron ni lo que harán, que no habla con ellos, que los ignora, se afirma. Alguien a quien a

pesar de todo, el público acoge triunfalmente, los editores miman y la televisión trata con deferencia. En este caso, la envidia de quienes se sienten afectados más directamente, encuentra eco en todos aquellos que se sienten ofendidos por la violación a las reglas, por la afrenta moral que han sufrido. Los primeros ponen empeño para movilizar a los demás hacia el rechazo de la nueva obra y del nuevo autor que queda "marcado unánimemente como arribista, incapaz, ignorante.

La corporación lo rechaza. Se niega a integrarlo, a aceptarlo, a admitirlo entre quienes respeta y estima. Comienza entonces un trabajo sistemático de denigración en sus confrontaciones, a fin de convencer también a todos los demás de que este autor no tiene valor, a fin de cerrarle toda posibilidad de reconocimiento universal.

Cuando la entidad está 'muy estructurada, es muy cerrada, el rechazo de la intrusión externa es tan inmediato, tan completo, que ni siquiera se puede hablar de envidia. Los miembros de la institución ni siquiera comprenden qué hizo el personaje en cuestión. Para existir, la envidia requiere un aprecio, aunque sea fugaz, del valor, valor que luego niega. En este caso falta en realidad el primer movimiento. El extraño aparece inmediatamente a sus ojos como un incapaz, como una persona informal. En lugar de la envidia, estalla el desdén, la indignación.

\* \* \*

Llegados a este punto, surge, espontánea-

mente una pregunta. Si la envidia es una fuerza tan ferozmente conservadora, si los grupos profesionales, las academias, las sociedades han sido siempre hostiles a la aparición de algo nuevo y siempre le han puesto obstáculos, ¿cómo es posible que igualmente se haya producido el progreso humano? ¿Cómo fue y sigue siendo posible la innovación?

Mediante dos grandes fuerzas: los movimientos y el mercado. Hablaremos luego de los movimientos al tratar el sentido de justicia y de los procesos colectivos. Concentremos ahora nuestra atención en el *mercado*. Y partamos de un ejemplo concreto.

Cuando el joven director Giuseppe Tornatore presentó su película *Cinema Paradiso*, en Italia todos fruncieron la nariz. Los críticos la describieron como una obra insignificante y necia. Los distribuidores la ignoraron. Después de una fugaz aparición en las salas cinematográficas, la película parecía destinada al cesto de papeles, cuando, por suerte, fue vista en otros países europeos y sobre todo en los Estados Unidos, en donde comenzó a alcanzar reconocimiento, hasta obtener el Globo de Oro, y finalmente el Osear. Después del triunfo en el mercado norteamericano volvió a Italia y entonces nuestros críticos explicaron, con todo aplomo, que efectivamente la película tenía cierto valor.

En realidad, *Cinema Paradiso* pudo afirmarse solamente porque logró sustraerse a la censura envidiosa de los cineastas italianos. Porque tuvo la suerte o la habilidad de huir de los ojos

sospechosos y hostiles de los viejos, que habían intuido la potencialidad del nuevo director e hicieron todo lo que pudieron para sofocarla en su nacimiento. Porque pudo ser visto y apreciado por gente que no tenía miedo de su éxito. Gente no comprometida, gente que no estaba en competencia, gente que lo miraba con objetividad estética o con los ojos desprejuiciados del comerciante.

Porque esto es, en definitiva, el mercado: un mecanismo que sólo acepta valorar la propia utilidad económica, comprando o vendiendo una mercancía o un servicio, sin tener en cuenta otras consideraciones, otras interferencias.

Los que lanzaron el filme de Trnatore no lo hicieron porque fueran más sensibles culturalmente, o porque tuvieran mejor ánimo. Sino porque se dejaron guiar por' sus propios cálculos económicos. Vieron un negocio y lo hicieron. Los cineastas italianos vieron en él únicamente un daño y lo hostilizaron.

El mercado, como institución autónoma, es el que se sustrae a las presiones y a los condicionamientos, la gran fuerza que acepta desbaratar las envidias locales. Los operadores del mercado permanecen indiferentes a las confrontaciones relativas, no se dejan influir por la propaganda envidiosa, por las manipulaciones ideológicas de escuela. Gracias a ellos, una obra innovadora llega a un público libre, también él, de la confrontación envidiosa, dispuesto a apreciar lo que lo divierte, lo que lo conmueve, lo que le da algo nuevo.

El mercado es en sustancia un campo social

en el cual quienes toman las decisiones son personas que no están envidiosas de quien creó la obra, de quien produjo la innovación: los "lejanos" por antonomasia, quienes no tienen ninguna relación social con él. En suma, los indiferentes, pero también, los objetivos.

Si la humanidad dependiera de la opinión de los grupos, de las academias y de las asociaciones interesadas para lograr su progreso, no habría adelantado mucho.

No obstante hay un campo que parece ser la excepción. El de la ciencia. En esta esfera no existen jueces externos como en la literatura, en el cine o en el arte. No existen charlatanes que se dirijan al público. Aquí el juicio sigue perteneciendo a los que se dedican a ese trabajo, a los propios científicos. Los científicos son las únicas personas autorizadas a tomar decisiones referidas a la ciencia.

Es conocido el rigor con el que actúan las asociaciones científicas. Las más prestigiosas revistas de medicina, de química o de física, tienen comités de redacción extremadamente severos que no publican un artículo que no responda a rígidos criterios de autenticidad. ¿Por qué ellos pueden sustraerse a la envidia?

Gracias a dos mecanismos. El primero es de carácter moral y puede compararse con la ética del deporte. Los científicos modernos están obligados a publicar y difundir los resultados obtenidos sin esconder nada, sin deformar nada y de manera tal que los demás puedan repetir sus experimentos. Nadie puede emitir un juicio definiti-



fc.

vo sobre sus trabajos hasta que toda la comunidad internacional realice esta verificación. Y en la ciencia moderna, la verificación finalmente es siempre empírica, experimental. Habrá muchísimos que podrán refutar el experimento o defenderlo. La realidad, la dura respuesta de los hechos, es la que, en última instancia, decide quién tiene razón y quién está errado. Como en el deporte, precisamente. Allí poco cuenta la habilidad oratoria o la manipulación.

El segundo mecanismo es, una vez más, el mercado. La ciencia moderna alimenta a la tecnología, cada descubrimiento tiene una aplicación práctica. Las empresas siguen con ojo atento el desarrollo científico, lo favorecen, lo promueven y están siempre dispuestas a sacar partido de los resultados. Si bien no hay un "mercado" para las ideas científicas, hay un floreciente "mercado" para sus aplicaciones. La entidad envidiosa también podría intentar mantener en secreto un resultado, o de desestimar a uno de sus miembros, pero la comunidad de los negocios tiene fuerzas y métodos suficientes para disuadirla de hacerlo.

Por consiguiente, también en el caso de la ciencia, los que salvan el progreso son los "lejanos". O los científicos lejanos geográficamente a quienes no les importan en modo alguno las disputas de una comunidad científica en particular, o los operadores económicos y financieros que tienen finalidades completamente diferentes y mentalidades completamente distintas. Y, justamente por eso, son buenos garantes de la objetividad.

Lo dicho con respecto a las ciencias físicas y naturales no es aplicable a las ciencias del hombre: psicología, sociología, antropología y menos todavía a la filosofía. En este terreno, las preferencias por una teoría o por otra dependen de profundas y subterráneas exigencias sociales, de grupos de poder, de intereses políticos y económicos. Por esta razón puede existir una *sociología del conocimiento*, esto es, un estudio de los factores y de los procesos sociales que hacen prevalecer una u otra concepción filosófica o ideológica.<sup>3</sup> Por eso también estas ciencias están sumamente influidas por la rivalidad y la envidia.

<sup>3</sup> Véase K. Mannheim: *Ideología e utopía*, Bolonia, II Mulino, 1958. Véanse también las observaciones hechas en el capítulo "Envidia y conocimiento" en relación con las *epistemes*.

## 14 La mala fe

La envidia se funda en la mentira y en la mala fe. Mentir es engañar a otro a sabiendas de que todo cuanto se le quiere hacer creer no es verdad. Cuando hay mala fe, en cambio, nos mentimos o tratamos de mentirnos a nosotros mismos. Intentamos disfrazar a nuestros ojos una realidad desagradable o presentarnos como verdad una mentira agradable.<sup>1</sup>

Hemos visto que el "trabajo" de la envidia consiste en tratar de demostrarse a uno mismo y de demostrar a los demás que la persona envidiada no vale lo que se dice que vale. O bien que no se trata de verdadero valor porque son otras las cosas que realmente cuentan. Al intentar esta demostración y al exponer los resultados, en determinado momento estamos "casi" convencidos. Cuando señalamos el error en el que todos han incurrido, además nos sentimos inflamados por

<sup>1</sup> Utilizo la expresión *mala fe* en el significado que le dio Jean-Paul Sartre en *El ser y la nada*, Buenos Aires, Losada, 1983.

un cielo sagrado, tenemos la impresión de estar realizando una obra de justicia social. "¡Vamos —decimos— no hay que dejarse llevar por las apariencias! Observad con ojos desprejuiciados y os daréis cuenta de que admiráis a quien no lo merece. Que no es mejor que vosotros o que yo."

Pero, mientras hacemos esta denuncia, o un instante después de haberla hecho, tenemos la impresión de haber mentido. Cuando invitábamos a los demás a mirar de frente la verdad y a decirla, ¿estábamos movidos realmente por el desinteresado propósito de lo verdadero? O, en cambio, ¿forzábamos la mano en la dirección que nos convenía?

La busca de la verdad no debería tener otra motivación que el conocimiento, otro fin que la verdad misma. Pero nosotros teníamos una meta diferente: librarnos de la molesta presencia de alguien, de su belleza, de su riqueza, de su inteligencia o de su éxito. Experimentábamos placer al descubrir sus límites, sus carencias. No era el placer puro del conocimiento, era el placer impuro de golpear, de dañar, de "hacérselas ver", lo que nos movía.

Un observador externo que hubiese podido estudiarnos con atención y penetrar en nuestro espíritu no habría tenido dudas. Las motivaciones de nuestra búsqueda y de nuestros intentos de proselitismo estaban corrompidos.

Por eso, la mala fe no es representarnos algo falso, algo que sabemos que no es cierto. Antes bien es una busca por el camino errado. Buscar, descubrir, poner de manifiesto, recordar, revelar

todo lo que sirve a cierto fin y, en cambio, pasar por alto, no ver, ocultar, lo que no sirve a dicho fin o lo obstaculiza. La mala fe es *mala intención*, acción práctica, respecto de la cual el conocimiento es solamente un medio, un instrumento.

Cuando nos damos cuenta de que el curso de nuestra búsqueda, de nuestros pensamientos, de nuestras reflexiones, satisface nuestra agresividad, desvaloriza a la persona que nos produce fastidio, entonces lo seguimos con solicitud. Cuando, en cambio, tenemos la impresión de que todo eso nos conduce a apreciarla, a reconocerle un valor, nos sentimos presos de cierto malestar, nos detenemos y cambiamos la dirección de nuestros pensamientos.

En todos los procesos de busca procedemos haciendo hipótesis. Luego, mediante el razonamiento o recurriendo a datos empíricos, descartamos las hipótesis erradas y nos detenemos en aquellas que resisten la refutación. Este buscar es objetivo si no tiene cierta preferencia por un tipo particular de respuesta. Si no tiende, de manera parcial y prejuiciosa, en favor de ésta en lugar de aquélla. Hago una pregunta y luego me mantengo susceptible, abierto a todas las soluciones, hasta a aquéllas más inesperadas, hasta a aquéllas más desagradables.

En el caso de la envidia parto de una pregunta: "¿Es verdaderamente culto aquel hombre?" Pero ya al hacérmela, sé cual es la respuesta que prefiero: "No. No lo es". Entonces si me ocurren razones, u oigo opiniones que la confirman, me siento jubiloso. Si, en cambio, me veo

obligado a admitir que esa persona es realmente culta, entonces me quedo con un gusto amargo en la boca y en ese mismo instante, comienzo a recurrir a otra de las estrategias de la envidia haciéndome otra pregunta: "Pero, ¿su cultura no es acaso simple erudición?" Y continuaré procediendo así, abandonando una y otra vez el camino que me conduce a reconocer su valor, a fin de desembocar continuamente en los que me permitan refutarlo.

Poco a poco construiré un conjunto de explicaciones, de pruebas y de argumentos tranquilizadores. Luego buscaré las confirmaciones, proponiéndoselos a los demás. Si mi proselitismo tiene éxito, si hay gente que puede movilizarse contra el envidiado, encontraré consenso para mis razonamientos y el trabajo de la envidia habrá triunfado. Todos juntos lograremos expulsar el cuerpo extraño y la envidia desaparecerá.

Si, en cambio, al interrogar a los demás, encuentro juicios diferentes, algunos favorables y otros contrarios, el trabajo de la envidia no alcanza su objeto. Vuelvo a encontrarme solo conmigo mismo, con mis razonamientos y mis argumentaciones, y tarde o temprano, la duda volverá a atenacearme. Porque mi argumento no tiene fuerza para sostenerse por sí mismo. Sé que fui parcial, que prefería una alternativa a la otra, que seguí el camino que me daba consuelo y que impugné el que me llevaba a conclusiones desagradables.

Tengo necesidad del consenso social. Si me falta, siempre habrá un momento en el que, inesperadamente, el castillo de justificaciones en el

que me había atrincherado, me parecerá demasiado frágil, inconsistente. Esta es una experiencia análoga a la inversión de figura y fondo en la percepción visual. O bien al retorno de lo reprimido en el psicoanálisis. Lo que se había mantenido alejado de la conciencia irrumpe en ella de manera súbita y produce angustia. En este caso experimento una violenta impresión de fracaso y de miseria moral. ¡No es verdad! El valía realmente! Me siento aplastado por mi nulidad y por mi doblez que ya no puedo ocultarme a mí mismo.

La sacudida del trabajo de la envidia no provoca, por lo tanto, una "punzada" de envidia, sino que me impone el valor del otro y me deja sin defensas. Por un instante permanezco desarmado. Estoy a punto de rendirme, de admitir su superioridad y mi miseria. Si el envidiado estuviera presente, hasta podría pedirle perdón, echarme a sus pies, abrazarlo, como hacen algunos personajes de Dostoyevski. Pero ésta es una fase que dura poco. Rápidamente me recompongo, retomo mis actitudes habituales y con ellas vuelvo a comenzar mi "trabajo" de denigración. Como un naufrago, me aferró a una nueva hipótesis, a una frase que dijo alguien y vuelvo a comenzar la protesta. La envidia es tenaz, renace continuamente del fracaso de su trabajo. El envidioso solitario es como Sísifo, condenado a subir a una montaña un peñasco que, una vez llegado a la cima, rodaba otra vez hacia el valle.

Lo que no puede lograr el individuo aislado, puede alcanzarlo la colectividad. Lo que en un individuo aislado es mala fe, porque él, en el fondo,

sabe que se miente a sí mismo: repetido por los demás, amplificado por la propaganda, destacado por los eslóganes, demostrado por los intelectuales, sostenido por las diatribas, por las acusaciones, por las persecuciones, termina por ser creído por las masas. Se transforma en catecismo ideológico, en creencia indiscutida. Hacer propaganda no es pensar, es actuar. El propagandista que no cree es tan eficaz como el que cree. El conjunto de estas afirmaciones induce a otras certezas o, por lo menos, sofoca toda voluntad de crítica. Mil propagandistas de mala fe producen un pueblo de creyentes.

\* \* \*

Demos ahora un paso atrás, volvamos a la persona que envidia y que comienza a desarrollar su trabajo dentro de sí y frente a los demás. Al individuo con sus pensamientos, con su sentimiento de fracaso, con su obsesivo pensamiento puesto en ese otro que le parece más hermoso, más rico, más feliz, más afortunado que él, y de quien trata inútilmente de desviar la mirada. Volvamos a su discurrir motivos y razones para no darle peso y valor, volvamos a sus dudas y sus fracasos.

El envidioso debe mantener todas estas emociones, estos razonamientos, esta actividad, cuidadosamente ocultos a quienes lo circundan. La envidia tiene esta característica: ser, antes que nada, un *secreto*.

El envidioso trata de evitar con mucho cui-



dado que los demás descubran que él se está comparando con alguien. Es desconfiado, circunspecto, teme que lo adviertan, que sean rozados por la duda. Practica estratagemas para despistar a los posibles sospechosos.

La confrontación envidiosa es un hecho social. Se desarrolla frente a un público, a un jurado que consideramos extremadamente crítico y exigente. Precisamente frente a este jurado queremos hacer un buen papel, frente a él nos avergonzamos si no logramos estar a la altura del otro. Si todos estos jueces de pronto desaparecieran, si ya no tuviéramos miedo de su evaluación, también desaparecería nuestra envidia. Primero, porque no queremos llamar la atención sobre la confrontación que estamos realizando. Porque sería como llevar la indagación de ese jurado precisamente hacia la diferencia que nos hace sufrir, como hacerla emerger con toda claridad.

No queremos hacerles pensar que nos sentimos disminuidos, derrotados, que admiramos la superioridad del otro y que sufrimos por ello. Admitirlo sería destruir todos nuestros mecanismos de defensa, hacer imposible el trabajo de la envidia. ¿Cómo hago para decir que aquel no vale nada, si, ante todo, me siento dominado y fascinado por él?

Por consiguiente, la envidia debe esconder cuidadosamente nuestro deseo, nuestro interés y poner en escena lo contrario: nuestra indiferencia, nuestra superioridad.

Cuando hablamos de la persona que pertur-

ba nuestras noches, en la cual pensamos con insistencia enfadada, debemos hacer como que caemos de las nubes. "¿Ese? Ah, sí, me parece haberlo oído nombrar, ¿qué hizo?"

El envidioso nunca debe dejar transparentar sus verdaderos sentimientos agresivos. Cada vez que habla del envidiado debe hacer como que no lo conoce, o bien debe sostener que es su amigo. "Siento verdadero aprecio por él, pero en este caso no puedo menos que criticarlo, por su propio bien..."

El envidioso se ve, entonces, obligado a mentir. Se ve obligado a poner en escena la ficción del desinterés, de la ignorancia, de la amistad. Está obligado a poner en escena los sentimientos contrarios de los que experimenta. Se siente envilecido, humillado, impotente y finge sentirse alegre, satisfecho y seguro. Está malquistado con el otro y debe demostrarle amistad, afecto, estima.

Por eso la envidia siempre es no solamente mala fe, sino también *conciencia de la falsedad*, es decir, *mentira*. Es una puesta en escena mentirosa, continua, prolongada, que utiliza todo tipo de recursos intelectuales y astutos. Es lo que hace lago con Ótelo.

La puesta en escena engañosa, el hecho de tener que fingir continuamente sentimientos que no experimenta, de decir cosas que no piensa, interactúa con la falsa conciencia. En la mala fe hay duda. El envidioso sabe que vale poco, sabe que no tiene argumentos consistentes. De vez en cuando, entra en crisis y terminaría por ceder si no estuviera continuamente obligado a fingir. Al

fingir frente a los demás, le resulta más fácil fingir frente a sí mismo.

La envidia es, en definitiva, un gran fingimiento mentiroso, en el cual el actor quisiera huir de su papel pero no logra hacerlo. No puede decir la verdad sobre sí mismo, porque debería decir que ha odiado a quien consideraba mejor que él, y que les ha mentado a todos.

## 15 La

### provocación

Hasta ahora hemos imaginado que no existe interacción entre el envidiado y el envidioso. Es el envidioso quien piensa, reflexiona, intriga. El envidiado no hace nada. Se limita a estar presente, a existir.

Pero en la vida concreta ciertamente no es siempre éste el caso. El envidiado puede mostrarse, exhibir sus éxitos, puede vanagloriarse de ellos y hacerlo de manera tal que ofenda al otro. Esta es la provocación.

Hay ritos de la vida cotidiana que nos prescriben ser prudentes, mesurados, cada vez que nos ha salido bien un negocio, cada vez que recibimos un premio, que hemos triunfado. Si en el mismo salón hay alguien que participó de la misma competencia o del mismo concurso, minimizamos el resultado obtenido, decimos que se ha debido sobre todo a la suerte. Y lo hacemos para no ofender la susceptibilidad del otro, su amor propio.

Sin embargo hay gente que procede de manera diferente y ostenta sus posesiones, sus vic-

tonas, personas que las ventilan frente a sus compañeros, a sus colegas con el fin de provocar la reacción envidiosa de éstos. En la Biblia hay un hermoso relato que ilustra este tipo de conducta: es la historia de José, sobre quien Thomas Mann escribió un libro delicioso.

Jacob había tenido doce hijos. Seis de su primera mujer, Lea, cuatro de las concubinas Zilpa y Bilna y, por último, dos, de su adorada esposa, Raquel. El primero de estos últimos era José. Por lo tanto, José no era el primogénito. Sin embargo, era hermoso, tenía dotes proféticas y se parecía extraordinariamente a su madre muerta. Jacob estaba fascinado por él y quería darle el puesto de primogénito en lugar de Rubén, el hijo de Lea.

José se daba cuenta de esto, como se daba cuenta de su propio valor. Cuando se encontraba con los demás hermanos se comportaba como un emisario del padre y no como un par. Esa actitud bastaba para provocar malhumor y envidia. Pero la situación se puso verdaderamente difícil cuando un día, engatuzando a Jacob, logró que éste le regalara el magnífico manto nupcial, la Ketonet passim, de su madre, Raquel. Con esa vestimenta regia fue a pavonearse ante sus hermanos y supuso que sería admirado y ovacionado.

Fatal error de presunción y de soberbia, observa Thomas Mann, porque "Desde los días de Adán y Eva, desde que uno se transformó en dos, todos, para poder vivir, tuvieron que ponerse en el pellejo de los demás; para conocerse realmente a sí mismos han debido mirarse con los ojos de un extraño. Pero José desconocía completamente

esta regla; su ciega confianza le hacía suponer que todos los hombres lo amaban más que a sí mismos y que él no debía tener ninguna consideración para con los sentimientos de los demás."<sup>1</sup>

Los hermanos quedaron estupefactos y lo acusaron de ser un mentiroso, un fullero, una víbora que había envuelto y engañado al viejo padre.

La reacción fue todavía más violenta cuando, imprudentemente, José les contó dos sueños que había tenido. En el primero, las once gavillas de trigo de sus hermanos se inclinaban frente a la suya. En el segundo, el sol, la luna y once estrellas se inclinaban frente a él. Entonces no sólo los once hermanos, sino también el padre y la madre, simbolizados por el sol y la luna, le rendían homenaje.

Los hermanos discutieron sobre si esos sueños de José habían sido inventados con intención de provocarlos o si habían sido enviados por Dios. Esta idea parecía frenar a Rubén, pero no a los demás, porque —continúa Thomas Mann— "El centro de todos sus pensamientos era José. Si Dios lo había elegido a pesar de ellos si había hecho inclinar vergonzosamente sus gavillas frente a la suya, eso significaba únicamente que Dios había sido engatusado lo mismo que Jacob."

José quería ser amado, admirado por sus hermanos, quería que ellos apreciaran su supe-

<sup>1</sup> Thomas Mann: *Il giovane Giuseppe*, Milán, Mondadori, 1981, pág. 87. [Hay versión en castellano en Obras Completas, 2 vols., Barcelona, Plaza Janes 1965-67.]

rioridad. Este es el deseo que tienen todos los que sobresalen, que se destacan, el deseo de ver reconocido su valor y sentirse amados por ello. Como se ama al líder, como se ama al gurú, al maestro, al virtuoso, al actor, al cantante que, al fin del espectáculo, recibe el aplauso entusiasta de su público. He aquí que este aplauso les grita, te amamos a ti porque eres grande, porque en ti se encarna lo bello. Porque tus descollantes cualidades nos enriquece, nos hace feliz.

Este es el verdadero premio, la verdadera meta de quien busca el éxito. Este reconocimiento, este amor exultante. Este es el significado de los aplausos, de los premios, de las medallas, de los solemnes encomios, de las felicitaciones. La sociedad se hace cargo de este deseo, exalta al campeón y lo señala como objeto de amor y de admiración.

Por esa razón siempre hay una tácita connivencia entre el ganador y quien le tributa el triunfo. El espera el aplauso de los espectadores. Si ese aplauso no llega, el campeón los escruta esperando ansiosamente.

El envidioso es aquel que rechaza, que dice que no. Que se resiste al desafío, a la presión, a la "provocación" de la gente y del ganador. Sabe que el vencedor quiere también su consenso, que se muestra para obtenerlo, entonces el otro niega con más fuerza, con obstinación.

Estos mecanismos están difundidos hasta en las familias. Mará Selvini Palazzoli se ha ocupado ampliamente de ello en sus estudios sobre la anorexia y las psicosis. Para Selvini, si hay un envidioso, siempre hay alguien que lo provoca,

que quiere obtener su reconocimiento a la fuerza. Quiero recordar únicamente uno de sus célebres casos, el de Giusi, una adolescente anoréxica que intentó suicidarse varias veces.<sup>2</sup>

La madre de Giusi era una mujer muy hermosa, encantadora, una gran artista que siempre lograba fascinar a sus invitados y a sus amigos y se hacía amar y admirar. El marido, que estaba enamorado de ella, precisamente por estas extraordinarias cualidades, en determinado momento comenzó a envidiarla y, quizás, a estar celoso de los muchos admiradores que ella tenía. Durante las "exhibiciones" de su mujer, permanecía ostentadamente mudo, pálido de rabia. Y Giusi había comenzado a experimentar la misma envidia, el mismo rencor. Respecto de ella y de su padre, la madre tenía demasiado: demasiada belleza, demasiado encanto, demasiada inteligencia, demasiada cultura, demasiado éxito profesional, demasiados amigos, demasiada admiración. Y quería además tener una hija excepcional de la cual enorgullecerse. Pero Giusi, que era muy hermosa, podía quitarle esto último. En poco tiempo se transformó en un monstruo esquelético que perdía los dientes y el cabello.

De ese modo vengaba al padre y colocaba a su madre en su lugar, humillaba su orgullo, le hacía "bajar la cabeza", le arruinaba la existencia y la obligaba a avergonzarse ante todos.

<sup>2</sup> M. Selvini Palazzoli, S. Cirillo, M. Selvini y A. M. Sorrentino: *I giochi psicotici nella famiglia*, Milán, Raffaello Cortina, 1988, págs. 96-101.



Como en el caso de José, la madre no se daba cuenta del efecto devastador que tenía su ostentación sobre el marido y la hija. Trataba de seducirlos, de fascinarlos como lograba hacerlo con los demás. Y cuanto más se resistían ellos, más reforzaba ella sus esfuerzos, hasta la catástrofe.

El envidiado no advierte la herida, el dolor que provoca en el envidioso y no comprende la violencia de su reacción agresiva.

La mujer hermosa que atraviesa la sala altiva, con todos los ojos puestos sobre su persona, está contenta. Sabe que hace ostentación, sabe que la envidian, pero no capta hasta lo más profundo la malevolencia, el odio que la acompaña. En su imaginación adivina una serie de comentarios positivos, quizás arrancados a la fuerza, pero positivos al fin. Piensa que, aunque sea de mala gana, las demás mujeres admiten su belleza, están impresionadas por ella. Se sentiría horrorizada si oyese lo que realmente dicen de ella: "Mira a esa asquerosa, esa arpía, esa aprovechadora, esa ladrona, esa prostituta...".

Pero la ostentación no tiene siempre como meta obtener el amor y la admiración. A veces quiere humillar, aplastar al otro, obligarlo a rendirse. La ostentación del poder, de la riqueza, de las victorias, ha tenido también en el curso de la historia el objeto de hacer bajar la cabeza de los porfiados, de aniquilar su orgullo, de hacerlos postrar, implorantes y dispuestos a adorar, frente al vencedor, el objeto de obtener su rendición total como se le concede a una divinidad. El poderoso quiere ser amado, admirado y temido como un dios.

Esta pretensión despótica, este deseo de poder total y de adoración ciega, tiene sus raíces en el terrible desequilibrio de fuerzas que hay entre el adulto y el niño. Por eso, antes de transformarse en pretensión del soberano hacia sus súbditos, hizo su aparición en la familia, en todas las épocas y en todos los lugares. Y se expresó en la religión. El Dios celoso es el modelo y el reflejo de un patriarca, de un padre-amo iracundo y exclusivo. Lo demostró de manera inolvidable Sigmund Freud.<sup>3</sup>

Pero el despotismo se reproduce todavía hoy, en la familia actual, en determinados momentos y en determinadas situaciones. Vuelve a aparecer en las relaciones entre el hombre y la mujer, entre el que dirige y el que es dirigido, se insinúa en los triunfos, en las orgullosas manifestaciones de superioridad. En todos los ambientes hay privilegios, ritos, imposiciones de deferencia. En todo lugar encontramos personas que se exhiben con la complacida arrogancia del soberano y lo que en realidad buscan es corrompernos, humillarnos, hacernos cantar loas a ellos.

En estos casos la envidia se carga de un matiz sombrío y puede transformarse en malvada agresividad, en resentimiento.

<sup>3</sup> Sobre todo en *Tótem y tabú* y en *Moisés y la religión monoteísta*, en *Obras completas*, vols. 13 y 23, Buenos Aires, Amorrortu.

En una pequeña obra moral Plutarco distingue entre la envidia y el odio.<sup>4</sup> El odio, nos dice, se origina en la idea de que la persona odiada es mala o quiere hacernos un mal. La envidia, en cambio, se experimenta solamente en la confrontación con quien parece ser muy afortunado. El odio puede tener un motivo, una justificación, en tanto que la envidia nunca es justa, desde ningún punto de vista. Se odia principalmente a aquellos cuya maldad se acrecienta, mientras que se envidia principalmente a aquellos que son cada vez más virtuosos. En suma, la meta profunda del odio es hacer realmente un mal. Los envidiosos, en cambio, sólo pretenden que el envidiado deje de hacerles sombra. Como si el envidiado fuese una casa demasiado alta, a la cual bastaría quitarle el último piso.

Todo lo que hemos dicho son puntos en los cuales estamos completamente de acuerdo. Pero, si bien odio y envidia son diferentes como tipos ideales,<sup>5</sup> lo cierto es que en las situaciones concretas se mezclan profundamente. En el ejemplo

<sup>4</sup> Plutarco: *De invidia et odio*, en *Moralia I*, Plan 47, Pordenone, Biblioteca dell'immagine, 1989, págs. 454-469.

<sup>5</sup> Spinoza tiene una posición diferente sobre esta cuestión. Para él, la envidia no es más que odio visto en la particular perspectiva de quien desea el mal ajeno y se entristece por la alegría del otro (*Etica cit*). Una experiencia que Santo Tomás de Aquino, en cambio, distingue netamente de la envidia. Cuando, en efecto, la *tristitia* deriva del hecho de que el enemigo se fortalezca y, por lo tanto, se acrecienta un peligro, *talis tristitia non est invidia, sed magis timoris effectus* (*Summa Theologica, cit.*).

que acabamos de dar, los hermanos de José deciden matarlo, y eso es claramente odio.

Lo que habitualmente transforma la envidia en odio es la provocación, sobre todo cuando se hace con la intención de producir la humillación, la sumisión del otro. Algo muy fácil, por otra parte, puesto que la gente que tiene éxito, que alcanza una posición de poder, generalmente considera que la merece y se enoja con quienes no se inclinan ante ella.

Los poderosos, los ricos, los triunfadores, han ejercido siempre, en el curso de la historia, esta presión sobre los más pobres, sobre los vencidos, sobre los inferiores. Y si estos últimos experimentaban envidia por aquéllos, con el acicate de la provocación y de la humillación, esta envidia se transformó con frecuencia en odio impotente, en turbio deseo de venganza.

Nietzsche dio a esta mezcla de pasiones el nombre de *resentimiento*.<sup>6</sup> El hombre resentido no admira al superior, quisiera estar en su lugar para vengarse de él. Porque ha sido humillado, porque mil veces hubo de disfrazar su encono impotente. El resentimiento se produce poco a poco, de manera acumulativa, a través de sucesivas estratificaciones de deseos envidiosos, de cóleras contenidas, de proyectos de venganza.

El resentimiento puede ser un hecho individual. Puede experimentar un hermano menor

6 F. Nietzsche: *Genealogía della morale*, Milán, Adelphi, 1975. [Hay versión en castellano: *La genealogía de la moral*, Madrid, Alianza, 1983, 7<sup>8</sup> ed.]

contra el mayor que dirige la casa, que lo oprime, una nuera contra la suegra que la trata como a una sirvienta. Pero se hace particularmente importante e interesante cuando es colectivo, como en las relaciones entre los pueblos o entre las clases sociales.<sup>7</sup>

<sup>7</sup> Véase el párrafo *Risentimento e invidia collettiva*, págs. 130-133 (en la edición italiana, citada arriba).

## El reconocimiento

Escribe Schoeck: "El acto de amor, los sentimientos amistosos, la admiración, todas estas actitudes con las que nos dirigimos hacia otro, esperan la correspondencia, un reconocimiento, tienden a establecer un vínculo. El envidioso no quiere nada de todo esto... porque, por lo que a él respecta, no quisiera tener ninguna relación con quien es el objeto de su envidia." •

No es verdad, realmente no es verdad. La relación entre el envidioso y el envidiado no es una sencilla y lineal relación de odio. El otro no es un claro enemigo a quien deseo ver destruido a toda costa. No es alguien de quien quiero vengarme y a quien espero hacer sufrir. No es alguien por quien siento repugnancia, disgusto. Ni siquiera me da miedo. No lo considero indigno, infame hasta el punto de no querer que me vean con él.

El objeto de mi envidia, aun cuando lo des-

1 Helmut Schoeck: *U invidia e la società*, Milán, Rusconi, 1974, pág. 11. [Hay versión en castellano: *La envidia y la sociedad*, Madrid, Unión Editorial, 1983.]

valorice, aun cuando desearía verlo muerto, me atrae, me fascina. Por eso, si él se me acerca, me tiende la mano, me invita a su casa, me pide que vaya a su lado en público, me demuestra estima, me elogia, si reconoce mi valor ante los demás, entonces, inesperadamente, mi envidia desaparece y me siento invadido por un cálido sentimiento de plenitud. Sentimiento en el cual se funden conjuntamente el estupor, el reconocimiento, la alegría de que se haya hecho justicia conmigo y el orgullo del éxito, de la victoria.

En realidad, él representaba a mis ojos todo aquello que en el mundo negaba mi valor, me decía no, me rechazaba. Y me rechazaba a mí mientras lo elegía a él en mi lugar. Él era el campeón triunfador de la vida, yo, el perdedor; él, el aclamado, yo, el escarnecido; él, el exaltado, yo, el denigrado. Y ahora, precisamente la persona que encarna los valores dominantes me eleva hasta su mismo plano. Dice: "¿Veis a este hombre? Vale tanto como yo, y es tan cierto que lo elijo como amigo. Reconozco su valor y por eso vosotros también debéis reconocerlo".

Descubrimos así que uno de los sentimientos más fuertes que vincula al envidioso con el envidiado es la necesidad espasmódica y frustrada de reconocimiento. Detrás del obsesivo reflexionar del envidioso, detrás de la constante presencia del otro, está este anhelo de contacto, de respuesta, esta muda, no formulada, solicitud de amistad. Porque lo que el envidioso le pide al envidiado es la estima verdadera, profunda, sincera, que el amigo ofrece al amigo. Que siempre y en cual-

quier circunstancia esté de su parte, que lo respete, que respete la seriedad de sus intenciones, de sus esfuerzos. Que vea no lo que hay de mezquino sino lo que hay de bueno y meritorio en su vida.

Cada uno de nosotros tiene algún valor, cada uno de nosotros tiene algún mérito. La vida es dura, difícil, llena de insidias y de dolores. A fin de afrontarla hemos tenido que superar pruebas extenuantes, tuvimos que ser valientes, muy valientes. Todos hemos tratado de hacer lo mejor posible, la mayor parte de las veces con sinceridad. Fuimos engañados, traicionados, ofendidos. Doloridos, hemos vuelto a levantarnos y hemos comenzado otra vez desde el principio. No fuimos recompensados como lo esperábamos, como lo hubiéramos merecido. Sólo el amigo nos conoce, nos comprende y, por eso nos hace justicia.

Si éste es el deseo profundo, indecible del envidioso respecto del envidiado, entonces podemos adivinar en su sentimiento, el rencor de una estima no correspondida, la desilusión de una esperanza frustrada, la amargura de una injusticia no reparada. No la injusticia por la cual podemos reclamar ante un tribunal o ante el público, sino la injusticia que todo ser humano sufre por la dureza del mundo, la injusticia existencial, nacida del hecho de que la existencia no es intrínsecamente moral. Existencia que sólo puede redimirse mediante algo diferente.

Ese "algo" podría ser la clemencia o la misericordia, atributos fundamentales de Dios en el Islam. O bien el *ágape*, el amor de Dios en el cristianismo. O la compasión del budismo. Pero el ni-



vel mínimo, humano de ese "algo" que puede redimir la existencia de su vacuidad moral es el reconocimiento de quien puede vernos por dentro, como si fuera nuestra propia mirada, o bien alguien más separado, más objetivo. Sin el tumulto, las ansias, las hipocresías con las que nos tratamos a nosotros mismos. Una mirada que busca el bien y que nos ayuda a encontrar en nosotros, hasta una pizca de valor. La mirada del amigo.

Por esa razón, el envidioso tiene impulsos de acercamiento, aspira a la amistad de aquel a quien envidia y es feliz si éste le tiende una mano, o le hace sentir su reconocimiento. Pero, en la mayor parte de los casos este proceso termina por transformarse en una envidia todavía más intensa. Y, con frecuencia, en actitudes de violencia o de malevolencia.

En efecto, la envidia aumenta con la proximidad. Cuando el otro lo llama, lo invita a su casa, a su mesa, cuando lo hace sentar a su lado en las fiestas, lo hace participar de su grandeza, de sus aplausos, el envidioso olvida la diferencia. Se siente como él, feliz, exaltado. Se siente reconocido en su valor.

Pero luego esta intimidad termina. Acabada la fiesta, la celebración, despedidos los invitados, bien entrada la noche, cada uno vuelve a ser él mismo, en su posición social. Al día siguiente el envidioso descubre que la distancia no quedó anulada. Sus vidas son diferentes, como son diferentes sus destinos. El reconocimiento que le hizo sentir el envidiado es solo un recuerdo. Que ya no

le alcanza. Mientras tanto, el otro retoma su vida habitual, gloriosa, triunfante, y él, que por un instante tuvo la ocasión de saborearla, ahora la desea todavía más intensamente. Mientras el otro estaba lejos, era una entidad abstracta, el envidioso trataba de no pensar en él, de no compararse. En ningún otro caso como el de la envidia resulta tan pertinente el proverbio "ojos que no ven, corazón que no siente". Pero, justamente esa experiencia en común, el hecho de haber estado tan cerca y de haber formado parte, por un instante, de su éxito, exaspera la envidia, la hace feroz.

Ciertamente, el envidioso desea acercarse al envidiado, desea su amistad, su reconocimiento. Pero desea mucho más. Desea estar siempre con él, a su lado, y luego, ser como él, estar en su lugar, identificarse con él, sustituirlo.<sup>2</sup> Y puesto que no lo logra no está nunca en paz. La envidia produce un movimiento de identificación, pero es un movimiento voraz, insaciable, que quisiera avanzar hasta lograr la asimilación, la deglución, y no se detiene hasta alcanzar su objeto. La envidia se transforma en desapego, repudio, solamente porque no logra devorar al otro, incorporarlo,

<sup>2</sup> En la película *Eva contra Eva* de Mankiewicz, una muchacha de provincia se acerca en actitud de adoración a la gran estrella Margo y llega a ser su secretaria, su asistente, su alter ego. Se anticipa a sus pensamientos, a sus deseos, a sus gestos. Poco a poco, la sustituye, toma su lugar. Véase el análisis de Gianni Canova, *In-video. Il cinema in bilico tra vedere e invidiare*, en G. Pietropolli Charmet y M. Cecconi (comps.): *L'invidia, op. cit.*, págs. 175-181.

digerirlo. En el movimiento de desapego de la envidia está ya el principio de su cura. En tanto que el acercamiento es como echar gasolina al fuego. La envidia estalla y se hace maligna. Con frecuencia se traduce en una acción perversa, venenosa.

Hay que temer al envidioso que se acerca demasiado, al envidioso a quien tratamos amistosamente, de manera fraternal, que invitamos a nuestra casa, porque, sin quererlo, inflamamos en su corazón feroces impulsos de odio. A veces nos sentimos conmovidos por el placer que demuestra, por su mirada de reconocimiento. Pero no logramos ver las heridas que nuestra existencia le infiere precisamente con su proximidad.

Muchas veces se ha observado que quienes vden junto a los grandes personajes habitualmente hablan mal de ellos. Un dicho inglés asegura que nadie es un héroe para su *valet*. Hasta los muchachos entusiastas de su campeón deportivo o de su ídolo musical, viviendo cerca de ellos, poco a poco advierten que él se les asemeja y comienzan a considerar intolerable su éxito. Solo la distancia permite idealizarlo y no experimentar envidia.

Considerando un espectro más amplio, la amistad no es posible entre personas diferentes que se comparan entre sí. La amistad solo es posible entre iguales, o entre desiguales que no se comparan, que no se miden mutuamente. Para que exista amistad es necesario que cada uno encuentre en sí mismo su fuente de valor, una fuente de valor, que el otro reconoce y de la cual no -rata de apropiarse.

El verdadero encuentro amistoso no nace del acercamiento que busca la envidia, de los sentimientos amistosos que sin embargo produce la envidia. Es difícil que la amistad surja de la envidia.

En cambio la amistad puede nacer más fácilmente de los celos. Recuerdo el caso de un muchacho locamente enamorado de una compañera de la universidad. Como sucede con frecuencia a esa edad, este joven era torpe y no lograba descifrar los mensajes que le enviaba la muchacha. Ella estaba enamorada de otro, pero puesto que lo estimaba, evitaba con cuidado quedarse a solas con él para no ofender su sensibilidad. Siempre se encontraba con él en compañía de algún amigo común. Particularmente de uno que era un buen compañero, sencillo, alegre, brillante.

Cada vez que nuestro joven trataba de quedarse solo con su amada para hablarle de su amor, allí estaba el otro. El joven terminó por ponerse celoso. Pensaba que entre ellos había una complicidad amorosa. Tomaba por intimidad erótica la familiaridad que había entre ellos. Se sentía atraído, fascinado por el otro joven y se esforzaba por comprender cuál era el secreto del encanto que ejercía sobre su amada. ¿Cómo lograba acercarse a ella cuando quería, cosa que él nunca conseguía hacer? ¿Por qué ella se reía y estaba siempre pendiente de las palabras del otro y en cambio se retraía cuando él la miraba fijamente con ojos amorosos? Lo escrutaba, lo estudiaba, no se despegaba de él un momento, ya fuera para poder encontrar a la muchacha, ya fuera pa-

ra mantenerlo alejado de ella. Trataba por todos los medios de caerle en gracia. Comprendía que, si se hubieran hecho amigos, podría pedirle que dejara a la mujer que amaba. Y aun más, ¡pedirle que lo ayudara a conquistarla!

Poco a poco surgió una camaradería profunda entre ellos. El nuestro era un muchacho muy dotado, un verdadero artista, y ejercía una notable fascinación sobre su presunto rival amoroso. En sustancia, cada uno enriquecía al otro, le enseñaba cosas preciosas sobre la vida. Se procuraban recíprocamente elementos de identificación para modelar su personalidad.

Con el correr del tiempo, el muchacho comprendió que su presunto adversario no constituía una amenaza, sino que había llegado a ser su aliado más seguro. El otro, mientras tanto, había descubierto el gusto por el arte y la música. Enfrentaron juntos muchas pruebas de la vida y las superaron. Entre ellos nunca hubo envidia. Se hicieron amigos íntimos y siguieron siéndolo siempre.

El paso de los celos a la amistad es posible porque los celos tienen una meta precisa: conservar su objeto de amor. En la despiadada competencia erótica, el único freno puede ser de tipo moral. Por eso, los celos tratan de suscitar la amistad, que es el más moral de los sentimientos. Algunas veces es una estratagema. Muchas mujeres, en cuanto advierten que el marido frecuenta a alguna otra mujer que puede convertirse en una rival, le piden que se la presente, la invitan a su casa, se "hacen amigas" y, así, conjuran el peligro. Los hombres proceden de manera análoga y,

como vimos en el ejemplo anterior, puede ocurrir que de una estratagema nazca también una amistad verdadera.

Ahora podemos hablar de la *ingratitude*, el odio que experimenta el que ha sido beneficiado contra su benefactor. Kant llama *desagradecimiento*<sup>3</sup> al sencillo olvido del beneficio recibido, a la falta de reciprocidad. Cuando hay ingratitude, en cambio, el que ha recibido el beneficio, se siente corroído de rencor impotente. Pero, ¿en qué se origina este rencor? ¿Por qué el que ha sido beneficiado muerde la mano del que lo ayuda?

La causa más frecuente es la envidia. Un benefactor lejano que se limita a enviar ayuda sin hacerse ver, no suscita problemas. Un protector lejano a quien se puede recurrir en caso de necesidad y que dispensa sus favores como un santo patrono, siempre recibirá gratitud. Los problemas surgen cuando el benefactor es alguien como nosotros, un conocido, un amigo. Uno que nos llama a su lado, que nos hace participar de su trabajo, que nos ayuda, que nos guía, que nos enseña la profesión. Que, por eso, actúa respecto de nosotros, como un hermano o como una hermana mayor, a pesar de no serlo.

A todos les habrá ocurrido, a todos indistintamente, haber ayudado a alguien así. Recuerdo el caso de una joven mujer muy inteligente, bri-

<sup>3</sup> I. Kant: *Metafísica dei costumi*, Bari, Laterza, 1983, págs. 328-331. [Hay versión en castellano: *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*, Madrid, Espasa-Calpe, 1983, 8<sup>a</sup> ed.]

liante. Acababa de llegar del sur, se había inscrito en la universidad y trabajaba en una importante fundación. Con su mente clara, su carácter equilibrado, su extraordinaria capacidad de trabajo y su belleza, estaba haciendo una rápida carrera. Con ella vino, otra muchacha, hija de unos conocidos, y la primera trató por todos sus medios de ayudarla. Le prestó el dinero para que se inscribiera en la universidad, la invitó a vivir con ella, logró que la tomaran en el lugar en que trabajaba. La otra comenzó a envidiarla. Envidiaba su belleza, su éxito, el hecho de que estuviera siempre un paso más adelante que ella. Mejor alumna en la universidad, más apreciada en el trabajo, más admirada por los hombres.

La envidia la atormentaba porque al mismo tiempo comprendía que le debía todo lo que tenía. Entonces comenzó a evitarla, a frecuentar compañías diferentes, a hablar mal de su amiga. Se lamentaba continuamente, le atribuía la culpa de todo lo que le salía mal. Hasta empezó un tratamiento psicoanalítico.

Un día fue presa del remordimiento. Le confesó a su amiga su envidia y le dijo que estaba logrando liberarse de ella. En efecto, durante el psicoanálisis, había comprendido que estaba proyectando sobre su amiga, la envidia que había experimentado de niña por su hermana mayor. La escena terminó en llantos y abrazos. Sin embargo, durante los meses siguientes se mantuvo a distancia. Fingía que no veía a su amiga para no tener que saludarla. Poco a poco dejaron de hablarse.

Todas las personas generosas han experimentado en el curso de sus vidas situaciones de este estilo. El mecanismo que dispara la envidia y la ingratitud es la proximidad y la confrontación. Si el generoso hubiera dejado que el otro siguiera su destino, si lo hubiese dejado en la miseria, hubiera seguido siendo a los ojos del otro un personaje mítico, admirable, de cuya amistad se enorgullecía. Al ayudarlo, al acercarse a él, ha puesto en movimiento la envidia y una profunda, sombría irritación que produce el peso insoportable del reconocimiento. Precisamente esta expresión, "el peso insoportable del reconocimiento" pone Milton en boca de Satanás en el *Paraíso perdido*.\*

<sup>4</sup> J. Milton: *Il paradiso perduto*, Milán, Bietti, 1979, pág. 159. [Hay varias versiones en castellano, entre otras, *El paraíso perdido*, Madrid, Espasa-Calpe, 1984, 6<sup>ª</sup> ed.]



## 17 Envidia

### y justicia

¿Puede derivar de la envidia el sentido de justicia? Muchos lo creen así. Schoeck<sup>1</sup> insiste en ello de manera particular. La envidia nace de una desigualdad. Es la reacción inmediata y universal al hecho de que alguien posea algo que yo no tengo, o bien al hecho de que alguien valga más que yo. La envidia tiende a rebajarlo, a llevarlo a mi mismo nivel.

Esto se ve perfectamente en las sociedades primitivas. En éstas no hay diferencias de clases. Todos son pobres. Una caza abundante, una pesca afortunada son acontecimientos que desencadenan el deseo de los demás. El cazador que ha tenido suerte se siente mirado por ojos codiciosos. Esto lo lleva a dividir su presa con los miembros de la comunidad. A veces ni siquiera prueba un bocado de la presa que ha cazado.

La aparición de la codicia es inmediata. Precisamente porque todos son iguales, precisamente porque todos tienen muy poco, apenas alguien

<sup>1</sup> H. Schoeck: *L'invidia e la società*, op. cit.

obtiene algo más, los demás lo advierten y lo desean también ellos. El individuo se siente vigilado, tiene miedo, prefiere sosegar a esa muchedumbre codiciosa en la cual percibe de manera sensible cierta agresividad. No es necesaria una regla que establezca la igualdad y la distribución de los bienes. El mismo lo hará para calmar el odio que lo amenaza. En otros casos esconderá la presa. Hasta hay sociedades como los *Sirionos*, en las que la gente come de noche para no dejarse ver.<sup>2</sup>

Son situaciones que nos recuerdan los grupos de animales alrededor de una presa. Todos se reúnen, cada uno arranca un pedazo, el más grande que puede. Los demás tratan de quitárselo. El que se ha apoderado del mejor trozo se retira lejos para comerlo tranquilo, pero siempre puede ser descubierto por alguno que lo haya seguido. Todos quieren todo y el resultado es un recíproco temor.

En la sociedad humana, este proceso se prolonga en el tiempo, continúa aun cuando la gente se ha retirado al interior de sus casas. No es necesaria la presencia física del objeto, basta recordarlo.

No solamente la comida es objeto de deseo envidioso. Sino cualquier otro bien, cualquier otra diferencia. También en las sociedades primitivas hay uno más hermoso, uno más veloz en las carreras, uno que es más hábil para la pesca, uno

<sup>2</sup> *Ibidem*, pág. 87.

que canta mejor y uno que es superior a los demás en la danza. Todas estas habilidades se convierten en objeto de admiración y de deseo. Quien no las posee quisiera tenerlas y se siente frustrado, disminuido.

Según Schoeck, de ello proviene la tendencia universal a reducir las diferencias al prescribir como deber social, como ideal la igualdad. Para sustraerse a la envidia, la sociedad prohíbe las diferencias, las condena y, al hacerlo, sigue la sugestión de la envidia, se deja guiar por ella.

También para Freud, la justicia se identifica con la igualdad y surge del deseo envidioso. Recordemos su modelo: todos los hermanos se identifican con el padre y desean ser amados por él de manera privilegiada y exclusiva. Ninguno de ellos soporta que el otro tenga algo más. Se escrutan recíprocamente guiados por la envidia. Esta envidia es tanto más feroz y radical cuanto más parecidos, equivalentes, sean; cuanto más se los considere pares. Nadie puede alegar un mérito particular, nadie puede justificar una superioridad. Por consiguiente, todos deben poseer en la misma medida. Es justo que nadie se eleve por sobre los demás. Es justo todo cuanto indica la envidia.<sup>3</sup>

Esta manera de pensar identifica a la justicia con la igualdad. Lo cual da por descontada la presencia de las diferencias. Estas existen, son

<sup>3</sup> S. Freud: *Psicología delle masse e analisi dell'io*, *Opere*, vol. IX, Turín, Boringhieri. [Hay versión en castellano: *Psicología de las masas y análisis del yo*, vol. 18 de las *Obras completas*, Buenos Aires, Amorrortu.]

producto de la naturaleza, mientras que la tarea de la sociedad, el paso de la naturaleza a la cultura, consiste en anularlas.

Pero, ¿se comportan realmente de este modo las sociedades primitivas? ¿Es éste el significado de las reglas de justicia o todo lo contrario? ¿Es decir que las reglas de justicia sostienen, justifican y regulan las desigualdades? ¿Las sociedades primitivas persiguen verdaderamente la meta que suponen Schoeck y Freud, o sea la máxima igualdad? ¿O acaso no pretenden lo contrario, crear un sistema de diferencias?

Lévi-Strauss<sup>4</sup> nos ha mostrado que estas sociedades se esfuerzan continuamente por producir diferencias y, gracias a las diferencias, cambios. Pero el autor que derribó completamente el enfoque igualitario fue Girard.<sup>5</sup> La sociedad primitiva y la sociedad antigua, nos advierte Girard, no solamente no buscaban la igualdad, sino que le temían. La sociedad primitiva y la sociedad antigua vivían continuamente bajo la amenaza de ver desaparecer las diferencias, de caer en la indiferenciación total en la cual el padre no se distingue del hijo, los hermanos no se distinguen entre sí, ni los miembros de una familia de los miembros de otra.

En esta situación, cuando todos son iguales, todos se identifican unos con otros, y entonces todos desean las mismas cosas. De ello deriva una

<sup>4</sup> C. Lévi-Strauss: *Antropología estructural*, Milán, II Saggiatore, 1969.

<sup>5</sup> R. Girard: *La violencia e il sacro*, op. cit.

envidia y un conflicto universales y la sociedad se desgarran en una violencia incontrolable.

Por eso estas sociedades tienen miedo de todo lo que recuerda o simboliza la desaparición de las desigualdades como, por ejemplo, el nacimiento de dos gemelos idénticos. Ellos son el signo de una grieta del sistema de las diferencias, la peligrosa señal de una resquebrajadura del orden. Por esa razón, en muchas sociedades primitivas se los mataba y además eran objeto de numerosos tabúes. En muchos mitos, los gemelos se miden en una lucha mortal, como en el de la fundación de Roma, en la cual Rómulo mata a Remo.

Otro símbolo de lo indistinto es el incesto. Porque anula la separación entre progenitores e hijo, entre hermano y esposo. La regla de la exogamia, difundida universalmente, tiene el objeto de crear una diferencia.

Ya en las sociedades animales existen, en realidad, mecanismos de reducción de la agresividad mediante la diferencia. El más simple es la creación de una jerarquía. Después de una feroz competencia de todos contra todos alrededor de la presa, se establece una prioridad basada en la fuerza. Algunos animales adquieren el derecho de acercarse primero al alimento y comerlo. Entre los pájaros se establece un riguroso orden de picotazo. En ambos casos la disminución de la agresividad recíproca se obtiene mediante la imposición de una desigualdad.

En las sociedades humanas el problema se resuelve instaurando un complejo sistema de di-

ferenciaciones culturales entre familias, clan y tribu, con rigurosas prescripciones y tabúes alimentarios y matrimoniales. Con su complejidad estas diferenciaciones reducen la exposición envidiosa.

Las reglas de justicia, por eso, no se han dedicado a crear una total igualdad, sino a sostener y a justificar un sistema de igualdades y de desigualdades. Igualdades y desigualdades que forman parte de un único criterio de interpretación del mundo de tipo mitológico-religioso.

En las sociedades totémicas, las diferenciaciones entre clan y tribu se traducen en una diferenciación sagrada de la naturaleza. Los grupos humanos se diferencian al identificarse con los animales totémicos.

En la antigua Roma cada familia tenía divinidades propias que le aseguraban la identidad y la diferencia: eran los lares, los penates y el Genio. Por otra parte, cada estado ciudad, como cada pequeño reino, tenía sus propias divinidades. Al formarse un sistema politeísta, esos dioses familiares quedaron como númenes tutelares de la ciudad, de la corporación o del grupo.

En Grecia en el nivel individual, ciertas dotes estaban consideradas dones de dioses particulares. Las facultades artísticas se atribuían a Apolo y a las musas. Esta explicación, además de satisfacer el requerimiento intelectual, la necesidad de encontrar una razón a las cosas, reducía la manifestación de agresividad. Agredir al elegido del dios equivalía a agredir al propio dios, y esto era un acto de impiedad. En el monoteísmo

se atribuyen las diferencias de capacidad y de dotes a la voluntad personal de Dios que decide, por sus inescrutables razones, a quién darle más y a quién menos, a quien elegir y a quién no.

Lo mismo ocurre con las diferencias de poder. El mito explica el origen y prescribe las distancias rituales que deben mantenerse. En las sociedades en las que está presente el "chamanismo" todos saben qué es un chamán, por qué tiene esos poderes y de qué manera los adquirió. Son poderes divinos, obtenidos mediante complejos procesos de iniciación, a través de difíciles pruebas y que implican un aislamiento de la comunidad.

La realeza ha estado siempre vinculada con ascendencias divinas, aseveradas por el clero o por manifestaciones carismáticas. También en este caso se instauraron luego minuciosos ritos que redujeron el contacto con la gente común.

Cuando comenzó a abrirse camino el concepto de mérito personal, tal mérito debió afirmarse mediante rigurosos procedimientos y particularmente mediante la competencia reglamentada.

Un caso típico en ese sentido es el mundo griego, que invitaba abiertamente a la competencia en todos los campos, en el deportivo, en el artístico, en el político, en el intelectual y en el óratelo. Paralelamente consideraba virtuosa la excelencia, la *arete*.

Las reglas de justicia son completamente diferentes en las diferentes sociedades. Algunas prescriben, por ejemplo, que un padre se comporte exactamente igual con todos sus hijos, sean és-

tos varones o mujeres, primogénitos o nacidos últimos. Es decir, lo que tendemos a hacer nosotros hoy. Pero hace sólo treinta años, hasta en países occidentales, se consideraba que los varones tenían más valor y, por lo tanto, más derecho que las mujeres. Se los vestía mejor, se los alimentaba mejor, se los hacía estudiar más. En muchísimas sociedades se adoptó el principio de la primogenitura, por el cual el título y el patrimonio del padre pasaban al primer hijo varón. Casi todas las monarquías europeas adoptaron esta regla de sucesión. No es el caso, en cambio, en el califato islámico, en el cual con frecuencia la sucesión era el resultado del conflicto entre numerosos pretendientes.

La explicación de la diferencia y las reglas de justicia son instrumentos intelectuales y prácticos para reducir la frustración de la confrontación envidiosa y canalizar sus energías en acciones socialmente prescriptas en lugar de en conflicto desordenado. Pero, una vez establecidas, esas reglas llegan a ser el marco dentro del cual se realiza la comparación, la hacen posible y, por lo tanto, es precisamente en sus términos como se definen tanto la envidia cuanto la justicia y la injusticia.

Por ejemplo, en un sistema en el que existe la institución de la primogenitura, el segundo hijo puede envidiar al que nació primero porque goza de ventajas que a él le han sido negadas. Puede intentar arrebatárselas, pero difícilmente pueda apelar abiertamente a la justicia. En un sistema como el nuestro, en cambio, dos herma-



nos sienten que tienen derecho a recibir el mismo tratamiento de parte de la madre y del padre. Si se trata mejor a uno, el otro no solamente experimenta envidia, sino también un legítimo sentimiento de injusticia.

En el contexto de la ideología marxista, todas las diferencias de clase son producto de la explotación y por eso la punzada de envidia contra el más rico se transforma en sentimiento de injusticia. En un sistema capitalista, en el que se da mucha importancia a la competencia del mercado, esas mismas diferencias tienen su justificación en el mérito. El deseo frustrado no puede convertirse en sentimiento de injusticia. Si alguien pretende hacerlo y no logra alegar buenas razones, lo llamamos envidioso.

En conclusión, ¿qué relación hay entonces entre envidia y sentimiento de injusticia? No podemos admitir las tesis de Schoeck y de Freud que son equivalentes y que sostienen que el sentimiento de justicia es producto de la envidia. Hasta el más primitivo de los primitivos sabe distinguir muy bien entre la codicia que se apodera de él cuando ve comer a su vecino y lo que considera justo. Por eso, la justicia se opone al deseo inmediato, lo obstaculiza. Apela a otros criterios diferentes del criterio de igualdad. Reconoce superioridades, esferas prohibidas, cosas no concedidas. Admite sacralidades reconocidas, prioridades aceptadas, méritos, necesidades que hay que tener en cuenta. La justicia se nos plantea siempre como un problema, como objeto de una reflexión, de una ponderación. En el centro de la ex-

perencia de la justicia siempre hay una expulsión del sí mismo, de la propia subjetividad, del propio deseo inmediato. Al pensar atendiendo a la justicia, tenemos en cuenta muchas realidades diferentes, muchas exigencias diferentes de las que consideraríamos si sólo tuviésemos que ocuparnos de nuestras necesidades y de nuestros intereses, de nosotros como centro del mundo.

Verdad es y lo hemos visto ya, que el trabajo de la envidia se ejerce continuamente alrededor de lo que es justo y lo que es injusto. Trata por todos los medios de encontrar la justicia en el propio deseo, de hacer que el propio deseo sea justo aun a los ojos de los demás. Pero es envidia, precisamente porque no lo logra.

## El sentido de justicia

Hay un sentimiento que se parece mucho a la envidia y que, sin embargo, no es envidia. Antes bien se aproxima a la desilusión, a la nostalgia, a la tristeza. Lo experimentamos al pensar en aquellos con quienes se ha hecho justicia, cuando a nosotros no nos fue concedida. Es una pena, una piedad que surge al observar un abismo que no puede salvarse, que ninguna de nuestras virtudes ni ninguno de nuestros esfuerzos puede colmar nunca. Lo experimentamos respecto de nosotros mismos, pero es parecido al sentimiento que experimentamos por otros que están en la misma situación. No es autoconmiseración. No es ni rencor, ni reproche. Es una experiencia dolorosa de iniquidad.

Lo siente el muchacho pobre, inteligente, capaz, que no ha podido estudiar, cuando mira a los jóvenes de su edad que frecuentan una gran universidad como la Bocconi o Harvard. Es la congoja y el dolor del inmigrante africano en una gran ciudad europea, cuando observa el bienestar, el derroche, la indiferencia de la gente rica que lo.

rodea. El ha dejado a sus hermanitos hambrientos, ha enfrentado la despedida dolorosa, el viaje, la soledad. Su vida es solamente humillación y trabajo. Vende sus pobres artículos a personas a quienes se les ha concedido, sin que tengan ningún mérito, todo lo que él nunca podrá tener.

Es la tristeza que experimentamos cuando hemos hecho algo hermoso y grande, pero que todos ignoran. Y eso simplemente porque nadie lo ha tenido en su mano, porque no logramos hacerlo llegar a la mesa de un examinador. En cambio, hay centenares, miles de personas, cuyo trabajo es apreciado y cuyos méritos, extremadamente modestos en comparación con los nuestros, son elogiados. Hay justicia para ellos, pero no para nosotros.

Son experiencias tristes que nacen de la comparación, sin que haya por ello animosidad hacia los otros, o rencor o deseo de que ellos no posean lo que tienen. Sino únicamente la dolorosa comprobación de un error que ya nadie podrá reparar. Un error que nace de la fallida aplicación de reglas iguales para todos los hombres, reglas universales, reglas de justicia.

Este sentimiento amargo es un sentimiento de injusticia. Es errado llamarlo envidia, quien lo hace se equivoca. El envidioso apela a la justicia, trata de demostrarse a sí mismo y de demostrar a los demás que él era meritorio y los otros no. Pero nunca tiene el coraje de pedir que se apliquen reglas universales. El envidioso se lamenta de la injusticia, pero desea el privilegio.

Pongamos un ejemplo. Yo había logrado ha-

cerme un nombre como dentista en mi comunidad. Era admirado, apreciado. En mi pequeño círculo hasta podía considerarme el número uno. Hasta que llegó un joven médico que estudió en Estados Unidos e hizo su práctica en un gran hospital norteamericano. Conocía técnicas diferentes y pronto se puso de moda. Yo, mientras tanto, perdí terreno. Sigo siendo respetado, mantengo mi clientela. Pero las personas de más prestigio se hacen atender por él. Ayer lo vi pasar. Sé que se ha enriquecido, que da recepciones refinadas. Experimenté una amarga punzada de envidia. Comparé su felicidad con mi desgracia. Sentí rencor por él, por su fortuna, por su capacidad. ¿Por qué —me pregunté— la vida, Dios, la suerte, hicieron que él fuera a Norteamérica y no yo? ¿Por qué fueron tan injustos conmigo?

Digo que la vida, que la sociedad son injustas. ¿Pero en qué me baso? Mi competidor puede sostener, con razones tan válidas como las mías, que la sociedad es justa, que sencillamente ha reconocido su capacidad y sus méritos. Si proclamo públicamente lo que siento, la gente me da la espalda y se limita a pensar que protesto porque he sido derrotado, porque al otro le ha ido mejor que a mí. Y tiene razón. Antes, cuando era yo quien triunfaba, no me lamentaba. No sostenía que el mundo es injusto y que la sociedad está llena de tontos. Aceptaba las reglas del juego, no me oponía a ellas, no me ponía de parte de los derrotados, me complacía a causa de mi valor. Ahora cambié de opinión únicamente porque cambié de posición. Por lo tanto, no es la justicia la que me guía.

Nos convencemos con facilidad de que lo que somos y lo que hemos obtenido es el producto de nuestro mérito y, por lo tanto, es justo. El muchacho al que le va bien en los estudios, que obtiene buenas calificaciones, está orgulloso de ello. Todos lo elogian, le dicen que se las ha merecido. El no se pregunta sobre los criterios de juicio adoptados por sus profesores, los considera naturales, universales, indiscutibles.

Pero estos criterios no son universales. En su escuela se da gran importancia a la repetición de memoria y pasiva del pensamiento de los clásicos. El lo hace muy bien porque ha desarrollado una gran disposición para la obediencia, el conformismo, el respeto. En esa misma escuela el que tiene espíritu crítico y curiosidad por lo nuevo es castigado.

Supongamos ahora que se produzca un cambio de dirección, que cambien los métodos didácticos y se dé más importancia a la creatividad, a la innovación y, en cambio, se dé menos valor al aprendizaje pasivo. Entonces nuestro muchacho se sentirá mal, tendrá la impresión de que sus profesores ya no lo comprenden y verá crecer la estrella del que es más antojadizo e innovador.

Hasta que no comprenda que los criterios de juicio cambiaron, la conducta de sus profesores le parecerá absurda o intencionalmente agresiva. Luego, llegará un momento en el que podrá comparar los dos criterios de juicio y tomar una posición, hacer una elección. Podrá continuar siendo fiel al antiguo, autoritario y mnemotecnia) criterio o, en cambio, convencerse de que el segundo

es mejor. Pero si insiste en el valor del primer criterio, ¿por qué lo hace? ¿Porque está verdaderamente convencido, porque lo juzga mejor o solamente porque se adapta más a su estilo, porque le asegura una posición privilegiada?

En este punto se decide si estamos frente a un sentimiento de injusticia o frente a la envidia.

El sentido de justicia implica la adhesión sincera a un sistema de valores objetivo, válido para todos, a principios que —siguiendo a Kant—<sup>1</sup> quisiéramos erigir en normas universales. En el caso de la envidia, en cambio, hay condescendencia con nosotros mismos. Nos otorgamos un privilegio a nosotros **mismos** en lugar de hacer hincapié en la objetividad. La envidia siempre trabaja en nuestro favor, en favor de lo que hemos sido, en favor de lo que queremos obtener. La envidia es un instrumento que utilizamos para no ponernos en tela de juicio, para no exponernos al riesgo, para no caer en el fracaso.

El envidioso tiende a mirar todo únicamente desde su propio punto de vista habitual, sin considerar otros diferentes y desventajosos. Una actitud humana y comprensible, pero que no puede adoptarse como base de la idea de justicia.

Detengámonos un momento en la notable parábola del Evangelio en la cual un amo convoca a los peones a trabajar en sus campo.<sup>2</sup> Tomé-

<sup>1</sup> Es la célebre definición que da I. Kant en la *Fondazione della metafisica dei costumi*, Barí, Laterza, 1970, pág. 61.

<sup>2</sup> San Mateo, 20.

mosla al pie de la letra sin indagar sobre su significado religioso. El amo había convenido con todos ellos una paga de un denario, tanto para los que llegaron primero, como los que llegaron más tarde. Llegado el momento de la paga, los que habían trabajado todo el día, soportando el peso del intenso calor se lamentaban al ver que los que habían llegado a última hora recibían la misma suma. A lo cual el amo les responde secamente que no deben lamentarse porque recibieron lo que se había pactado. Y agrega: "¿No me es lícito hacer lo que quiero con lo mío, o tú ves con malos ojos que yo sea bueno?".

La expresión "mal de ojo" se utiliza con frecuencia para designar la envidia. El discurso del amo es de este estilo: "No seas envidioso de tu compañero de trabajo que trabajó menos que tú. Lo que él recibió es sólo fruto de mi bondad". El amo rechaza la acusación de injusticia y expone su concepción de la justicia. Tanto pacté, tanto pagué. Además tengo el derecho de ser generoso con quien me parezca.

Por otra parte, todos nosotros tenemos la impresión de que también los peones tejían alguna razón. Los que llegaron primero se deslizaron trabajando, mientras que los últimos no hicieron casi nada. Existe una regla de justicia según la cual la retribución debe ser proporcional al trabajo realizado. La parábola nos demuestra, entonces, el choque entre dos concepciones diferentes de la justicia, ambas válidas, ambas aceptadas por la sociedad. Pero el amo y los peones se encuentran en posiciones distintas y cada uno



se adhiere a la concepción de justicia que se ajusta más a sus deseos.

¿Harían lo mismo si estuvieran uno en el lugar del otro? Si el amo hubiese trabajado todo el día como peón, ¿no estaría tentado también él a pensar que la retribución debe ser proporcional al trabajo realizado? Y viceversa, ¿no comprenderían acaso mejor los obreros la generosidad del amo si estuvieran en su posición?

John Rawls<sup>3</sup> ha dado una excelente definición de la *posición fundamental*, la que debemos asumir para establecer reglas de justicia. A fin de juzgar de manera ecuánime, uno no debe conocer su propia posición. No debería saber cuál es su clase social, si es rico o si es pobre, si es hombre o mujer, blanco o negro, adulto o niño, si es inteligente o tonto, fuerte o débil, nada. ¿Qué reglas querría ver aplicadas en esta situación?

Ciertamente no es éste mi caso cuando, por envidioso, me lamento de mi suerte. Hablo de injusticia, pero no indico las reglas de la justicia que quisiera ver aplicadas. Para hacerlo tendría que imaginar que no sé nada de mí mismo. Ni siquiera quién soy. Podría hallarme en el lugar del envidiado. Pero si estuviera en su lugar, ¿consideraría todavía que la sociedad es injusta?

Cuando experimento un verdadero sentimiento de injusticia estoy dispuesto a colocarme en la posición del otro. Y estoy dispuesto a pedirle que se ponga en el mío y que juzgue por sí mis-

John Rawls: *Una teoría della giustizia*.

mo: "Ponte en mi pellejo. ¿Le parece justo esto, te parece equitativo?" El que siente un profundo sentimiento de injusticia piensa que también el otro puede advertirlo. Porque también él tiene un sentido de justicia, también él es capaz, si lo desea, de ponerse por encima de las partes y juzgar al mundo de manera ecuánime.

Cuando hay envidia, en cambio, no estamos tan seguros de nuestras buenas razones. Queremos estarlo, nos esforzamos por estarlo, intentamos convencer a los demás de que las acepten, pero, en el fondo, no lo creemos o no lo creemos completamente. En las raíces de la envidia, lo hemos visto, está la mala fe. Apelamos a la justicia, pero no lo hacemos de buena fe o completamente de buena fe. Si cambiara la situación, si se invirtiera la suerte, olvidaríamos haber dicho que la sociedad es injusta, que la gente es estúpida, que no se respetan los verdaderos valores. ¡Súbitamente la sociedad se volvería completamente justa, la gente inteligente y se reconocería el mérito!

Mientras apela a la justicia, mientras se lamenta de la inconstancia del mundo y de la falsedad de los juicios humanos, el envidioso solo espera que cambie su suerte. No quiere justicia, quiere buena suerte, no quiere equidad, quiere privilegio. Si pudiera, en la confusión, quitárselo al otro, se lo quitaría. La busca de la justicia, el intento de convencerse a sí mismo y de convencer a los demás de que uno es víctima de la injusticia, es parte del trabajo de la envidia, que sólo se preocupa por eliminar la confrontación, por inclinarla a su favor.

## ¿Fuerza conservadora o fuerza revolucionaria?

### 1) Envidia y movimientos

Muchos son los que han intentado encontrar una función social a la envidia, asignarle un papel importante en la historia, en el desarrollo de la civilización. Alguien, como vimos, la colocó en la base de la idea de igualdad y de justicia. Pero esta tesis no es sostenible. Después de un largo examen nos vimos obligados a reconocer que el sentido de justicia tiene un origen independiente.

Examinemos ahora la tesis, también difusa, según la cual la envidia es una fuerza perturbadora, revolucionaria. Es lo que sostiene Schoeck.<sup>1</sup> Según él la envidia se mueve desde lo bajo hacia lo alto: es la mirada de odio, que dirige el inferior hacia el superior, el pobre hacia el rico. Es un deseo impotente, lleno de rencor, pero siempre dispuesto a estallar cuando las circunstancias maduran, cuando se le presenta la ocasión.

Es la fuerza que amenaza a toda sociedad

<sup>1</sup> H. Schoeck: *L'invidia e la società*, *op. cit.*

estratificada y jerarquizada desde su interior, porque odia la diferencia y la superioridad, y no tiene paz hasta que no la destruye. Los hombres soportan la superioridad, pero la detestan. Soportan la jerarquía pero la combaten, soportan el poder, pero se oponen a él. Si lo aceptan, si obedecen, sólo es porque han sido vencidos, doblegados, obligados a la impotencia por el miedo.

A este miedo impotente, a este deseo bañado de rencor, a ese arrastrarse por tierra como serpientes esperando el momento de morder, Nietzsche lo llamó *el resentimiento*. Que es una envidia exasperada por la humillación, macerada en la injusticia, convertida en avidez de venganza.<sup>2</sup>

Para Marx la historia ha sido siempre lucha de clases. Lucha por apropiarse del superávit generado por el sistema económico. Los ricos, los hermosos, los poderosos, los felices, los veraces, los aristocráticos admirados por Nietzsche, lograron arrancar a los demás, a todos los demás, el fruto de su trabajo y acumularlo, transformarlo en medios de producción para disfrutarlo mejor, en poder armado para oprimir a los demás, en leyes para dirigirlos, en religiones, para convencerlos de seguir siendo buenos, para adormecerlos.

Pero cada vez, la comparación hace renacer el deseo y la lucha vuelve a comenzar. Basta que se debilite el poder de la clase dominante, que se resquebraje su carácter compacto, para que la clase oprimida se rebele.

Esta idea, de que existe un río de envidia

<sup>2</sup> Véase el capítulo 15, "La provocación".

subterránea que mina a la sociedad y que, como la lava de un volcán, estalla periódicamente y destruye los valores dominantes y el orden social, es fascinante, pero errada, absolutamente insostenible.

La envidia individual no es una fuerza revolucionaria sino una fuerza conservadora. El verdadero envidioso tiende únicamente a conservar su privilegio y a adquirir uno nuevo. Un millón de envidiosos no modifican la situación. Cada uno mira a su vecino, y éste a su vecino, en una cadena sin fin. Muchos critican los criterios de justicia, no porque tengan criterios superiores, sino porque esperan obtener una ventaja personal. Los envidiosos no son un ejército en marcha hacia una meta, son un conjunto de personas inquietas, que se escrutan continuamente, que se estimulan, que se confunden recíprocamente, que se insultan para disminuir su desasosiego.

La envidia es la cara negativa del deseo. Cuando otro que se encuentra en una posición similar a la nuestra y con nuestras mismas posibilidades, obtiene algo preciado, nos sentimos inclinados a quitárselo. Ocurre como en una carrera de bicicletas. El grupo avanza compacto hasta que un corredor, imprevistamente, acelera y toma la delantera. Los primeros del grupo se lanzan a seguirlo. Pero no para superarlo, para correr hacia la llegada. Antes bien para reabsorberlo en el grupo, para evitar que tome ventaja.

La envidia es el gran mecanismo que frena, que reabsorbe a todos aquellos que quieren so-

resalir, destacarse. Los que actúan son los vecinos, los pares, los que tienen las mismas posibilidades. En la pirámide social, cada nivel trata de retener a los suyos, a fin de evitar que asciendan al nivel siguiente. Y lo mismo ocurre en cada agrupación social, desde la familia a las empresas, a la iglesia, al partido. Desde el punto de vista social, la envidia es un mecanismo de inercia, que tiende a conservar la estructura tal como está, inmóvil.

La envidia constituye la resistencia de fondo, biológica, primordial, que oponen los individuos, en toda sociedad, a quien intenta elevarse más alto que ellos. Todos los seres vivos se aplastan unos a otros para afirmarse, para vivir, para difundir los propios genes, o en el caso de los hombres, su influencia, sus ideas, sus creaciones. Y contra uno que quiere sobresalir están todos los demás que le ponen obstáculos, que lo retienen, que lo aprisionan.

Este proceso existe mucho antes de hacerse consciente, en la maraña competitiva de las raíces de las plantas de una selva, o en el aferrarse espasmódico de las plantas trepadoras, en la defensa universal que cada animal hace de su territorio. Y lo encontramos, en otra forma, hasta en el nivel inorgánico. En física, la inercia, que influye en el movimiento de los cuerpos, en electricidad, la resistencia, que impide el flujo de la corriente eléctrica.

Si alguien quiere defender la idea de que en la base de cada revolución está la envidia, debe añadir que para convertirse en fuerza colectiva,

en ideología movilizadora, esta fuerza de freno debe convertirse en algo completamente diferente, sufrir una metamorfosis radical.<sup>3</sup>

Los movimientos surgen habitualmente como consecuencia de un proceso de desarrollo económico que hace aparecer nuevas formas de riqueza y de poder. En la ciudad griega, una burguesía y un artesanado ciudadano, a mitad de camino entre los eupátridas, los señores de la tierra y los campesinos. En el estado-ciudad medieval italiano, una "clase media", situada entre los señores feudales y los siervos de la gleba. En las revoluciones industrial, un proletariado, una pequeña y una gran burguesía, colocada entre los campesinos y los nobles.

Estas nuevas clases deseaban ávidamente alcanzar a las superiores, mientras, al mismo tiempo, se convertían en objeto de imitación, emulación y envidia, de aquellas confinadas en el nivel inferior.

Ahora la sociedad se ha hecho más dinámica porque aumentan los deseos, las esperanzas, las aspiraciones de todos. Este proceso ha sido llamado "revolución de las expectativas crecientes".

Por eso, dinamismo social y envidia siempre crecen juntos. Un gran número de personas comienzan a querer más, a compararse con el que es más rico y poderoso, a sufrir porque no puede alcanzar sus mismos resultados. Comienza a pre-

<sup>3</sup> Véase G. di Paria: *L'invidia e il risentimento nella genesi dei valori*, en G. Pietropolli Charmet y M. Cecconi (comps.): *L'invidia, op. cit.*, págs. 91-102.

guntarse también si el orden social es justo, si los privilegios consolidados son realmente legítimos. Estos lamentos, estas dudas, son al principio aislados y, como tales, impotentes.

Pero lo que no logra el individuo aislado, lo logra el movimiento. El movimiento, mediante una experiencia particular que hemos llamado estado naciente,<sup>4</sup> pone radicalmente en tela de juicio el orden existente. Y se hace la pregunta crucial, esencial: "¿Por qué las cosas son como son? ¿Por qué las relaciones sociales son así y no de otro modo?" Con esta pregunta sacude en su base el fundamento de legitimidad de las diferencias existentes y transforma lo que hasta un instante antes eran deseos, en derechos, en aspiraciones colectivas legítimas.

Se tiene éxito al crear una nueva solidaridad colectiva, un *nosotros*, que da voz a la aspiración de justicia y de igualdad. En su interior se vive una extraordinaria experiencia de fraternidad y un gran deseo de igualdad.

Además, el movimiento, crea una polaridad, distingue claramente entre nosotros y ellos, entre amigos y enemigos. Quienes participan del movimiento constituyen un campo de solidaridad, se sienten solidarios. Las diferencias pierden importancia, todos se ayudan, se prodigan en la tarea colectiva. Desaparecen así la competencia recíproca y la envidia. La agresividad se vuelve contra el adversario.

Por eso, el movimiento colectivo, tiene la

<sup>4</sup> F. Alberoni, *Genesis*, *op. cit.*



propiedad de desviar la agresividad individual de los vecinos y de los parecidos, y dirigirla contra un enemigo colectivo. Reduce la envidia dentro de la comunidad y la transforma en un sentimiento de justicia. Le confiere la consagración de la legitimidad.

Este tipo de legitimidad continúa siendo parcial. Es la legitimidad desde el punto de vista de uno de los contendientes \* de la lucha. El principio fundamental de Rawls, según el cual cada uno debe establecer los criterios de justicia sin saber cuál es su posición, se aplica sólo en el interior de la comunidad de los hermanos. Pero nunca respecto del enemigo.

Llamaremos ideológico a este sentimiento de justicia unilateral, que no hace ningún intento por evadirse de su posición parcial.

El movimiento, con su elaboración ideológica, hace aparecer sentimientos típicos de los estados convulsionados y revolucionarios. Con frecuencia se oye decir que antes de la Revolución Francesa el pueblo envidiaba a los nobles y a la rica burguesía. En realidad eso no es verdad. Los nobles se envidiaban entre ellos, la rica burguesía envidiaba a los nobles, la pequeña burguesía envidiaba a la grande, mientras que los campesinos envidiaban a aquellos que estaban apenas un poco por encima de ellos. El deseo y la envidia se activaban en las fronteras entre clases.

Fue durante la revolución y no antes cuando comenzaron a considerarse intolerables las diferencias sociales, aun las más pequeñas. Fue durante la revolución cuando estalló el odio contra

la aristocracia, odio que llevó a las masas a la plaza para ver guillotinar a los señores de la nobleza. Antes les tenían admiración y respeto. Para que pudiese aparecer el odio era necesario que se difundiera la ideología, igualitaria, que la agresividad encontrara una justificación ideológica.

Lo mismo ocurrió en la relación entre proletariado y burguesía. El obrero no estaba en condiciones de envidiar al rico burgués. Le temía, lo admiraba, incluso si ocasionalmente experimentaba impulsos de odio. Fue solo el movimiento organizado de los trabajadores quien le indicó a la burguesía como enemigo, como causa de sus males. Mediante el concepto de aumento de trabajo y de explotación de la plusvalía, se convenció de que la riqueza del burgués era el resultado de un robo realizado a sus expensas.

Llegado a este punto, dejó de sentir simple envidia. Su sentimiento se transformó en indignación, cólera, odio. Ocurrió la metamorfosis.

Podemos concluir diciendo que las ideologías envidiosas utilizan la energía deseosa que nace de la comparación con el otro y la agresividad de la frustración, sentimientos que, generalmente, están en la base de la envidia y que engendran odio contra un enemigo. Una vez lograda la metamorfosis, la envidia desaparece y da lugar a su equivalente colectivo, el odio de clase, el odio racial, el odio religioso o político.

Estos sentimientos, a pesar de nacer de las mismas fuentes de la envidia, ya no son envidia. La envidia individual está inundada de dudas, es

una lucha contra uno mismo y contra los demás. El envidioso es también un personaje vacilante. En cambio el militante fanático no tiene dudas, combate por una causa que considera justa y no se plantea problemas de este género.

## 2) Resentimiento y envidia colectiva

También el *resentimiento* de que hablan Nietzsche y Max Scheler,<sup>5</sup> es decir, la mezcla de envidia, odio y deseo de venganza, tiene una naturaleza colectiva. Para que nazca, es necesario que se haya constituido algún tipo de conciencia del *nosotros*, contrapuesto al *ellos*. Esto, como vimos en las páginas anteriores, es el producto de los movimientos. El error de Nietzsche y de Scheler consiste en suponer que el resentimiento existe antes que el movimiento, antes que la colectividad. El error de Marx consiste en suponer que el odio de clase aparece antes que la clase misma, esto es, antes que los movimientos de los cuales surge la conciencia de clase, el sentido de pertenecer a una determinada clase y la identificación de la clase adversaria.

Pero, una vez desarrollado este proceso, una vez que se establece que de un lado estamos *nosotros* y del otro *ellos*, la envidia, el odio y el deseo de venganza encuentran un objeto común. Los pobres, los miserables, los oprimidos, pueden

<sup>5</sup> Max Scheler, *Il risentimento nella edificazione nella morale*, Milán, Vita e Pensiero, 1975.

mirar con odio a los ricos, a los felices, a los poderosos. Pueden desear tanto la ruina personal como la ruina colectiva de ellos.

Porque ésta es una característica del resentimiento, como lo es del odio de clases o del odio racial. Que se dirige a todo un grupo, pero también a cada miembro individual de ese grupo. El antisemita odia a todos los judíos, y también al individuo judío. El marxista convencido odia al capitalismo como clase, pero también al individuo capitalista que tiene frente a sí.

Pero el odio contra un grupo no es una suma de los odios individuales. Ambos nacen de una elaboración que produce, simultáneamente, los dos objetos.

Esta es la clase de resentimiento que experimentaban los negros americanos liberados de la esclavitud pero que continuaban siendo discriminados socialmente. Es el que experimentan los negros de Sudáfrica, la única población de color que vive todavía bajo la dominación blanca; o el que sienten los árabes musulmanes respecto de Europa y de los europeos. Porque alguna vez tuvieron una gran civilización, y ahora deben asistir impotentes al triunfo de los infieles.

Nietzsche tenía razón cuando hablaba del resentimiento de los judíos que, como pueblo, se consideraban elegidos por Dios y, sin embargo, debían sufrir la vejación y el desprecio de los cristianos.

Hoy, el resentimiento es una característica ampliamente difundida en todos los pueblos del Tercer Mundo. Dondequiera que haya habido fases de occidentalización seguidas por movimien-

tos nacionalistas de reacción,<sup>6</sup> intentos de expulsar los valores occidentales, y luego nuevos períodos de acercamiento.

Este proceso de aculturación y de rechazo, de admiración y de denigración, de atracción y de odio no sólo conduce al resentimiento sino también, precisamente por su complejidad y su ambivalencia, a la *envidia colectiva* que se diferencia del resentimiento por una "ambivalencia mayor, una admiración más intensa y una experiencia subjetiva de mala fe.

Después de la invasión iraquí a Kuwait, miles de jordanos manifestaron contra la embajada norteamericana pidiendo la Guerra Santa y la destrucción del Satanás occidental. Mientras tanto, algunos de ellos estaban haciendo los trámites para emigrar a los Estados Unidos y se hubieran sentido felices de ser aceptados aun a costa de volver como soldados al campo enemigo.

Estos despreciaban a los occidentales solamente porque, en su fuero íntimo, los consideraban superiores o temían que lo fuesen. Aplaudían al dictador Saddam Hussein no porque lo apreciaran, sino solamente porque era fuerte y podía hacerle un mal al odiado Occidente. Finalmente ensalzaban al Islam no porque fuesen piadosos musulmanes, sino únicamente para tener un valor, una bandera que alzar contra Occidente.

<sup>6</sup> V. Lanternari: *Movimenti di liberta e di salvezza dei popoli oppressi*, Milán, Feltrinelli, 1962. [Hay versión en castellano: *Movimientos religiosos de libertad y salvación*, Barcelona, Seix Barral, 1965.] Sobre el mismo tema, véase F. Alberoni: *Consumí e società*, Bolonia, Il Mulino, 1963.

Por eso es un proceso ambiguo, hecho de avances y de retiradas, de argumentaciones capciosas, de histerismos cultivados, de hipocresía, de mala fe.

Por eso, la envidia colectiva y el resentimiento son similares, pero no deben confundirse. El resentimiento es un estado de odio, de rencor, de deseo de venganza crónico. Un estado mental permanente, el prolongado deseo de apropiarse de los bienes de los demás y arrancarlos de sus manos, de ver sufrir al enemigo. Cuando existe resentimiento, no hay dudas, ni existe el tormento de la mala fe, ni el deseo espasmódico de ser como el otro, ni la disposición a traicionar que caracterizan a la envidia. El resentimiento es más ideológico, más radical, más seguro de sí mismo, más firmemente fanático. La envidia colectiva, en cambio, está principalmente centrada en el individuo, más entrelazada con la ambición personal, más dispuesta a traicionar, a cambiar de bandera.

La envidia colectiva nace en situaciones de fracaso repetido, de ambivalencia crónica, de relaciones prolongadas, ambiguas entre una civilización superior y una inferior, relaciones en las cuales la civilización inferior no logra colocarse de manera estable de un lado o del otro, no consigue ni continuar siendo ella misma hasta lo más profundo, ni cambiar y transformarse en algo semejante a su modelo. El trabajo de la envidia, que en este caso es tanto quejido individual como ideología colectiva, adquiere con frecuencia las características

de un rencor atormentado, malsano y envenenado.<sup>7</sup>

Entonces, la aparición de un movimiento agresivo nucleado alrededor de algún líder fanático constituye una terapia, o también únicamente un alivio momentáneo de este sufrimiento envidioso, que lo transforma en entusiasmo, en resentimiento, en odio.

Basándonos en todo lo que dijimos, podemos llegar a la conclusión de que tanto el resentimiento como la envidia colectiva están destinados a acrecentarse en un futuro próximo. En realidad, el mundo está netamente dividido entre países ricos y Tercer Mundo, un inmenso proletariado externo<sup>8</sup> que tiene pocas posibilidades de mejorar, pero que, con los medios de comunicación social y con la emigración, está firmemente expuesto al efecto demostrativo de los países dominantes. Por eso se verifica en escala planetaria la situación que describimos respecto de los negros de los Estados Unidos, de los de Sudáfrica o respecto de los países árabes. Profundas ambivalencias, movimientos nacionalistas y fases de occidentalización. Por consiguiente, una profunda, prolongada ambivalencia. Por consiguiente, resentimiento o envidia colectiva que, periódicamente dan lugar a movimientos, a recomposiciones solidarias, a la formación de regímenes antioccidentales y seguidamente, a estados de guerra.

<sup>7</sup> Esta experiencia fue dramáticamente descrita por F. Fanón: *I dannati della terra*, Turín, Einaudi, 1962.

<sup>8</sup> La expresión pertenece a Arnold Toynbee: *El estudio de la Historia*, Emecé, Buenos Aires, 1962.

## El mito de la igualdad

La idea de igualdad y la concepción de la justicia como igualdad absoluta tienen dos raíces opuestas. Una nace del amor, otra de la envidia y del odio.

Veamos los estados iniciales de un movimiento, de cualquier movimiento, en el período de su *estado naciente*. Pensemos en el cristianismo de los orígenes, o en el grupo de fieles reunidos alrededor de Mahoma en Medina, en los franciscanos, o en los entusiastas seguidores de Sabbatai Sevi.<sup>1</sup> O bien, en los primeros masones,<sup>2</sup> en los primeros anarquistas, en los pietistas, en los cuáqueros,<sup>3</sup> en el origen de las órdenes monásticas tanto en Oriente como en Occidente. En suma, en todo aquello que significó reunión espontánea de personas iluminadas por una fe, por

<sup>1</sup> G. Scholem: *Sabbatai Sevi, the Mystical Messiah*, Bollingen, Serie XCIII, Princeton University Press, 1973.

<sup>2</sup> R. Koselleck: *Critica illuministica e crisi della società borghese*, op. cit.

<sup>3</sup> R. A. Knox: *Illuminati e carismatici*, Bolonia, Il Mulino, 1970.



una inspiración, que procuraban crear un mundo de amor, de fraternidad, de bondad y que se prepararon a ello con ánimo ardiente y con pureza de corazón. Se llamaban hermanos, amigos, compañeros, porque se sentían identificados unos con otros y todos juntos apuntaban a un ideal que los trascendía, a una meta que valía infinitamente más que todos ellos.

Ya Max Weber había observado que en estas situaciones, que él llama "carismáticas", se establece alguna forma de comunismo espontáneo. "Existe —escribe— un comunismo del campamento o del botín, o el comunismo de la caridad del convento con sus variedades de *caritas* o de limosna... El comunismo de amor existió de alguna manera en la cumbre de todas las religiones, sobrevive en el séquito profesional del dios, es decir, entre los monjes... Para siis genuinos representantes, el resultado de una genuina intención heroica y de una auténtica santidad aparece vinculado con la carencia de posesiones individuales."<sup>4</sup>

En esta situación se cumple la regla fundamental, por la cual cada uno da según sus posibilidades y recibe según sus necesidades. Para que ello sea posible, para que la oferta y la demanda puedan encontrarse, es necesario que cada uno autolimite sus necesidades y sus exigencias. Que no procure el máximo, sino el mínimo, que no mire lo que poseen los demás a fin de de-

<sup>4</sup> Max Weber: *Economía e Societá*, Milán, Comunitá, 1981, vol. IV, págs. 227-228.

searlo a su vez; en suma, que no experimente envidia.

En el *estado naciente*, ni siquiera hay jerarquías de prestigio y de poder. Nadie puede decir: "Yo merezco más porque hice más, porque soy más que vosotros". En esta indiferencia respecto de los méritos pasados hay una sublime locura y una sublime sabiduría. En el estado naciente, todo recién llegado es recibido fraternalmente, sin que importe lo que haya sido alguna vez. Quien llega abandona su condición anterior, los derechos que derivan de estar en un determinado punto de la jerarquía social. Se dan así, de manera espontánea, precisamente las condiciones de la justicia previstas por Rawls: cada uno establece los criterios de justicia sin saber cuál es su posición. Porque en realidad, no tiene ninguna posición.

El estado naciente nos muestra que nuestros más elevados ideales de justicia se originan en una situación en la cual nadie pretende superar a los demás, sino que se dedica a la tarea colectiva, olvidado de sí mismo y con la alegría de dar.

Muchos sociólogos, y particularmente Max Weber, consideran que este tipo de comunismo existe también en las comunidades domésticas. Nada más falso. El grupo, en el estado naciente, no es una especie de familia, sino algo completamente diferente. En la familia siempre existen jerarquías, reglas de precedencia, un complicado sistema de méritos y de recompensas. Los hermanos están envidiosos unos de los otros y se vigilan mutuamente a fin de que ninguno obtenga más que los otros. La familia es una *insti-*

*tución* de la vida cotidiana, en la cual se dividen los recursos según una rigurosa contabilidad de los derechos y los deberes.

En cambio, el estado naciente es una muerte y un renacimiento. El que entra en el movimiento es un hombre nuevo, un renacido. No tiene una condición social, no tiene historia. Se simboliza este cambio profundo mediante el renunciamiento a los propios títulos y al propio nombre. La gente se tutea, se llama por su nombre de pila y,, con frecuencia, por un sobrenombre o por un nombre de batalla.

También los psicoanalistas y los sociólogos que se inspiraron en el psicoanálisis se equivocaron al pensar que el grupo, en el estado naciente es una especie de regresión a la familia o a la infancia. En realidad ése es un estado completamente nuevo. Es una creación ex nihilo, el origen, la génesis de las formaciones sociales dotadas de solidaridad. Las sectas, las iglesias, los partidos, pueden nacer porque se disuelve el antiguo orden con sus reglas y el individuo, al renacer, renuncia a sí mismo, a la rencorosa competencia con los "cercaños"; no se preocupa por lo que tuvo ni por lo que dio, no tiene miedo de admirar a quien corre delante de él, es más, lo sigue jubiloso. Estas formaciones pueden surgir, precisamente porque mediante la igualdad y el comunismo desaparece la envidia: la solitaria oposición del individuo aislado a otro individuo aislado, el atropello recíproco.

En contraposición al estado naciente, en sus antípodas, se encuentran, en cambio, aquellas situaciones sociales en las cuales la gente procura

refrenar a los demás mediante el control envidioso, en las cuales, en lugar de olvidar las propias necesidades y dedicarse a la colectividad, la gente mira rencorosa y ansiosa lo que ha obtenido su vecino, y trata de refrenarlo, de detenerlo. Este es el patético intento de obtener la igualdad en virtud de la envidia. No es una puja de todos hacia lo alto, una superabundancia generosa, sino la mezquina preocupación de que el compañero no tenga más que uno. No es el abandono de la contabilidad económica y de la de los méritos y las recompensas, sino que es la medición de cada pequeña diferencia con una sensible balanza.

Este penoso e inútil intento de obtener la igualdad en virtud de la envidia, generalmente aparece en cuanto el movimiento adquiere la rigidez de la institución, cuando la comunidad utópica del estado naciente trata de perpetuar el comunismo espontáneo y la igualdad espontánea que la animaba imponiendo reglas, disciplina, controles, contabilidad de los méritos y de las recompensas.

Este fenómeno se repitió innumerables veces en el curso de la historia. La comunidad utópica pasa de una vida de ímpetu y emociones, a encerrarse en sí misma, a apergaminarse. En lugar de mirar hacia afuera, al futuro, sus miembros se bloquean mutuamente y procuran multiplicar los valores originarios multiplicando las interrupciones y las prohibiciones. En el intento de continuar siendo iguales, se escrutan ávidamente y frustran toda busca de diversidad. Muchas de estas comunidades terminan por parecerse a las sociedades

primitivas o a las grandes familias patriarcales autoritarias. Taciturnas, obsesivas, despóticas.

Fueron los grandes movimientos religiosos y políticos los que produjeron el ideal de la igualdad. Y lo lograron porque la realizaron en su interior como vivencia concreta, en su estado naciente, al romper las barreras entre castas, clases, pueblos diferentes, al descubrir, con la inmediatez intuitiva del amor, que todos los hombres tienen la misma dignidad, el mismo valor, los mismos derechos. Las grandes religiones tradicionales como el judaísmo, el cristianismo y el islamismo difundieron la idea de que los seres humanos, todos los seres humanos, son hijos del mismo Dios y que, por lo tanto, tienen los mismos derechos ante él. Pero esto no se vivió como una comparación envidiosa, sino en la calidez, en el horno ardiente de la vida en común, en la fe, en la práctica del impulso altruista, del amor.

Luego, también estas religiones produjeron instituciones escleróticas, jerarquizadas, animadas por sentimientos de antagonismo y de envidia. En realidad, todo proceso de institucionalización equivale siempre a una petrificación. Además puede tomar un camino equivocado, tiránico, despótico y hasta monstruoso. Toda institución vive y conserva los valores originarios únicamente si los movimientos la irrigan y la regeneran periódicamente, si la guía la racionalidad.<sup>5</sup>

<sup>5</sup> P. Alberoni: *Genesis, op. cit.* Véanse los capítulos 7 y 8 sobre las instituciones de reciprocidad y sobre las de dominación.

Quien imaginó que los ideales de igualdad y de fraternidad pudieran nacer de la envidia, confundió de manera inadmisibile el momento cálido, fluido, creativo, de la sociedad, con su momento frío, con su solidificación. La envidia corresponde a la rigidez, a la inmovilidad, a la estasis, a la extinción de la vida, al desvanecimiento del ímpetu, a la disipación del entusiasmo y del amor.

## Sociedad antigua y sociedad moderna

¿Son más envidiosas las sociedades antiguas o las modernas? Probablemente las antiguas. La imagen de una sociedad primitiva y de un mundo campesino formado por comocidades armónicas y serenas carece por completo de fundamento. Los pensadores que, como Rousseau o Durkheim, sostuvieron esta tesis fueron presa de un deslumbramiento.

La envidia surge de observar al vecino, de compararse con él. En su forma más primaria es envidia del alimento, deseo de apoderarse de él cuando el otro come. También en nuestro campo, cuando las familias campesinas guisaban algo especial, mandaban un plato de regalo a los vecinos para que lo probaran y para que no experimentaran envidia. Pero la envidia se manifiesta en su máxima expresión en las pequeñas comunidades, en las cuales la gente vive una junto a la otra, en la que todos desarrollan casi la misma actividad, es decir, en la cual todos pueden ponerse en el lugar del otro.

Durkheim pensaba que esta gente tan pare-

cida, que comparte las mismas creencias y que tiene las mismas divinidades, se siente profundamente ligada, solidaria.<sup>1</sup> Esto es cierto, pero únicamente respecto de una tribu diferente, enemiga. En su interior, en cambio, están dadas todas las condiciones para que exista la identificación envidiosa.

La literatura antropológica es muy rica en ejemplos de envidia en el mundo primitivo y de sus manifestaciones en forma de "mal de ojo" y brujería. Además, en estas sociedades, los individuos tienen miedo de sobresalir, de adquirir algo más que los demás, porque saben que con ello desencadenan el odio envidioso. Por esa razón todos permanecen inmóviles, evitan las innovaciones.

Una primera expulsión de la inexorable inercia envidiosa comienza a producirse cuando, gracias al excedente producido por la agricultura, se diferencian una casta sacerdotal y una aristocrática. Estas castas se protegen de la envidia de las masas, creando entre ellas y los demás una distancia sagrada, ritual. Las grandes sociedades fluviales, Egipto y la Mesopotamia, surgen así, con reyes divinizados y un clero que monopolizaba el saber. En todos los grandes imperios del pasado, del chino al incaico, aparecen distinciones análogas.

Grecia dio una posición autosuficiente y una aportación muy particular. Allí no se formaron imperios, sino pequeños estados ciudades. En

<sup>1</sup> Es la célebre tesis sostenida en *La divisione del lavoro sociale*, Milán, Comunità, 1963. [Hay versión en castellano: *La división del trabajo social*, Tbrrejón, Akal, 1982.]



ellos la envidia está extremadamente más difundida y se traduce hasta en conflictos entre las clases sociales, con lo cual se producen las primeras ideologías igualitarias. Pero se trata de una ideología controlada y dirigida a metas innovadoras mediante una extraordinaria elaboración cultural, que se canaliza en competencias individuales.

Grecia era una sociedad de artesanos y de mercaderes que competían entre sí y con los demás en el mercado. Pero la competencia se extendía mucho más allá. Pensemos en la importancia de los cotejos deportivos que culminaban en las Olimpíadas. Había instituciones análogas en la filosofía, cuyos sabios no podían encerrarse en la reserva y el secreto como los gurúes de la India o los sacerdotes egipcios. Debían ascender al agora, exponer su tesis y demostrarla. Todos podían escuchar, todos podían juzgar esgrimiendo sus razones. Lo mismo ocurría en el campo de la política. El demagogo debía exponer sus propuestas en público, solicitar los votos y luego rendir cuentas de lo obrado.

Haciendo esto, los griegos ampliaban al máximo el campo de las acciones en las cuales el resultado dependía del mérito personal, de la virtud entendida como *arete*, excelencia.

Fuera de esta esfera luminosa, en la que cada individuo recibe lo que merece, se extiende una zona oscura, ininteligible. Es el terreno del destino, de la *moira*, que significa parte, cuota, porción. Todas las cosas buenas o malévolas se distribuyen entre los seres humanos, incluso entre todos los seres vivientes, de manera desigual

y no hay una razón ética que justifique esta desigualdad. La *moira* es una divinidad impersonal que procede más allá de toda comprensión, más allá de la justicia. Ante ella hasta los dioses son impotentes, hasta Zeus.

Sin embargo está allí la esfera luminosa, en la cual el individuo puede afirmarse gracias a su valor. Y debe hacerlo, no puede echarse atrás. Pero pasado cierto umbral, irrumpe lo incomprensible, la tragedia, que únicamente puede afrontarse con viril dignidad.

El modelo cultural griego entra en crisis con la formación de los reinos helenísticos. Se crean grandes Estados en los cuales vuelven a afirmarse las aristocracias hereditarias y las monarquías divinizadas. Luego estos reinos quedan absorbidos por Roma en un único, gran imperio universal.

En un sistema tan amplio, y en el cual existen desmesuradas diferencias de riqueza y de poder, es imposible atribuir lo que corresponde al mérito del individuo, a su virtud, en una competencia reglada. Por lo tanto se difunden un profundo sentimiento de injusticia y de impotencia y la idea de que el mundo es intrínsecamente malo, como en las doctrinas gnósticas.

Durante toda la época helenística, la gente tiende a reunirse en pequeñas comunidades, voluntariamente, dejando afuera los sentimientos malvados, la animosidad, la mezquindad, el odio, la envidia. Es lo que prescriben los estoicos y los epicúreos, es lo que piden las religiones que prometen la salvación.

Ya no hay un mecanismo social, general, universal referido a todos. En su complejidad, la sociedad queda abandonada a las fuerzas del mal. Se salva una isla, un grupo formado por personas que procuran edificar una ciudad santa, ideal.

También el cristianismo se difunde así. Como conjunto de pequeñas comunidades de hermanos que se aman y que expulsan de su seno la maldad del mundo. Algunas lo hacen en la forma cenobita, otras como asociaciones de individuos y de familias que permanecen en el mundo, pero separándose espiritualmente de él. Asociaciones en las que se refugia el individuo no sólo a fin de practicar su culto, sino también a fin de encontrar en ellas una atmósfera serena y buena, carente de competencia y de envidia.

Con la aparición de las grandes religiones de salvación desaparece la idea de una fuerza impersonal que establece, sin razón, las partes, la *moira*, el destino del individuo. Todo se le atribuye a la inescrutable voluntad de Dios. Dios está en la raíz de todas las diferencias y si éstas parecen caóticas y sin sentido, ello se debe únicamente al carácter limitado de nuestra inteligencia. En el plano divino todo es sabiduría y justicia.

Pero el mundo se ha alejado del proyecto divino y en él han hecho irrupción el mal, el odio, la maldad. Todas las religiones de salvación, de una u otra manera, anuncian el fin de esta época de perdición y señalan al hombre una tarea moral que debe realizar.

Según el cristianismo los hombres deben

amarse como hermanos. Vivir juntos sin odio, ayudándose recíprocamente. Pero también sin desear lo que tienen los demás, sin envidia. Para que esto sea posible, es necesario que cada individuo limite sus" deseos, reduzca sus pretensiones, su avidez, se contente con poco.

Ya en los diez mandamientos estaba la prescripción "no desear los bienes ajenos". Pero ahora la invitación se hace más radical: "No desear intensamente ningún bien del mundo. Y lo que tengas de máspreciado dáselo a tu prójimo". Al mismo tiempo se desvalorizan las riquezas, los honores, todo lo que mueve a envidia. A los ojos de Dios no son nada, y no tienen ningún valor en su plan providencial. Durante siglos y siglos, el ideal de la comunidad cristiana continuará siendo el renunciamiento.

El ideal buscado en las pequeñas comunidades se transfiere a toda la sociedad. Pero lo que podía realizarse, aunque fuera con grandes esfuerzos y con el estímulo entusiasta de los movimientos dentro de las comunidades reducidas, ciertamente no lo era posible en la sociedad en su conjunto. La idea de transformar a toda la sociedad en una única comunidad de hermanos estaba destinada a fracasar.

En Europa se desarrolla una orgullosa aristocracia militar y, luego, una floreciente burguesía mercantil. Tanto la primera como la segunda descubren el gusto por la riqueza, por los honores y restauran el valor de la competencia.

El cristiano estará siempre dividido entre estas dos polaridades. Empeñado en el mundo,

en la guerra, en la competencia, en el comercio, experimenta un permanente sentimiento de culpa y sueña con poder desembarazarse de todos los deseos mundanos a fin de vivir en la pobreza, en la plegaria, en el altruismo. Por eso el deseo de los bienes y de los honores ajenos llega a ser la señal del fracaso de sus propósitos espirituales, la victoria del mundo con sus tentaciones.

Para el cristiano desear la riqueza, el éxito, los honores, equivale a desear para sí y no para los demás, faltar a la regla fundamental del altruismo y de la fraternidad. Este espíritu se ha transferido sucesivamente —haciéndose laico— a las corrientes políticas socialistas y ha animado, durante los dos últimos siglos, la hostilidad contra el capitalismo que, en cambio, requiere competencia, deseo de éxito.

Max Weber y, después de él, legiones de sociólogos y de historiadores se esforzaron por explicar la aparición de una ética de la competencia, partiendo del protestantismo. En los países protestantes se suprimieron las órdenes monásticas y su ideal de una vida apartada del mundo. Y se difundió la idea de la predestinación; el aspecto duro, incomprensible, no caritativo de Dios, que distribuye a su gusto la salvación y la condenación, más parecido a la *moira* griega que al crucificado.

Pero el gran cambio llegó con el revolucionario descubrimiento de que los egoísmos, la avidez, la persecución del propio interés, oportunamente reglados, producen no solamente riqueza para todos, sino también una justicia mayor. El utilita-

rismo de Bentham y la teoría económica de Adam Smith nacen juntos, uno es el complemento de la otra.

A fines del siglo XVIII ya se había constituido en Inglaterra un modelo ideal alternativo. No es necesario tratar de constituir una comunidad de iguales y de hermanos que renuncien a sus deseos y a sus posesiones en favor del prójimo. No es necesario condenar los intereses y la competencia. En cambio es necesario crear reglas equitativas de competencia, gracias a las cuales se recompensará a los virtuosos más que a los demás. En suma, que no hay que buscar la igualdad y la pobreza, sino la justicia, de modo tal que se asignen las diferencias, según el mérito.<sup>2</sup>

La larga y secular lucha entre socialismo y capitalismo fue también una lucha entre estas dos concepciones de la vida social. La primera tiene sus raíces en la comunidad ideal helenística cristiana. La segunda, en cambio, redescubre, después de milenios, la competencia griega. La confianza en la discordia benigna, la *eris* benigna, recompensadora de los méritos.

Durante casi dos siglos estas concepciones se enfrentaron e inspiraron diferentes regímenes políticos contrapuestos. En el siglo XX animaron verdaderas guerras ideológicas, hasta que sobrevino el colapso del sistema comunista y la victoria de los que defienden la competencia.

Los Estados Unidos son el país en el cual es-

<sup>2</sup> Véase P. Alberoni y S. Veca: *L'altruismo e la morale*, Milán, Garzanti, 1988.

ta concepción de equidad competitiva se ha desarrollado con más fuerza y donde incluso alcanzó el valor de una auténtica fe. La cultura norteamericana está impregnada de un profundo optimismo pragmático. En los símbolos, en las instituciones, en el cine de Hollywood, en la práctica de la escuela cotidiana, en las empresas, en los lugares de diversión como Disneyworld y Epcot Center se repite un único tema fundamental: todo individuo que sabe luchar, que no se rinde, finalmente resulta recompensado. Necesita ponerse metas, necesita combatir para alcanzarlas. Necesita tener sueños, necesita luchar para realizarlos.

Por eso, si alguien triunfa significa que ha luchado, que es superior y que merece el aplauso.

Esta ideología es la antítesis total de la envidia. La envidia sufre por el éxito del ganador, trata de desvalorizarlo y desea que éste pierda todo lo que obtuvo. El credo norteamericano, en cambio, impone aclamarlo, apreciarlo moralmente.

## Envidia y relaciones amorosas

### 1) Padres e hijos

El amor es el gran antagonista de la envidia. Si queremos a alguien deseamos su bien y nos sentimos felices cuando tiene éxito y él también es feliz. El niño se siente orgulloso de lo que hace su padre, mira con admiración a su hermano mayor que supera a los demás en un certamen. El muchacho adora a su cantante preferido y a su campeón deportivo, llega a ser un fanático de él, está a su lado, quiere su triunfo. La enamorada quiere fundirse con el amado, se olvida de sí misma y sólo desea lo que le da placer a él.

En el amor los límites entre el sujeto y el objeto se han debilitado. El individuo fluye en el otro, se confunde con él y lo vive como una parte esencial de sí mismo, como la parte más preciosa de su ser. Lo indican claramente expresiones como "mi corazón", "mi vida", "mi alma".

Cuando hablábamos del valor del Sí mismo dijimos que el Sí mismo está constituido por obje-



tos propios de identificación y de amor, individuales y colectivos.

El Sí mismo del que ama, está completamente colmado, ocupado por estos objetos. El sujeto vive en ellos y a través de ellos.

Pero cualquier amor, hasta el más completo, el más intenso, hasta el del niño por su madre, nunca es fusión pura, es afirmación de las propias necesidades, de los propios deseos, de la propia individualidad. El psicoanálisis lo mostró con extremada claridad.<sup>1</sup> Los niños entran en conflic-

<sup>1</sup> A lo largo de todo este libro excluí voluntariamente el tratamiento de la envidia infantil estudiada por el psicoanálisis, particularmente la envidia del pene descrita por Freud y la envidia primordial, descrita por Melanie Klein (véase, especialmente, *Invidia e gratitudine*, Florencia, Martinelli, 1969). Tomé esta decisión, no porque no haya estudiado el tema o porque considere las teorías de Freud y de Klein carentes de fundamento. Yo mismo las utilicé ampliamente en ocasión de exponer mi teoría de los movimientos (véase, *Genesi, op. cit.*, págs. 134-166).

Lo hice porque este libro apela a la experiencia directa del lector, sin la mediación de un psicoanalista que interprete los síntomas y traduzca la experiencia actual a esquemas de experiencias infantiles. La envidia que siente el lactante por el seno bueno, descrita por Klein, no está al alcance directo de la experiencia adulta. El lenguaje kleiniano, dejando de lado la situación analítica concreta, termina por convertirse en una jerga arbitraria e incomprensible.

El lector puede advertirlo leyendo el excelente trabajo de Hanna Segal: *Introduzione all'opera di Melanie Klein*, Florencia, Martinelli, 1968. Además estoy persuadido de que el hecho de haberme abstenido de analizar este tema no perjudicó en modo alguno la profundización del análisis. [Hay versión en castellano: *Introducción a la obra de Melanie Klein*, Barcelona, Paidós Ibérica, 1981, 1ª reimpr.]

to con los propios padres. Terminan así por odiar y repudiar los propios objetos de amor y de identificación y este desgarramiento interior es la base misma de la psicología.<sup>2</sup>

Freud llamó ambivalencia a esta presencia simultánea de amor y de odio. Puede sentirse envidia del propio padre, de la propia madre, de los propios hermanos, aunque exista amor, incluso un gran amor.

La experiencia de la ambivalencia surge más fácilmente cuando la gente está obligada a vivir junta y no puede poner distancia. Es lo que ocurre en su máxima expresión en la familia. Los padres no pueden separarse de los hijos, los hijos mucho menos de los padres. Lo mismo puede decirse de los hermanos. Lo impiden cuestiones puramente prácticas, milenarias leyes sociales y, quizá, también profundas determinaciones genéticas. Por eso, amor y odio deben convivir forzosamente.

Existen, en cambio, relaciones amorosas que surgen más tarde: el enamoramiento y la amistad. En estos casos resulta más fácil evitar la ambivalencia. Generalmente son relaciones que carecen de envidia. Si la envidia aparece, ello significa que la relación se deterioró y que, tarde o temprano, quedará destruida.

En el primer tipo de relaciones, las familiares, impuestas, la envidia está, por otra parte,

<sup>2</sup> S. Freud: *Considerazioni attuali sulla guerra e la morte*, en *Opere*, Turín, Boringhieri, vol. vm, pág. 141. [Hay versión en castellano: *De guerra y muerte*, en *Obras Completas*, vol. 14, Buenos Aires, Amorrortu.]

inextricablemente mezclada con los celos. En realidad los hermanos compiten por el amor, la aprobación de los padres. En el complejo de Edipo, el hijo está envidioso del padre y la hija de la madre porque cada uno quiere que el padre del otro sexo lo ame, lo aprecie, lo valore. En una situación cerrada, como lo es la familiar, recibir regalos, ser estimados, tener éxito equivale a ser preferidos, más amados.

Una madre puede llegar a sentirse envidiosa de la hija y una hija de la madre si una o la otra es demasiado hermosa o demasiado vivaz. En la película de Ingmar Bergman, *Sinfonía de otoño*, la madre es una gran pianista. Viaja constantemente al exterior, de concierto en concierto, siempre triunfante. La muchacha no se siente amada, pero sobre todo no puede tomar a su madre como modelo, porque es demasiado maravillosa, superior. El filme nos muestra una escena en la cual la joven, ya treintañera, casada, toca el piano en presencia de la madre que ha ido a visitarla. Esta le hace sugerencias, con dulzura. Pero en determinado momento, la muchacha rompe a llorar y sale corriendo. No puede dominar una comparación de la que siempre salió humillada, destruida.

Pero, podemos preguntarnos, ¿por qué la muchacha continúa comparándose después de transcurrido tanto tiempo? ¿Por qué no eligió otro camino a fin de evitar la comparación? Porque cuando la madre debía ausentarse a causa de sus conciertos, la muchacha se quedaba sola con su padre y había tomado el lugar de la madre. Pero el padre continuaba amando y admirando a

su fascinante mujer lejana. Hablaban mucho de ella cuando quedaban solos, él enamorado, ella celosa. Por amor a su padre, estaba obligada a permanecer identificada con la madre, a adherirse a su modelo ideal. Por amor al padre, puesto que el padre amaba a ese tipo de mujer, no había podido sustraerse a la comparación.

Veamos ahora el caso de una madre envidiosa de la hija. Era una mujer del sur, morena, robusta, muy trabajadora. La hija era grácil, rubia, muy hermosa. Para colmo inteligente, imaginativa, capaz de conquistar la simpatía de cualquiera, antes que nadie la del padre, que permanecía fascinado ante esta deliciosa niña, le narraba fábulas y le enseñaba a leer y escribir. La mujer no la soportaba, la trataba mal, le encontraba siempre algún defecto.

Finalmente nacieron hijos varones y el marido comenzó a ocuparse de ellos y se desentendió de la niña. Estaba orgulloso de ellos, quería que estudiaran, que triunfaran en la vida. Se prodigó para que tuvieran una buena educación, los envió a los mejores colegios, mientras la hija se quedaba en casa hasta que él le encontrara marido. Pero a pesar de estar obligada a realizar un trabajo muy duro y humillante, la muchacha tenía una personalidad tan fuerte y una belleza tan notable que terminaba por ser siempre ella el centro de atención, la presencia más importante de la casa.

Más adelante, los muchachos fracasaron en los estudios, en tanto que la muchacha, gracias a una serie de circunstancias afortunadas, logró graduarse y hacer una refulgente carrera. La ma-

dre nunca dejó de envidiarla, a pesar de que íntimamente la admiraba y estaba orgullosa de ella. Sin embargo, también en este caso, la envidia tiene sus raíces en los celos. El punto de partida fue el entusiasmo del padre por la muchacha, por su belleza, por su brío. Los celos impulsaron a la madre a observar con ojos envidiosos sus cualidades físicas e intelectuales, y también después, cuando los hermanos fracasaron en el colegio, mientras la joven, en cambio, a pesar de la opresión, terminaba por afirmarse y triunfar, el amor por los hijos y por el marido hizo que el éxito de la hija le resultara intolerable.

## 2) El enamoramiento

La envidia, presente entre hermanos y entre padres e hijos, desaparece, en cambio, por completo cuando alguien se enamora. El enamoramiento es uno de los fenómenos más interesantes y menos explicados por la psicología y la sociología, porque vincula de manera efectiva y muy rápida a dos personas desconocidas.

Aunque hayan pasado los años sigo sosteniendo que la única teoría razonable del enamoramiento es la que expuse en mi libro *Enamoramiento y amor* y es la única que permite explicar la total falta de envidia durante este estado.

Según esta teoría, el enamoramiento es el *estado naciente* de un movimiento colectivo formado únicamente por dos personas. Ya hemos hablado del estado naciente de los movimientos y

hemos visto que en ellos se desarrolla un proceso de fusión. Los miembros del grupo en formación viven una exaltante experiencia de muerte y renacimiento. Se sienten totalmente nuevos, libres del pasado, abiertos a un destino que los trasciende. En el enamoramiento esta experiencia inefable se enriquece posteriormente por la extraordinaria atracción erótica, por el éxtasis sexual. El erotismo que se da en el enamoramiento es de un tipo extraordinario, sublime, precisamente porque representa la realización física de la fusión, la desaparición de la división entre sujeto y objeto, entre el Yo y su objeto de identificación.

Pero la *unión mística* es sólo uno de los aspectos del enamoramiento. En realidad, los dos individuos continúan siendo dos personas separadas con sus propios objetos de amor. Cada uno, mientras procura unirse con el otro, trata de autoafirmarse. Cada uno, mientras cambia, le pide también al amado que cambie. Por eso el amor también es una serie de pruebas, pruebas de verdad y pruebas de reciprocidad; y también es un dilema.<sup>3</sup>

En el enamoramiento, aun amando al otro, cada uno intenta dominarlo, reducirlo a su voluntad, seducirlo, conquistarlo. Los enamorados pueden mentirse, pueden engañarse, castigarse, vengarse. En el fondo del más puro de los amores siempre está la punzada de los celos, la tentación

<sup>3</sup> Véase F. Alberoni: *Innamoramento e amore, op. cit.*, págs. 81-89. [Hay versión en castellano: *Enamoramiento y amor*, Barcelona, Gedisa, 1980.]

de la venganza, la posibilidad del odio. Pero no de la envidia. ¿Por qué? Porque en el enamoramiento, el objeto más cabal del deseo, el objeto total del eros es el otro y su amor. Porque en el enamoramiento, el valor supremo, la fuente de todo valor, es el otro. El enamoramiento tiene una única finalidad: sentirse correspondido, oír decir al otro "te amo". Y esto es también el premio máximo, el máximo honor, el aprecio más sublime, el bien máspreciado.

En la envidia, la persona envidiada es el mediador, quien nos señala lo que debemos desear, lo que tiene valor y quien, al mismo tiempo, nos obstruye el camino, nos impide el acceso a ese valor. Cuanto más alcanza él sus objetivos, más obstáculos pone en nuestro camino, cuanto más crece él, más nos empequeñecemos nosotros. Y esto puede ocurrir con la madre, con el padre, con el hermano que, al superarnos, nos señalan una meta inalcanzable.

Pero todo esto no puede ocurrir durante el enamoramiento, porque el otro es la meta misma. Y cuanto más grande, espléndido y deseable se hace, más crece nuestro amor. Cuanto más se supera a sí mismo, más lo admiramos, más nos domina, más lo adoramos.

En el enamoramiento, nosotros mismos deseamos hacer más hermoso a nuestro amado. Los enamorados se ofrecen regalos a fin de llegar a ser aun más atractivos ante el otro. El lenguaje del amor es, ante todo, un himno a la belleza, a la superioridad del amado.

Durante el enamoramiento cada uno de los

amantes entrevé en el otro una perfección divina y se considera feliz por haber entrado en contacto con ella. El otro es la puerta del ser, el camino que conduce a la beatitud.

Cuando estamos celosos, cuando tratamos de arrancarnos ese amor no correspondido, nos sentimos presa de una sombría desesperación, porque esa puerta se cierra y la vida pierde todo significado. Uno siente que se hunde en la nada, que se petrifica.

Por eso, en ningún caso, puede haber envidia. Ni siquiera cuando sentimos cólera u odio. Porque nada tiene valor más allá de nuestro amor. Y lo único que podemos hacer es quererlo con toda nuestra alma o rechazarlo totalmente. Pero en este último caso ya no sentimos deseos y, por lo tanto, tampoco envidia.

Hemos repetido muchas veces que la envidia es una experiencia típica de la cotidianidad, de la vida corriente, acostumbrada, de los deseos habituales, de las confrontaciones marginales. El enamoramiento, en cambio, equivale a ingresar en la región abismal del todo o nada, de lo absoluto, de lo extraordinario, de lo sagrado. A esta altura, la envidia pierde completamente su significación.

Deriva de ello un corolario. Si en una pareja aparece la envidia, eso significa que se ha apagado la última chispa del enamoramiento.



### 3) La amistad

Mientras el enamoramiento es un *estado naciente* por una revelación inesperada, la amistad se forja poco a poco, gracias a la sucesión de encuentros.<sup>4</sup> Se funda en la comprensión recíproca, en la confianza recíproca, en la estima, todas cualidades morales. En realidad, puede definirse a la amistad como la forma moral del amor.

No podemos seguir siendo amigos de alguien que nos engaña, que nos miente, que no procede con nosotros con toda corrección; mientras que podemos enamorarnos de un mentiroso, de un ladrón, de un delincuente. El enamoramiento se nos impone y sólo podemos intentar resistirnos a él. La amistad, en cambio, se va forjando poco a poco, se funda en el principio de realidad, en la reciprocidad, en la ayuda mutua, en el placer de hablar con el amigo, de compartir experiencias y reflexiones.

Mientras los enamorados tienden a fusionarse, los amigos continúan siendo personalidades distintas y se enriquecen uno al otro precisamente porque cada uno de ellos conserva su carácter específico. Todo enamorado procura cambiar a su amado o a su amada y también está dispuesto a modificarse a sí mismo. En cambio, los amigos respetan mutuamente sus diferencias. Cuando los enamorados se ofrecen un regalo, lo eligen siguiendo sus propios gustos o según la imagen

<sup>4</sup> Véase F. Alberoni: *La amistad*, México, 1986, Barcelona, 1985, Gedisa.

idealizada del otro. Los amigos, en cambio, lo eligen según las reales necesidades del otro, sus auténticas preferencias, o bien porque consideran, con motivos fundados, que ese objeto le puede ser útil a su amigo.

Mientras los enamorados no logran permanecer separados sin sufrir, los amigos se sienten seguros del afecto del otro y pueden verse solo de vez en cuando sin que la amistad se resienta. Cuando vuelven a encontrarse, retoman la conversación en el punto en que la habían dejado, como si el tiempo no hubiera pasado.

Los amigos siempre se consideran pares, aunque uno sea más rico y el otro más pobre, aunque tengan funciones y responsabilidades diferentes. Porque ponen entre paréntesis su valor social y se tratan en un plano de absoluta paridad.

Por eso puede existir amistad entre dos personas desiguales, pero para que ello ocurra es necesario que ninguno de los dos haga manifiesta esa desigualdad, ni siquiera ofreciendo regalos o pidiendo favores. El rico no debe hacer regalos fastuosos a fin de no crear en el otro el deber de retribuirlos. El pobre no debe pedirle dinero al rico, a fin de no colocarse en una situación de dependencia. Naturalmente en caso de necesidad se ayudarán, pero lo harán con indiferencia, como si se tratara de algo sin importancia. Ninguno debe depender del otro, ninguno debe crear deudas de gratitud.

En esta relación entre iguales, de dignidad pareja y de valor parejo, habitualmente no hay envidia. Y, cuando ésta aparece, se la aplasta rápidamente.

La envidia nace cuando deseo los objetos, el poder, el prestigio del otro. Cuando quiero ponerme en su lugar, sustituirlo en lo que posee y en lo que es. Pero sin conocerlo. Sin penetrar en sus deseos, en sus problemas, en sus angustias, en sus sentimientos.

El amigo hace exactamente lo contrario. Entra discretamente en el ánimo del amigo, lo conoce, percibe sus deseos, sus miedos, sus esperanzas y se preocupa únicamente por su bien. Sin embargo no confunde sus propios deseos con los del amigo, no desea lo que desea el otro.

El envidioso, obsesionado por el objeto, se adhiere al envidiado, se modela sobre él. El amigo, en cambio, se diferencia del amigo, quiere continuar siendo una persona distinta, y quiere que también el amigo continúe siendo diferente.

¿Esto significa entonces que entre amigos nunca aparece la envidia? En realidad no es así. Precisamente porque se consideran pares y porque hacen todo lo que está a su alcance para continuar siéndolo, los amigos son sumamente sensibles a todo cambio que se manifieste entre ellos. Si uno de ellos progresa, se enriquece, si obtiene un ascenso o si se compra una hermosa casa, el amigo percibe la diferencia y puede experimentar una punzada de envidia.

Sin embargo, la amistad sobrevive si éste puede neutralizarla rápidamente. Y el camino es el que acabamos de describir. En lugar de concentrarse en el objeto, en el resultado, como hace el envidioso, el amigo se concentra en la necesidad

del otro, en su estado de ánimo, procura participar de su alegría. Se identifica con él, mira la realidad desde el punto de vista del amigo.

Pero no se confunde con él. Si, al experimentar la punzada de envidia, por un instante deseó tener la misma hermosa casa, un instante más tarde le restituye su deseo, lo separa de sí. Está contento de que sea su amigo quien posee esa casa. Que sea él quien tiene el placer, la casa, el deseo. El tiene su propia casa, sus propios sentimientos, sus propios deseos, completamente distintos de los del otro.

Los amigos son como dos grandes señores, como dos soberanos, cada uno con su feudo, con sus castillos, con sus vasallos, de los cuales se siente orgulloso y a los que no cambiaría por los que posee el otro.

Pero este proceso de *restitución del deseo* y de diferenciación, sólo es posible cuando la "superación" no es demasiado grande, cuando no amenaza, de manera irreparable, la dignidad de uno de ellos.

Hay un hermoso relato de Pirandello que muestra cómo puede entrar en crisis una amistad profunda y aparentemente incommovible. Dos campesinos son socios desde hace once años en la misma granja. Cada uno se fía totalmente del otro. No tienen secretos entre sí, comparten todas las dificultades y todas las alegrías. Son parecidos en todo y para todo. Ambos, casados, han tenido, uno tras otro, varios hijos. Pero, en el último embarazo, la mujer de uno de ellos muere. El hombre se queda solo con una nidada de niños lloro-

sos. El amigo trata por todos los medios de ayudarlo, de consolarlo. La mujer de este último se multiplica para atender a los huérfanos. Pero el viudo permanece mudo, impenetrable. Después de tres días de silencio ordena a sus hijitos que lo ayuden a cargar todos sus enseres en un carro y se va. Le dice al amigo, que trata de retenerlo, que es inútil, que no puede seguir viviendo allí. Ha quedado viudo, con cinco hijos y ya no puede volver a ser el mismo hombre de antes. Siempre tendrá necesidad del otro, como un mendigo.

No puede quedarse porque la felicidad del amigo se convertiría en la medida de su propia infelicidad. Se vería obligado a su pesar a compararse con el amigo, a pedirle continuamente ayuda y cada vez que lo hiciera saldría destruido, lleno de autoconmiseración, quizá de rencor, quizá de envidia. Por eso, es mejor sustraerse a la confrontación, romper con el pasado, olvidar.

#### **4) Envidia a través de otra persona**

Podemos sentir envidia en lugar de alguien que amamos. La madre que quiere mucho a su hijo, que lo acompaña ansiosamente a la escuela, siente envidia por el compañero del niño que ha obtenido buenas calificaciones en clase. Experimenta envidia como si estuviera en el lugar de su hijo. Esto ocurre aunque en realidad el muchacho no se sienta envidioso, aunque ni siquiera piense en ello.

No todas las clases de amor son de naturale-

za tal que permitan sentir esta experiencia de envidia "en el lugar del otro". Para que esto suceda debe existir una identificación amorosa muy intensa, en la cual el ser amado llega a ser más importante que yo mismo, toma mi puesto en las relaciones con el mundo, me representa, actúa en mi lugar.

Es lo que sucede habitualmente en la relación de los padres con los hijos. Los padres transfieren a sus hijos sus propios deseos de éxito, sus propias esperanzas. Se las confían a ellos. Es lo que hacía el padre sobre todo con el hijo varón, con el primogénito. Proyectaba en él sus propios deseos, sus propios sueños, sin tomar en cuenta los del hijo.

Pero la envidia a través de otra persona puede darse también en el caso opuesto, cuando percibimos y hacemos nuestro el deseo del ser amado. Muchas mujeres profundamente enamoradas del marido viven "por poder" el éxito de él y por eso sienten envidia de sus colegas y de sus competidores. A veces son los hombres quienes acompañan el triunfo de la mujer. Recuerdo el caso de un director profundamente enamorado de su mujer, una actriz muy hermosa y con gran talento, pero que tuvo que esforzarse durante mucho tiempo para imponerse. Con frecuencia, se le asignaban los papeles que más se adaptaban a su tipo a otras actrices menos capaces; a veces los críticos la trataban con acritud. El sufría por ello. Leía los artículos de los periódicos, examinaba los epígrafes de las fotografías y miraba con envidia a la que le hacía sombra a su amada.

Naturalmente también ella deseaba tener éxito, pero estaba mucho menos ansiosa, era mucho más optimista y no se preocupaba gran cosa. Pero quizás estaba tan serena porque se sentía continuamente apoyada, ayudada por el marido.

La envidia a través de otra persona es el síntoma de un amor de larga data, muy profundo y radical, de una auténtica sumisión voluntaria al otro, experimentado como la mejor parte, la parte más viva, más plena de posibilidades del sí mismo. Por eso no la encontramos en una forma de amor extremadamente intenso, pero aún no estabilizado como es el enamoramiento.

En su estado naciente, los enamorados se aman, pero al mismo tiempo, combaten todavía contra sus pasiones y procuran modificarse mutuamente. La relación entre ellos está hecha de violentos acercamientos y bruscos distanciamientos, de profundas identificaciones y de intentos de diferenciarse. Habitualmente, si uno de ellos se encuentra en dificultades, el otro lo ayuda, está dispuesto a luchar con coraje por él. Sin embargo, a veces, en circunstancias similares, mira al amado como si se tratara de un extraño, quiere ver qué sabe hacer el otro, cómo sale del trance. Este tipo de amor adora, suspira, aplaude, pero también puede escrutar, juzgar, condenar. Disfruta del éxito del otro; no obstante, en determinados momentos, se complace con su derrota. Por lo tanto, si bien la experiencia de la envidia a través de otra persona puede existir, no es en modo alguno la regla.

En la amistad la relación es más estable, es-

te más consolidada. Sin embargo en este caso, la envidia a través del otro, aunque puede darse, es rara. Los amigos son individualidades distintas que se respetan. Son dos soberanos. Si se trata injustamente á uno de ellos, el otro sale en su defensa, le hace justicia. Generalmente cada uno de ellos se siente feliz si el otro obtiene éxito, se siente enriquecido. Y, por el contrario, se siente infeliz cuando el otro sufre una derrota, la vive como un fracaso personal. Pero difícilmente experimenta envidia en lugar del otro. Porque no se confunde con él. No le atribuye sus propios deseos ni hace suyos los del amigo, sin establecer distinciones.

Antes de terminar con este tema, examinemos otro caso. El que se presenta cuando nos sentimos identificados con un personaje famoso, con un campeón deportivo, en quien proyectamos lo mejor de nosotros mismos y a quien le confiamos nuestra liberación. Lo mismo ocurre en el caso del jefe carismático que representa a todos los miembros del grupo. Si este héroe triunfa, también triunfamos nosotros, si pierde, también perdemos nosotros. Cada uno de sus logros es un logro nuestro, cada una de sus humillaciones es nuestra humillación.

Y ésa es la pregunta. ¿Podemos sentir envidia colocándonos en su lugar? Los napolitanos que ahora tienen como ídolo deportivo a Maradona, ¿pueden sentir envidia de alguien que juegue mejor que él? Maradona mismo puede estar envidioso. Al asistir al triunfo de otro puede sentirse disminuido, envilecido, destruido y puede desear



hacer desaparecer de la faz de la tierra a su competidor. También el admirador fanático puede tener el mismo deseo de hacer desaparecer al campeón adversario. Está de parte de Maradona, quiere que Maradona sea siempre el primero y si sospecha que hay otro que es mejor se preocupa, siente envidia. Pero ésta envidia es más frágil, débil. El fanático sufre, pero sufre por su equipo de fútbol, sufre porque el debilitamiento de Maradona debilita al equipo de sus amores. Maradona no es el fin, sino el medio para lograr el éxito del equipo.

En los casos de padres e hijos, como en los de mujer y marido, si hay alguien más valioso que el objeto de su amor, si la comparación continúa siendo desfavorable, su cariño no disminuye y su envidia no se atenúa. En cambio, en el caso del equipo de fútbol, si cualquier otro supera al campeón, si éste se muestra incapaz, la afición de sus admiradores se desvanece. El campeón debe triunfar. Si pierde ya no es un campeón, se lo abandona.

## Los síntomas de la envidia

Todos nosotros somos envidiosos o hemos estado envidiosos en algún momento de nuestra vida. Pero a veces más y a veces menos. En otros períodos, en cambio, hasta hemos llegado a ignorar la envidia, nos olvidamos de su existencia. Y algunas veces, por último, hemos experimentado una especie de intoxicación envidiosa. No se trata de la envidia de una persona en particular, sino de una envidia difusa, de todos aquellos a quienes les iba especialmente bien, de todos aquellos que se superaban en el éxito.

Siempre describimos la envidia como un acto puntual, dirigido hacia un objeto bien definido. Pero, desde el punto de vista psicológico, la envidia también es una manera de mirar a los demás, un rasgo de la personalidad. Con frecuencia, el envidioso no se limita a observar con ojo maligno a su colega, mira con los mismos ojos a su vecino, al compañero que conoce en unas vacaciones, al conocido que lo invita a su nueva casa de campo, al afortunado ganador de la lotería. En realidad se podría trazar un perfil de la personalidad en-

vidiosa, describirla como tipo psicológico bien definido.

Sin llegar a ello, procuraremos ahora ilustrar algunos síntomas de la presencia de la envidia, cuando domina la personalidad, cuando marca al individuo en su manera de ser, en su manera de pensar.

La envidia, aunque sea muda, aunque se esconda, se deja ver a través de su "trabajo", deja huellas y cuando se hace difusa, enfermedad envidiosa, produce verdaderos síntomas propios. Intentemos ahora rastrearlos, aunque sólo sea de manera rápida para reconocerlos en los demás y por qué no? en nosotros mismos.

#### ) La maledicencia

Es el síntoma más obvio y más notable de la envidia. El envidioso trata de desvalorizar al otro i los ojos de la mayor cantidad posible de personas, sobre todo de las más influyentes. Ahora bien, hay individuos que, indudablemente, tienen un gusto especial por la maledicencia. Basta que conozcan a alguien para encontrarle inmediatamente defectos. La mirada de estos individuos se apresura a buscar las debilidades, las limitaciones, sienten la necesidad de ponerlas de manifiesto, de hacerlas públicas, de provocar el comentario malévolo de los demás. Habitualmente coleccionan las más minuciosas informaciones referidas a la vida privada ajena, a sus negocios; toman nota de ellas mentalmente y siempre logran

mencionarlas en una conversación. Sobre todo si se trata de personajes importantes, estimados, universalmente apreciados, no pueden resistirse a la tentación de disminuirlos, de desacreditarlos.

A veces lo hacen en presencia del propio interesado, con preguntas inoportunas, con insinuaciones destinadas a ponerlo en una situación embarazosa. Pero, generalmente, entran en acción cuando el personaje está enfrascado en una conversación o acaba de alejarse. Entonces a veces con una simple frase, o con un gesto ponen en movimiento lo que podríamos llamar el desencadenamiento del chisme. La maledicencia es contagiosa. Una vez que se ha iniciado, siempre aparece alguien que se asocia, que quiere añadir su crítica, y esto produce una reacción en cadena que los envidiosos alimentan de manera oportuna, hasta que la víctima queda hecha pedazos, escarnecida, envilecida.

Pero solamente un observador muy atento alcanza a advertir que han sido los envidiosos quienes pusieron en movimiento el proceso y quienes lo dirigieron en la dirección deseada. La gente habitualmente no se da cuenta de que ha sido dirigida, manipulada. Recuerda que "todos juntos nos pusimos a chismear", como si no hubiera existido una guía muy hábil y oculta.

La envidia se esconde. El maestro de la maledicencia es muy hábil en este sentido. Con frecuencia, limita su intervención a unas pocas frases cómicas que bloquean todos los intentos de hablar bien del ausente. O bien, lo defiende, pero de manera tal que lo destruye aun más. El resul-

tado es que el envidioso termina por ser considerado como un hombre brillante, de espíritu, que se ríe del mundo y de sus bajezas. Y nadie se da cuenta de que, con esta técnica, logra desvalorizar, escarnecer y hacer escarnecer por los demás a cualquiera que le haga sombra, a cualquiera que se destaque.

Algunos grandes maestros de la maledicencia han logrado hacer de ella una verdadera profesión. Entre ellos se ha hecho célebre Elsa Maxwell, llamada la gran chismosa de Hollywood, fue, con su extraordinaria red de espionaje y su famosa columna mundana, desahogaba su envidia de mujer obesa y fea y permitía desahogar todas las feroces envidias de la capital mundial del espectáculo. Un personaje poderoso y temido.

Pero en todo país hay periodistas de uno y otro sexo que desempeñan un papel análogo. Lenguas y plumas venenosas que constituyen el deleite de los envidiosos de todo género.

Naturalmente, ninguno de estos personajes admitirá jamás que es un envidioso y lo mismo puede decirse de quienes saborean sus maledicencias. La justificación que aducen, su defensa, es la objetividad periodística, el deber de informar, una especie de misión benéfica, para bien de los lectores que deben ser informados sobre las infamias de los poderosos.

Una justificación análoga tiene la sátira. Habitualmente, ésta es un arma de la lucha política, un instrumento de agresión y de desvalorización de los adversarios. Por lo tanto, una manifestación sublimada y disfrazada del odio, más

que de la envidia. Pero, con frecuencia la sátira política llega a ser a su vez un pretexto y un disfraz de la desvalorización envidiosa.

En sustancia, cada vez que oímos o vemos que alguien habla mal de los demás o que los escarnece o se mofa de ellos sin someterse a sí mismo a igual tratamiento, es muy probable que esa persona sea un envidioso. Debemos tener esta sospecha aunque éste nos parezca un ser superior, un periodista famoso, un célebre político, un intelectual muy conocido. Ni su prestigio ni los elogios que recibe deben inducirnos a engaño. El mundo está lleno de envidiosos que se identifican con sus gestos, y que están muy dispuestos a asociarse con su malignidad. Los envidiosos son sus *fans*, sus clientes, su ejército silencioso.

## 2) El justiciero

Aun en la sociedad más justa y mejor regulada, la vida sigue siendo algo que se sustrae a la justicia. Uno nace alto y el otro bajo, uno fuerte y otro débil, uno inteligente y otro tonto, uno saludable y otro enfermizo. Hay quienes viven muchos años y quienes tienen una vida breve. Quienes son felices en el amor y quienes son infelices, quienes tienen hijos y quienes no los tienen. Las infinitas diferencias individuales y las infinitas circunstancias de la vida social, todos los acontecimientos imponderables que nos toca vivir, hacen que cada uno de nosotros, evidentemente, tenga una parte diferente de alegría, de felicidad,

de fama, de amor, de todo lo que desean los seres humanos. Por eso, al mirar a otro que está mejor que él, cada uno puede preguntarse: "¿Por qué él y no yo?", sin encontrar una respuesta.

Los griegos, que habían intentado derrotar la envidia aceptándola competencia en todos los campos, hasta llegar a identificar la moral con la *arete*, la excelencia, habían inclinado la cabeza ante suprema inmoralidad, ante este incomprensible sistema de diferencias y lo habían llamado *moira*, destino: una zona de la vida que está más allá de la moral y de la comprensión, más allá de la justicia y de la razón. Una entidad a la que no se le pueden hacer preguntas. El destino sólo se puede sufrir.

En esta zona oscura todas las preguntas acerca del mérito carecen de sentido. La competición misma supone una cualidad que el individuo no se ha dado a sí mismo sino que la ha recibido de la vida. Se premia al más fuerte, al más hábil, al más inteligente, al más creativo, el más original. Pero, ¿el más fuerte tiene verdaderamente un mérito por poseer esa fuerza? ¿Se la ha ganado él mismo? En parte sí, porque desarrolló sus músculos, se ha entrenado a fondo, pero si se hubiese enfermado no habría podido hacerlo. Y al músico genial, ¿qué mérito le corresponde por la creatividad que posee? Verdad es que la ha desarrollado, la ha cultivado, pero algo le fue concedido desde el comienzo como regalo. Otras cualidades dependen de la educación suministrada por los padres, de la ayuda de los amigos, o de la simple casualidad. En la más honesta de las compe-

tencias, en el más justo de los concursos, en la más equitativa de las distribuciones, siempre está la fracción oscura, que va más allá del mérito y de la falta de mérito, lo que no es mérito de nadie, una esfera en la cual no pueden formularse preguntas sobre la justicia.

La envidia, como pregunta sin respuesta, como trabajo sin resultado, duda malévolamente, hace intuir esta injusticia abismal del mundo y se da aires de protesta contra ella. Lo expresó maravillosamente el director Milos Forman en su película *Amadeus*, cuando Salieri acusa a Dios de haberle concedido a Mozart el regalo de la música y echa el crucifijo a las llamas. Luego lo desafía y le dice que él destruirá a su criatura, la matará.

Es una protesta, pero también una profunda y pasiva aceptación. Porque el envidioso, aplastado por la injusticia, se pone de su lado, le tiende una mano. Continuando con el ejemplo de *Amadeus*, Salieri, a fin de reaccionar contra la injusticia que comete Dios respecto de él, se ensaña contra un inocente, aumenta el mal y la infelicidad de todos.

A fin de oponerse a la injusticia universal, el envidioso ataca y disminuye al más afortunado, al más fuerte, al más feliz, al más dotado que él. En el nombre de la justicia se transforma en un destructor de todo lo que sobresale, de todo lo que vale. De este modo, en lugar de reducir la zona lóbrega del ser, la amplía, se sumerge en ella, ebrio de venganza. Lo comprendió muy bien y lo describió mejor Nietzsche: "Sólo nosotros somos



3S buenos, los justos —dicen ellos—, sólo nosotros somos los *homines bonae voluntatis*. Si actuamos entre nosotros como reproches vivientes, orno admoniciones directas a nosotros, como si alud, un cuerpo bien formado, fuerza, orgullo, sentimiento de poderío fueran ya en sí mismos cosas censurables, por las cuales algún día habrá que expiar, expiar amargamente: y qué dispuestos están éstos en el fondo a *hacer* expiar, cuanta ed tienen de llegar a ser *verdugos*. Pululan entre líos los sedientos de venganza disfrazados de peces que tienen siempre en la boca la palabra justicia, como baba envenenada, siempre con ma mueca en los labios, siempre dispuestos a escupir sobre todo el que no tenga un aire disconforme y vaya de buen talante por su camino."<sup>1</sup>

#### D) El pesimista

A primera vista el optimismo y el pesimismo los parecen dos cualidades equivalentes, con ventajas y desventajas de signos opuestos. El optimista está más dispuesto a la acción, es más activo. Pero, menosprecia las dificultades y corre el

<sup>1</sup> F. Nietzsche: *Genealogía della morale, op. cit.*, pág. .05. En realidad, la transvalorización de los valores que escribe Nietzsche es muy general. Gracias a ella todos los ricos, todos los felices llegan a ser malvados y todos los pobres, todos los infelices, buenos. Es decir, se trata de una elaboración ideológica que requiere un proceso selectivo, hemos hablado de ello en las páginas 130-133 y 194 y sigs. le la traducción.

peligro de aventurarse por caminos peligrosos. El pesimista, por el contrario, es excesivamente prudente y termina por perder muchas buenas ocasiones. En suma, el ideal parece ser una sagaz mezcla de ambos caracteres.

En realidad, optimismo y pesimismo no son solamente dos actitudes ante las dificultades y ante el futuro. También son dos maneras diferentes de relacionarse consigo mismo y con los demás seres humanos.

El pesimista no tiene únicamente una visión negativa del futuro. También la tiene de los hombres. Espera lo peor de ellos. Cuando los observa, descubre dondequiera las peores cualidades, las motivaciones más egoístas, menos desinteresadas. Para el pesimista, la sociedad está formada por gente mezquina, corrupta, íntimamente malvada, siempre dispuesta a aprovechar las situaciones para su propio beneficio. Gente en la que no se puede confiar y que no merece nuestra ayuda.

Si le comentamos un proyecto, él, en poco tiempo, nos muestra todos los obstáculos, todas las dificultades que se nos presentarán. Y nos hará comprender que, luego, una vez alcanzado el objeto, sólo tendremos amarguras, desilusiones y humillaciones. En poco tiempo, nos hará sentir vacíos, carentes de fuerza.

El pesimista posee un extraordinario poder de contagio. A veces basta encontrarlo a la mañana, por la calle, y en un instante, nos transmite toda su negatividad, toda su pasividad. Lo logra porque aprovecha ciertas tendencias presentes

en todos nosotros y que solo esperan que alguien las despierte y las active.

La primera es nuestro temor al futuro. La segunda es nuestra naturaleza indolente, la tendencia a quedarse quieto, encerrados en nuestro cascarón. En realidad, el pesimista es fundamentalmente un perezoso. No quiere hacer ningún esfuerzo para adaptarse a lo nuevo. Es un rutinario. Tiene ritos precisos para despertarse, para el almuerzo, para el fin de semana.

Generalmente, el pesimista es además un avaro. ¿Por qué debería ser generoso si el mundo está lleno de ávidos, de corruptos, de aprovechados? Pero, sobre todo, es envidioso. Si uno intenta hacerlo hablar, comprobará que elogia lo que él mismo realizó en el pasado. Y añade que podría haber hecho más si no le hubieran puesto siempre obstáculos, si no existiera tanta corrupción, si no fueran siempre preferidos los menos meritorios.

#### 4) **El crítico**

Habitualmente, las personas muy envidiosas no se comprometen, no se dan, no se prodigan. Prefieren mirar a los que bajan como observadores fríos, desapegados. Parecen interesados, objetivos. Pero no es verdad. Su atención está dirigida solamente a encontrar el defecto, el punto débil del que está trabajando, a descubrir su posible error. Luego, en el momento más delicado, menos oportuno, estos envidiosos lanzan sus crí-

ticas, sus objeciones y desvalorizan con ellas el trabajo que otro ha realizado.

Y este último, en lugar de echarlo con cajas destempladas, se queda herido, perturbado. Trata de justificarse, intenta explicarles los motivos por los cuales ha trabajado. Se esfuerza por todos sus medios por convencerlos de la bondad de sus intenciones. Ellos, fríos, indiferentes, lo dejan hablar, explicar, prodigarse en inútiles intentos para convencerlos. Responden a sus afirmaciones con nuevas dudas, a sus justificaciones apasionadas con un bocadillo hiriente. En realidad no tienen ninguna intención de comprender. La meta que ellos persiguen es únicamente rebajarlo, demostrarle que no vale, crear también en él la duda, aparecer a sus ojos como jueces autoritarios, importantes.

Es increíble el poder que llegan a tener estas personas solo creando obstáculos, haciendo objeciones, diciendo que no. Y lo logran porque a todos nosotros nos cuesta imaginar que alguien finja escuchar, y observar, cuando en realidad ya ha decidido oponerse, obstruirnos el camino, sin otro motivo que el de hacernos depender de él.

Sin embargo, en las oficinas vemos burócratas que, para demostrar su poder, tiranizan a los desgraciados que caen en sus manos. Conocemos gente que, cuando tiene puesto un uniforme, en lugar de sentirse al servicio de los demás, experimenta el placer de la dominación, el gusto por el atropello. Pero también hay supercríticos que no llevan uniforme, con frecuencia ni siquiera tienen un poder formal. Conquistán su poder creando

obstáculos y obligando a los demás a ocuparse de ellos.

En la naturaleza, para cada depredador hay una víctima, para cada parásito, un parasitado.

¿Quiénes son las víctimas preferidas de estos depredadores envidiosos? Las personas activas, entusiastas, que se prodigan, que se dan a los demás. Las personas que tienen proyectos por realizar. Nadie puede hacer algo importante solo. Tiene necesidad de colaboradores, de financiamiento, de consejos, de amigos que crean en él. Por eso todas las personas activas hablan de sus ideas, buscan el consenso social. Y así es como terminan en manos de los críticos-críticos, de los que fingen escuchar, pero que siempre dicen no. Y los demás se dedican a explicar, a convencer y tratan de encontrar un argumento válido capaz de abrir una brecha en las objeciones continuas que se les hacen. Y no comprenden que es imposible encontrarlo, porque el otro jamás concibió la idea de dejarse convencer y lo único que desea es verlo tartamudear, agotarse, fracasar.

Hay una técnica segura que permite individualizar a estos supercríticos: hacerlos hablar de personas universalmente estimadas y apreciadas. Acaso hasta de San Francisco o de Albert Schweitzer. Advertiremos entonces que hasta en ellos encuentran defectos, que abrigan dudas acerca de la pureza de los motivos y de las intenciones que movieron a esos personajes. No creen que haya personas capaces de actuar de manera verdaderamente generosa y desinteresada. Bus-

can el motivo sórdido, mezquino, vil. En suma, quieren colocar a todos los demás en su mismo nivel. Es decir, son envidiosos.

En todas las sociedades, muchas personas estimadas, apreciadas, reverenciadas, pertenecen a este tipo humano. Así debían ser los grandes inquisidores que buscaban el demonio dondequiera que fuera. Así son algunos periodistas ácidos, algunos críticos feroces, algunos magistrados inflexibles, algunos dirigentes arrogantes.

### 5) El que da malas noticias

•,-

Algunos envidiosos expresan su agresividad dando siempre malas noticias. Y las dan en el momento menos oportuno, cuando no podemos hacer nada. La sabiduría popular se mostraba recelosa ante ellos. Los llamaba profetas de la desventura. En cambio, nosotros, nos creemos más sensatos y más racionales, nos encogemos de hombros y, además, con frecuencia, les estamos reconocidos porque se ocupan de nosotros y nos parecen objetivos, leales, sinceros. Hacer esto es un error, porque el portador de malas noticias procede con una meta fundamentalmente malvada.

Cuando un amigo debe darnos una noticia que nos hará sufrir es muy prudente. Estudia el momento más adecuado. No nos llama por teléfono en plena noche, no nos lo dice un momento antes de que demos un examen. El entrenador se cuida mucho de darle una mala noticia al campeón que está por iniciar un torneo. El director

ie teatro esperará a que termine el espectáculo, Porque desea que el actor esté sereno. Tratamos ie evitar lo más posible que las personas que meremos sufran, y que los que necesitan serenidad se sientan perturbados.

En cambio, el portador de malas noticias, apenas nos ve, nos da sus nuevas desagradables. Si tiene la confianza suficiente, nos llama por teléfono de noche. O nos las cuenta por la mañana, apenas nos hemos despertado, y así nos arruina *ú* día. Y si se da cuenta de que uno ha quedado conmovido y quiere saber más, añade detalles desagradables, deja entrever posibilidades todavía más graves. Caemos en el engaño y confundimos >u interés con solicitud, su excitación con participación emotiva.

En realidad, el portador de malas noticias experimenta placer al decirnos estas cosas, al ver nuestro embarazo, nuestra ansiedad. Pertenece *ü* mismo tipo humano que se nos acerca para referirnos las maldades que los demás dicen de nosotros. Todos tenemos "amigos" que, al encontrarlos, nos cuentan, por nuestro bien, por supuesto, me en tal lugar decían que éramos unos incapaces, mientras en tal otro, que somos unos granujas. Y nos lo cuentan con lujo de detalles, con las palabras exactas y, al pronunciarlas, parece que comparten la opinión de quien las dijo, puesto me las recuerdan tan bien y en boca de ellos suenan del mismo modo.

Y en realidad es así. Nos cuentan que las dijeron otros, porque no tienen el coraje de decirlas ellos mismos. Estaban de acuerdo con quien las

pronunció. Un amigo, un verdadero amigo, habría asumido nuestra defensa, se habría indignado. Ellos no. Ellos se quedaron callados y al hacerlo, avalaron la opinión de los demás, se pusieron de su parte.

Mientras hiere a su víctima, el portador de malas noticias, o el que cuenta maldades, tiene dominada a la persona que lo escucha. Su habilidad consiste en parecer solícito, interesado en ella, verdaderamente indispensable. El que recibe una mala noticia tiene necesidad de más información, de ayuda, de consejos. Y tiende a aferrarse a quien está más informado, al que tiene más cerca, a quien parece participar de sus problemas. Es decir, al portador de malas noticias que puede parecer así un aliado, un salvador. Cuando, en cambio, éste aprovecha la situación a fin de profundizar la dependencia del otro y de aumentar su ansiedad. Hay personas que, literalmente, se dejan secuestrar y se entregan en las manos de su verdugo. Como esos pacientes hipocondríacos que llegan a ser esclavos de médicos deshonestos dedicados a aumentar sus miedos.

En el fondo, el portador de malas noticias es un pesimista, un escéptico que no cree en la bondad, en la buena fe. Dondequiera que mire, encontrará manipulaciones, intrigas, objetivos deshonestos. Cuando se nos acerca y nos susurra noticias de desventuras o maldades, desahoga su rencor envidioso contra nosotros, porque somos afortunados, felices. Quiere ponernos en su mismo nivel.



## 6) La autoconmiseración

La envidia no se expresa únicamente mediante la agresividad, la desvalorización de los demás, sino también en la forma opuesta, con la lamentación, la autoconmiseración. Habitualmente, cuando oímos que una persona llora, se lamenta, describe las vejaciones que sufrió, los obstáculos que encontró en su camino, las desgracias que le impidieron tener éxito, no pensamos en la envidia. Participamos de su sufrimiento y la compadecemos por el hecho de que no haya podido realizar todo lo que la vida le había prometido. Deberíamos identificarnos más profundamente con esa persona, hasta ver el mundo como ella lo ve. Entonces comprenderíamos el sentido profundo de su lamentación. Para quien siente semejante conmiseración, el mundo es, como para los tipos humanos descritos anteriormente, un lugar donde no se reconoce el mérito, donde el éxito, la riqueza, la felicidad misma, son el producto de favoritismos y de privilegios. El que siente autoconmiseración está convencido de que la sociedad lo trata injustamente y, en cambio, ha sido soberanamente generosa con los demás.

Si tenemos la paciencia de escuchar durante un largo rato a una de estas personas que se lamentan, advertiremos que, en realidad, tienen una alta estima de sí mismas. Se iluminan cuando hablan de su pasado, se enorgullecen de su coraje, de su astucia, de su generosidad, de las extraordinarias empresas que han realizado. Cuentan qué

precoces eran cuando niños, qué geniales cuando jóvenes, qué valientes como soldados, qué fascinantes en las fiestas. Luego, la negra fortuna, la sombría malevolencia de los hombres y la incompreensión del mundo se abatieron sobre ellos.

Si tenemos la paciencia de observarlas, veremos que estas personas plañideras son, en realidad, profundamente pasivas. No actúan, se limitan a mirar. No afrontan el mundo, no luchan, no se arriesgan. Quisieran que los demás se esfuercen por ellos. Si los demás no lo hacen se lamentan y los acusan de egoístas.

Si lo llevamos a nuestra casa y le mostramos nuestros objetos más preciados, advertiremos su mirada ávida, codiciosa, su rencor y hasta su odio, porque, a sus ojos, lo que nosotros tenemos no lo hemos merecido, mientras que ¡ellos sí que habrían tenido derecho! Por eso deberían quitárnoslo, arrancárnoslo de las manos. ¡Y eso sería sólo una pequeña reparación de la injusticia sufrida!

En realidad, estas personas devoradas por el deseo impotente han renunciado a luchar, a batirse, a merecerse el premio. Permanecen inmóviles, pasivas y se justifican a sí mismas convencéndose de que no hay nada que hacer porque el mundo es estructuralmente inmoral. Todos aquellos con quienes entran en contacto, todos los que triunfaron, los que tienen lo que ellos desean, son el testimonio evidente de esta injusticia, de esta vergonzosa inmoralidad. Esa autoconmiseración, ese lamento, es una excusa: el mundo es cruel, el mundo es malo, por lo tanto no mereces lo que posees, deberían quitártelo...

## 7) Las honras

Tendemos a suponer que cuando una persona tiene éxito, cuando sobresale en la jerarquía social, ya no tiene razones para experimentar envidia. No es verdad. Incluso es más cierto lo contrario.<sup>2</sup> No sentía envidia antes, cuando comenzaba a triunfar. Experimentaba entonces un cálido sentimiento de satisfacción, de plenitud. Pensaba que el mundo le tenía reservado algo por lo que, de todos modos, valía la pena luchar, aun corriendo el riesgo de salir derrotado.

Pero, cualquier éxito, una vez obtenido, tiende a esfumarse. Se esfuma porque el tiempo pasa y los demás lo olvidan. Se esfuma porque lo que nos produce alegría es el acto de triunfar y para volver a experimentarlo debemos afianzarnos en otra meta, con otro objetivo. Se esfuma porque, alcanzada una frontera, nos imponemos otra más difícil. Se esfuma porque ha pasado nuestro cuarto de hora y ha aparecido otro que quita brillo a nuestra fama, a nuestro prestigio, a nuestra riqueza. Procuramos entonces consolidar nuestra posición, hacerla irreversible. Tratamos de estabilizarla, de hacerla perpetua, a fin de no tener ya que depender del reconocimiento de los demás, de sus humores, de sus juicios.

El audaz intenta formar parte del consejo de administración de las sociedades más importantes, estrechar vínculos y alianza, incluso matrimoniales, con las familias dominantes. El propio

<sup>2</sup> Véase Aristóteles: *Retórica*, *op. cit.*

Napoleón, después de la victoria, trató de consolidarla, emparentándose con las familias reinantes de Europa. No quería estar continuamente obligado a dar pruebas de su capacidad, no quería estar obligado a "triunfar siempre". Aspiraba a la serena legitimidad del emperador de Austria que permanecía igual ocurriera lo que ocurriese.

A fin de obtener esta seguridad, otros intentan aplastar cualquier oposición que surja en su propio partido o, si controlan un país, toda oposición que surja en el sistema político. Poco a poco, el triunfador se transforma en un tirano que mira de manera recelosa toda manifestación de disenso o de autonomía de pensamiento. Destruye la oposición, acalla las voces críticas de los amigos, se rodea de cortesanos.

El hombre de ciencias, el artista, el escritor, en cambio, van en busca de los premios, de los lauros *honoris causa*, acumulan todo tipo de reconocimientos, a fin de armarse de un "patrimonio" de honores. De ese modo intentan objetivar su valor y sustraerse al juicio de los demás, a sus cambiantes opiniones. Quieren que todos, absolutamente todos, se inclinen ante sus valores, enmudezcan ante su excelencia.

Este es el significado de las honras: proteger a su portador contra las comparaciones, contra las vicisitudes sociales. Llevarlo a la región de los valores indiscutibles a la cual pertenecen muy pocas figuras de la humanidad como Hornero, Platón, Aristóteles, Dante, Mahoma, o Buda. Figuras sagradas, divinizadas.

Cuando la gente busca este tipo de reconoci-

miento quiere decir que es envidiosa. Recuerdo un estudioso que había recibido, merecidamente, el premio Nobel. En ocasión de un seminario, todos debíamos presentar nuestro *curriculum vitae*. Todos escribimos apenas una página. El podría haber escrito menos todavía, ya que era mucho más conocido que nosotros.

En cambio, con gran estupor, advertí que había presentado cinco páginas completas en las cuales había enumerado todos sus títulos académicos, todas las menciones de los congresos en los que había participado, todos los cursos de enseñanza que había hecho como *visiting professor*, todos los honores y las medallas recibidas, todos LOS lauros *honoris causa*. ¡A mí se me oprimió el corazón! Quería decir que tenía necesidad de todos esos reconocimientos, que dependía de ellos. ¿Con quién se comparaba? ¿Con todos sus colegas, con los grandes del pasado, quizá también con los que estaban surgiendo?

¡Oh, sí, este hombre tan famoso, era envidioso! Terriblemente envidioso de todos aquellos que podían igualarlo o que podían superar su fama. Esa lista de honores era una especie de baluarte insuperable, una muralla china, destinada a resistir los asaltos de la competencia. Vivía como Tiberio en su palacio de Capri, sospechando de cada súbdito de su imperio.

No. La ascensión en la jerarquía social no es un remedio contra la envidia, sino más bien un factor que la provoca. Los hombres célebres no eran envidiosos en su juventud, cuando luchaban, cuando esperaban, cuando creaban. Cuando

no tenían nada que perder. Pero quien tiene algo que perder, quien quiere conservar lo que ha obtenido, es envidioso. El envidioso es un pariente cercano del avaro.

¿No ha notado acaso el lector cuánta gente rica, poderosa, de éxito es mezquina? ¿Y que no es capaz de demostrar verdadera generosidad? Eso ocurre porque esta gente solo piensa en conservar la propia gloria, el propio patrimonio de dinero o de notoriedad. Por supuesto, no todos son así, hay excepciones. Pero la mayor parte se mantiene a la defensiva, es recelosa. El político famoso mira con recelo al joven brillante que afirma su imagen en una reunión del partido. Instintivamente lo considera un rival. Por eso, en cuanto puede hacerlo, lo desvaloriza. Exactamente lo mismo ocurre con el escritor famoso, el músico de éxito, el filósofo notable. Miran en derredor, ansiosos y si ven a alguien realmente capaz, tratan de destruirlo inmediatamente, antes de que pueda hacerles sombra, quitar brillo a su fama.

## 24 Cuando la envidia desaparece

La envidia aparece, lo hemos dicho varias veces, cuando el Yo se separa de la colectividad y e contrapone a los demás para afirmar su propio valor, su excelencia, sus pretensiones. Esta actividad puede llamarse narcisismo, orgullo o soberbia. En realidad, la envidia es, sobre todo, un estado de soledad, de pérdida de relaciones, de raíces, de sentido. El envidioso trata de sustituir estos vínculos cortados con un acto solitario de agresión, un acto de guerra privado. Llevado a cabo, sin embargo, fuera de los valores, fuera de las reglas sociales. Y, para tener la ilusión de formar parte todavía del cuerpo social, de tener el apoyo de los otros, se miente a sí mismo y a los demás.

El envidioso es un exiliado del mundo que miente ante el juez a fin de que se lo vuelva a admitir en él. Pero, puesto que ese juez es él mismo, cuanto más miente, más excluido se siente.

Si la envidia es un abandono de lo social, ella desaparecerá cuando lo social vuelva a imponerse al individuo, lo admita nuevamente en el

gran cuerpo colectivo. Entonces su sí mismo desecado, árido, ávido de valor, se siente, imprevistamente enriquecido. Fluye en él una energía sobreabundante. Al reconocerse en los objetos de amor colectivos, al identificarse con ellos, al combatir por un valor diferente de él mismo y que lo trasciende y lo encierra, el individuo siente que, milagrosamente, la envidia desaparece. Desaparece en una noche, al despuntar el día o hasta en un instante, en el momento preciso en que nos olvidamos de nosotros mismos, de nuestro Yo aislado y del problema de lo que es estimado y de lo que tiene valor.

### 1) Las multitudes y la fiesta

La situación más sencilla de inmersión en lo colectivo está representada por el gentío que se reúne en una manifestación o bien en un estadio. No es nuestra tarea reconstruir aquí la psicología y la sociología de las multitudes, sobre las cuales tantos autores han escrito, desde Le Bon a Moscovici.<sup>1</sup> Únicamente nos interesa la rápida fusión del sí mismo individual con una entidad más grande, el imprevisto latir del corazón individual en sintonía con otros corazones, volcados todos a una meta común o, en el estadio, identificándose con el jugador que, en ese momento, corre hacia el arco adversario. Y, de las muchedumbres, nos

<sup>1</sup> Véase sobre este tema la reseña de A. Mucchi Faina: *L'abbraccio della folla*, Bolonia, Il Mulino, 1983.



interesan sobre todo las que se producen regularmente cada semana en ocasión de las competencias deportivas. Competencias esperadas y preparadas por largas discusiones y seguidas luego por festejos, críticas y comentarios hasta la nueva cita en el estadio, hasta la nueva inmersión en la fuerza concreta, física de lo colectivo.

El espectáculo deportivo no tiene ninguna propiedad revolucionaria. Es una institución completamente fija, regular, codificada. Pero también representa una suspensión de todas las reglas cotidianas de clasificación, de valoración y de competencia interpersonal. Los espectadores son todos iguales, y hasta, físicamente, están sentados uno junto a otro, "cercaños". Cuando forman la "onda" se ponen de pie todos al mismo tiempo y se abrazan, insultan, lloran, ríen, seguros de que nadie sancionará socialmente esta conducta. Los espectadores están viviendo unas vacaciones del mundo cotidiano y de sus leyes.

Ninguna sociedad puede vivir si periódicamente no logra anular sus reglas de vida, si no crea espacios y ocasiones para infringir esas reglas. Los sociólogos franceses de Durkheim a Vlass, a Bataille, a Caillois,<sup>2</sup> se dieron cuenta de que es necesaria la disipación, la infracción, la mezcla, el desorden, aunque sean periódicos o rituales, para revitalizar las instituciones. Sin este

<sup>2</sup> Roger Caillois: *L'Homme et le sacré*, París, Gallimard, 1950; G. Bataille: *L'erotismo*, Milán, Sugar, 1967. [Hay versión en castellano: *El erotismo*, Barcelona, Tusquets, 1982, 3ª ed.]

desafío, sin esta irrigación emocional, sin esta recreación de la fusión colectiva, toda institución se desgasta, se diseca. Para mí, esta propiedad misteriosa de todas las sociedades, se explica por la necesidad de renovación continua que pasa a través de la muerte y el renacimiento, la falta de diferencias y una nueva diferenciación.<sup>3</sup>

La experiencia de fusión colectiva en el estadio es el grado mínimo de esta experiencia, el más inocuo, el más disciplinado, porque, después del partido, cada uno vuelve a ser el mismo de antes. En el nivel de relación entre dos personas, esta experiencia correspondería, no al acontecimiento explosivo e imprevisible del enamoramiento, sino al acto sexual, al orgasmo, en el cual se funden, por un momento, dos cuerpos, dos almas que se dan placer directamente, sin intermediarios.

Grado mínimo de la fusión colectiva, nivel inocuo, institución pura. No obstante, fundamental para el metabolismo psíquico del individuo que, al formar parte de una multitud, vuelve a conectarse con su matriz colectiva, se olvida del agotador confin de su Yo privado, su pesada separación y, por lo tanto, olvida la envidia.

Desde este punto de vista, pueden considerarse análogas las experiencias que se obtienen en las discotecas, en los grandes recitales de rock, en los períodos de desenfreno colectivo durante las vacaciones, cuando los jóvenes corren toda la noche de una fiesta a la otra, de una dis-

<sup>3</sup> Véase F. Alberoni: *Statu nascenti*, Bolonia, Il Mulino, 1968.

coteca a la otra, mientras se buscan, se cortejan y vuelven a correr hasta que amanece, y hacen lo mismo el día siguiente y así sucesivamente durante días y días hasta la extenuación, o sea, hasta cuando vuelven a casa ya sin fuerzas y dicen: "¡Cómo me divertí!". Es el despilfarro del que habla Bataille, el exceso, lo orgiástico que menciona Maffesoli, lo dionisiaco.<sup>4</sup>

## 2) El rito

El rito, sobre todo en la forma de las grandes fiestas religiosas de la antigüedad o de los pueblos primitivos,<sup>5</sup> constituye el segundo nivel de fusión colectiva. También en este caso, el individuo se olvida de sí mismo, se sumerge en el flujo de la vida social pero aquí el asimiento y el despojamiento son extraordinariamente mayores. Y no duran algunas horas o algunas noches. No se cumplen en el propio ambiente habitual, conocido y tranquilizador. El individuo se siente arrastrado a otra dimensión, la dimensión sagrada, donde hay otro espacio y otro tiempo, en los cuales se manifiestan potencias que aniquilan y que embelesan, fuerzas terroríficas y sublimes, ante las

<sup>4</sup> M. Maffesoli: *L'ombra di Dioniso*, Milán, Garzanti, 1989.

<sup>5</sup> Véase E. Durkheim: *Le forme elementan della vita religiosa*, Milán, Comunitá, 1963 [Hay versión en castellano: *Las formas elementales de la vida religiosa*, Tbrrejón, Akal, 1982.] y V. Lanternari: *La grande festa. Storia del capodanno nelle civiltá primitive*, Milán, Il Saggiatore, 1959.

cuales el hombre no es nada y que, sin embargo, lo fascinan, lo seducen, le imponen un pavor reverente. Esto es el espanto, el *tremendum*, del que habla Otto, pero que también es el *fascinans*, el *mirum*, lo "que nos eleva y nos lleva consigo, que nos revela nuestro fundamento, nuestra naturaleza, y nos salva."<sup>6</sup>

La gran fiesta antigua es un rito que puede durar meses, una inmersión total en esta otra realidad, en la cual el mundo profano se disuelve, se esfuma y se recrea. La gran fiesta es siempre fiesta de año nuevo, muerte y renacimiento del mundo, en la cual todo se revitaliza precisamente porque pasa a través de lo indistinto de la muerte, de la indiferenciación de la confusión, pero se recrea modelado por las potencias ordenadoras que sacuden el cosmos, y se vuelve hermoso como el primer día, el día de la creación.

La fiesta antigua no pone en tela de juicio el orden social, no lo subvierte, no lo revoluciona. Lo disuelve en el crisol de lo sagrado a fin de salvarlo, de hacerlo resurgir renovado. Pero esta necesidad de disolución y renacimiento anticipa el gran tema de las religiones de salvación, el éxodo y el reino, la muerte y la resurrección, el fin y el nuevo comienzo del cosmos, el *shevirat hakeilim* y el *tikkun*, la restauración de la unidad inefable de Dios de la cabala.<sup>7</sup>

<sup>6</sup> R. Otto: *II sacro*, op. cit.

<sup>7</sup> G. Scholem: *La cabala*, Roma, Edizioni Mediterranee, 1988. [Hay versión en castellano: *La cabala y su simbolismo*, Madrid, Siglo XXI de España, 1979, 2ª ed.]

En el rito religioso la desaparición de la envidia no se limita al preciso tiempo ceremonial, a solidaridad colectiva se prolonga mucho más allá, imprime deber moral a la vida cotidiana, se hace mandamiento, deber, práctica del altruismo, el amor. En la cumbre de todas las grandes religiones encontramos instituciones comunitarias, inóbiticas en las cuales se alcanza un ideal de perfección ética, de desapego del mundo, de los deseos, del egoísmo y, por lo tanto, también de la envidia. Mientras la fiesta es una tregua de la vida cotidiana, una interrupción, el rito y, de manera más general, la institución religiosa se proponen prolongar las propiedades regeneradoras de relación con lo absoluto y las convierte en el fundamento de toda otra acción, procura transformar la ciudad terrenal en la ciudad de Dios.

En la realidad concreta, sin embargo, las instituciones se petrifican, la mayor parte de los ritos pierde su significado y la moral misma queda vacía de contenido si, periódicamente, no aparecen movimientos capaces de renovarlas.

### ) **La guerra**

El fenómeno social que produce la más amplia y más rápida fusión colectiva, y por lo tanto desaparición de la agresividad recíproca, de la envidia y la aparición de un difuso, exaltante, sentido de fraternidad, extendido a toda la comunidad, es la guerra. Durante la guerra la solidaridad de la tribu, de la ciudad, de la nación, se re-

compone frente a un enemigo que aparece como el foco y la causa de toda maldad y de todo mal. Este proceso de alienación de la agresividad dirigida hacia otro es una propiedad de la mente humana. Según Fornari,<sup>8</sup> siempre somos ambivalentes respecto de nuestros objetos de amor y de identificación. Tenemos motivos de rencor, de lamento y de envidia, incluso contra nuestros hijos, nuestros padres, nuestros amigos, contra nuestro partido, contra nuestra iglesia, contra nuestro gobierno, y contra nuestra patria. Esta ambivalencia provoca dudas, sufrimiento. En la guerra la ambivalencia desaparece gracias a un mecanismo de *escisión*, por el cual todos nuestros objetos de amor continúan siendo buenos, inmaculados y toda la agresividad, todo el mal, se le atribuye al enemigo.

Entonces, cuanto más despiadado y cruel nos parece el enemigo, tanto más buenos, injustamente perseguidos y oprimidos nos parecen los nuestros. Por lo tanto, desaparece todo resentimiento, todo antagonismo relacionado con ellos. Se produce la fusión colectiva; los individuos olvidan sus propias preocupaciones personales y están dispuestos a morir por esta entidad colectiva, con la cual se sienten totalmente identificados y a la cual consideran fundamento y razón de la propia existencia.<sup>9</sup>

<sup>8</sup> F. Fornari: *Psicoanalisi della guerra*, Milán, Feltrinelli, 1963.

<sup>9</sup> Sobre la guerra y particularmente sobre la movilización bélica, véase el célebre libro de G.: Bouthoul, *Le guerre*, Milán, Longanesi, 1960.

Por eso, la guerra es la fiesta por excelencia, la fiesta suprema, el rito último, total, en el cual la colectividad pide a sus miembros el renunciamiento a todo, incluso a la vida. Durante milenios fue considerada como la culminación de la vida social, el momento más grande, más noble, más sagrado de fundación de la solidaridad colectiva. Por eso la guerra siempre estuvo vinculada con la religión y conducida en el nombre del dios. El "dios lo quiere" cristiano, la *Jihad* islámica, el "*Got mit uns*" alemán sólo son diferentes maneras de expresar la misma radical experiencia de identificación con lo absoluto.

#### 4) El movimiento

Para la mayor parte de los sociólogos, la guerra —o uno de sus equivalentes: la lucha de clases, la lucha política o el enfrentamiento con un adversario— es la única situación en la cual se forma rápidamente una solidaridad colectiva. Contra esta idea, he sostenido la tesis de que, en realidad, la guerra es, también ella sola, una institución, una institución persecutoria, por lo tanto capaz de volver a afianzar una unidad que ya existía, pero incapaz de crear *ex novo* una entidad social solidaria y duradera. Esta propiedad la tienen únicamente los movimientos, gracias al proceso de *estado naciente* del cual surgen.

La fiesta, el mito, la guerra producen una modificación temporaria del individuo. Este se

olvida de sí mismo, se funde en la colectividad, se pone a su servicio, pero una vez terminado el proceso, vuelve a ser el mismo de antes. Si hay un cambio duradero, éste se produce lentamente, como en el caso de una larga guerra, de la cual los hombres salen transformados porque han pasado por experiencias nuevas y conmovedoras.

Por el contrario, en el estado naciente del movimiento, el cambio se produce al comienzo. El individuo entra en el movimiento porque sufre una violenta mutación interior, una conversión, una auténtica muerte seguida del renacimiento. En el estado naciente, el grupo deriva de la confluencia de personas que, mediante esta metamorfosis, viven una extraordinaria experiencia intelectual y emocional que las lleva a reconocerse.<sup>10</sup> El estado naciente se contrapone no a un enemigo, sino a lo que existe y trata de transformarlo y renovarlo radicalmente. Por eso en la experiencia del estado naciente se constituye también el modelo ideal de una sociedad en la cual ya no hay odio, rencor, ni envidia. Ya hemos hablado acerca de la igualdad y el comunismo. Precisamente en el estado naciente de los movimientos la humanidad ha soñado con poder quitar de sí todo tipo de maldad, con alcanzar un nivel más elevado de perfección intelectual, estética y moral.

<sup>10</sup> Es la experiencia fundamental descrita en *Genesis, op. cit.*, págs. 90-133.



## 5) Enamoramiento

El más simple de los movimientos, en el cual el estado naciente une solamente a dos personas, es el enamoramiento. Ya hemos hablado de ello y hemos visto que en ese caso en modo alguno puede haber envidia.

Cuando estamos enamorados, adquirimos una extraordinaria capacidad de ver, de oír, de sentir, de participar. Los colores son más vivos, las músicas más intensas, los sentimientos más vibrantes, los rostros que encontramos más hermosos, más interesantes. Entonces toda la vida del mundo, todas sus infinitas formas nos atraen, nos hablan. Nuestra alma acoge todas las cosas, las reconoce y las admira.

Nos detenemos a escuchar el relato de un anciano, miramos con ternura el rostro de un niño, sabemos captar la extraordinaria belleza de una brizna de pasto que se curva con el viento, los reflejos de un charco. Nos conmovemos intensamente leyendo una poesía, comprendemos el significado profundo de una fábula, de un cuento. Nos sentimos contentos por quien está contento, felices por quien está feliz, solícitos con el que sufre. Y no nos preocupamos por nosotros mismos. No tenemos miedo, no le damos importancia a las molestias, somos tolerantes con quien se muestra descortés y reímos de quien se muestra arrogante. Los insultos no nos llegan, no nos asustan los obstáculos. Estamos dispuestos a aceptar tanto la buena como la mala suerte.

Acogemos toda cosa hermosa e importante

que se nos aparezca, venga de quienquiera. Estamos dispuestos a admirar la superioridad, la excelencia, en la forma que se nos presente. Estamos abiertos, estupefactos ante la belleza, ante la inteligencia, ante la creatividad y las recibimos con alegría, con reconocimiento. Nos sentimos alegres con cada conquista, con cada victoria, con cada meta superada. Amamos todo lo que es elevado y tiende hacia lo alto, sin escoger, sin rechazar, y sin, sobre todo, compararlo nunca, absolutamente nunca, con nosotros mismos.

## 25 Superar

### la envidia

En los procesos colectivos que acabamos de describir, la envidia desaparece porque nos olvidamos de nuestro Yo y del problema de su valor. Ya no nos comparamos con los demás, sino que, junto con ellos, nos identificamos en una entidad que nos trasciende.

Estas fuerzas colectivas; sin embargo, se presentan, con frecuencia, de manera irracional y violenta y se sustraen a nuestra voluntad. No somos libres de convertirnos a una fe religiosa o política, no podemos enamorarnos a voluntad. La mayor parte de nuestra vida transcurre en lo cotidiano. Pero precisamente es entonces, en la vida cotidiana cuando no ocurre nada, cuando nada nos arrastra fuera de nosotros mismos, pues, cuando sentimos la necesidad de indicaciones que nos permitan liberarnos de la envidia, utilizando la inteligencia.

Se suele decir que en el mundo del espíritu no existen recetas, reglas fáciles. Debemos absolutamente dudar de los manuales y de los consejos. El camino maestro es únicamente el camino

de la observación y de la reflexión sobre nosotros mismos, mediante los instrumentos intelectuales que poseemos.

Por eso este libro podría terminar aquí, no agregar nada más. Que cada uno recoja los frutos del mejor modo posible de lo que aprendió en él, si es que había en él algo que aprender.

Sin embargo, me parece que se puede dar un pasito más adelante. Podemos recapitular algunos de los puntos ya estudiados a fin de buscar en ellos una indicación, una sugerencia para la acción, una huella que nos puede servir de *guía*.

### 1) Animo

Todos los seres humanos tratan de sobresalir por encima de los demás, para ser preferidos, amados, admirados, adorados. Es un certamen no declarado, una competencia implícita, en la que, no obstante, siempre hay un ganador y un perdedor.<sup>1</sup> La envidia es una reacción ante la derrota, es el intento de negarla y para hacerlo buscamos deméritos en los que nos han superado, los condenamos moralmente y al mismo tiempo condenamos al mundo que los ha valorizado. La envidia, como ya lo hemos visto, es el intento forzoso, arbitrario, de encontrar un orden moral incluso en las esferas de la vida en las que no existe dicho orden.

Los griegos habían comprendido claramente

<sup>1</sup> Eugène Raïga: *L'envie*, *op. cit.*, pág 2.

que hay esferas de la existencia en las cuales los resultados dependen del mérito de los hombres, y otras, en cambio, en las cuales la capacidad y la virtud no tienen ninguna importancia porque pertenecen al dominio de la *moira*, el destino, en las cuales todas las explicaciones carecen de sentido y todas las comparaciones son imposibles.

Los seguidores de las religiones monoteístas apelan a la inescrutable voluntad de Dios o a su misteriosa predestinación.

Por eso, todos estamos llamados a dar lo mejor de nosotros mismos, a brindarnos, a prodigarnos, a luchar, pero teniendo clara conciencia de que no fuimos nosotros autores de lo que somos: varones o mujeres, blancos o negros, europeos o asiáticos, sanos o enfermos; con la conciencia de que nuestras virtudes y nuestros valores dependen de la sociedad en la que nacimos, de la época histórica en la que vivimos. Es muy poco lo que podemos atribuir totalmente a nuestro mérito.

El envidioso hace exactamente lo contrario. Busca siempre una razón de mérito para sí, de descrédito para el otro y, para justificar su propio fracaso, ve engaños y enredos por todos lados.

Si queremos sustraernos a esta debilidad debemos tratar de cultivar en nosotros mismos la capacidad de afrontar, con serenidad, tanto la fortuna como los infortunios, de afrontar impávidos hasta el resultado más absurdo, más amargo. Podemos llamar a esta virtud, fuerza de ánimo, que es una forma de la valentía. Valentía en la lucha, valentía ante la derrota, valentía ante la catástrofe.

El envidioso siente lástima de sí mismo, se lamenta. Para triunfar sobre la envidia, debemos aprender a no hacerlo, ni siquiera cuando tenemos razón, ni siquiera cuando nos sentimos profundamente heridos. Hasta el niño aprende a no lloriquear, a controlarse. Y, poco a poco, su miedo desaparece.

Es una actitud de firmeza, que alguna vez se llamó viril. Es la disposición de ánimo con la que el guerrero afronta la batalla. El sabe que la muerte no obedece a una ley moral, no hiera a los malvados y evita a los justos. Llega por casualidad, por una bala perdida, por una bomba que estalla ahí, muy cerca.

El guerrero sólo debe vencer el miedo, combatir valientemente, con los sentidos vigilantes, la mente lúcida, el cuerpo dispuesto a dar el salto. Y pensar lo menos posible en sí mismo.

## 2) Emulación

La envidia es un mecanismo de defensa, una huida para evitar una confrontación de la que nos sabemos perdedores, en la cual nos sentimos derrotados. El envidioso escruta con recelo a todos aquellos que sobresalen, que se destacan, a todos aquellos que han hecho algo bueno o hermoso. Los desvaloriza, se mofa de ellos, los ofende, los difama. De ese modo no está obligado a medirse con ellos. Se refugia en la maledicencia.

Una manera de superar la envidia es decidir hacer exactamente lo contrario. También encon-

tramos aquí la valentía y, en su forma más sencilla, directa, como virtud del comienzo.<sup>2</sup> Dominar nuestra repugnancia y mirar con atención a aquellos que son mejores que nosotros a fin de aceptar el desafío que ellos nos lanzan con su ejemplo. Elegir el camino de la emulación, sin tener la absurda pretensión de llegar pronto a la cima, de conquistar el primer puesto. Porque eso se llama desconsideración, arrogancia, soberbia. Aceptar el desafío significa, ante todo, fijarse objetivos posibles, metas alcanzables. El deporte no les exige a todos alcanzar la medalla de oro en las Olimpiadas, sólo exige competir, desempeñarse del mejor modo posible, cada uno en su categoría, cada uno en el campo de sus posibilidades.

Del Maratón de Nueva York participan los grandes campeones olímpicos, pero también lo hacen millares de ciudadanos comunes, y hasta los inválidos en sus sillas de ruedas. Estos no se proponen llegar primeros, *x* ero de todos modos luchan para alcanzar la meta, para mejorar su marca anterior.

Los anima el gusto por la competencia, el placer de superar un obstáculo, la alegría de desempeñarse lo mejor posible.

Pero el ejemplo más grande de superación de la envidia en la sociedad moderna es el que ha dado la competencia económica. Las empresas que compiten, se escrutan, observan con mucho cuidado las mejoras que alcanzan las demás a fin

<sup>2</sup> V. Jankélévitch: *Trattato delle virtù*, Milán, Garzanti, 1987, págs. 123-124.

de imitarlas, neutralizarlas, derrotarlas. En lugar de desviar la mirada ante el éxito del adversario, lo estudian profundamente a fin de comprender qué estrategias ha empleado. Todas las grandes escuelas de *business administration* se fundan en el estudio de casos concretos.

En la competencia económica el éxito del otro produce no desesperación, envidia y difamación. Sino interés, investigaciones de las cuales surgen preciosas enseñanzas.

Esta es la extraordinaria fuerza que, mediante la competencia, produce el continuo mejoramiento de las técnicas, de la calidad y, por lo tanto, el progreso.

En la ciencia experimental se cumple un proceso análogo. El científico aprende rápidamente a dejar de lado su perversidad envidiosa y a utilizar el resultado de su colega como un nuevo punto de partida.

El deporte, la competencia económica y la investigación científica son los tres grandes sectores en los cuales la sociedad moderna ha logrado neutralizar la envidia. Por eso, esos sectores nos ofrecen el modelo que podemos usar en nuestra lucha personal contra este sentimiento paralizante.

La envidia es una estratagema para sustraerse a la confrontación, para conservar nuestro valor sin exponernos, sin arriesgarnos, manteniéndonos bien protegidos, en lugar seguro, circundados por una red protectora de mentiras, mientras intoxicamos el ambiente exterior con el gas venenoso de la maledicencia. A fin de doble-



garla debemos salir a la luz, exponernos al riesgo, y, finalmente, mirar al enemigo a la cara. Suponiendo que realmente se trate de un enemigo y no de un conjunto de fantasmas productos del miedo.

En la competencia estamos obligados a permanecer vigilantes, atentos, a modelarnos según el parecer del mundo externo, a captar todas sus pequeñas vibraciones. Y, al Hacerlo, admitimos que estamos obsesionados por nosotros mismos y por el insoluble problema de nuestro valor.

La envidia es un atasco de nuestro impulso vital, un vórtice que absorbe nuestras energías. Para poder salir de él debemos revertir el movimiento desde el interior hacia el exterior, de lo cerrado a lo abierto, de la conservación al desprendimiento, del miedo a la valentía. Todo esto equivale a zambullirse nuevamente en el impulso de vida. La vida que avanza feliz, riesgosa, ávida, una vida que ha perdido la rigidez de los resultados, las fórmulas, los objetos que hay que conservar.

### **3) Sinceridad**

El envidioso miente. Se miente a sí mismo cuando desvaloriza a la persona que admira, miente ante los demás a fin de esconder su envidia, de parecer desinteresado, objetivo.

Mentira y mala fe constituyen una telaraña en la cual el envidioso queda enredado y de la cual no logra salir. La liberación requiere que se

rompa esta telaraña, que se empiece a ver la envidia en uno mismo y para ello hay que decirse claramente: "Sí, soy envidioso. Lo que digo y lo que pienso es producto de la envidia."

El envidioso es un fullero que no admite su condición, mientras acusa a todos los demás de tramposos. Si reconoce que él lo es, por lo menos ya no puede indignarse con los demás, ya no puede desempeñar el papel de moralista.

El trabajo del envidioso, como hemos visto, falla porque él no se siente seguro de sí mismo. Trata de convencerse y de convencer a los demás, pero la duda reaparece. La mala fe es una estrategia para acallar las dudas, que, sin embargo, permanecen como un rencor y piden la palabra. Por lo tanto, es mejor dejarlas hablar abiertamente, abrirles la puerta y reconocer, por lo menos ante nosotros mismos, el engaño que hemos urdido.

Quien admite ser envidioso y, por lo tanto, admite que miente, ya ha derrotado a medias el trabajo de la envidia. Y puede experimentar un profundo sentimiento de alivio por no tener que continuar con un juego que lo envilece.

En cambio, es verdad que resulta mucho más difícil admitir nuestra envidia ante los demás. Porque ello equivale a decir: "Cuidado que soy un mentiroso, que cuando emito un juicio no lo hago de manera objetiva, sino que trato de engañar." Es una confesión, dura, heroica y resulta muy difícil aconsejarla aunque, en algunos casos, quizá fuera saludable.

Lo que en cambio no sirve y hasta resulta

contraproducente es explicar la envidia misma, encontrarle una motivación. Por ejemplo, atribuirle a alguna experiencia infantil, transferencia de una emoción experimentada hacia los hermanos o los padres. Porque toda explicación es una legitimación. La moral es el campo de la voluntad y de la libertad. Todo lo demás le estorba y le pone obstáculos.

#### 4) **Apertura**

Hemos visto que se necesita fuerza de ánimo para afrontar la suerte, valentía para volver a empezar después de una derrota, transparencia para admitir la propia mezquindad. Y también es necesaria una cualidad que no tiene nada que ver con la fortaleza, sino que está relacionada con la apertura, el optimismo, la alegría. Una cualidad solar que nos lleva hacia los demás. Un impulso vibrante hacia todo lo que, espontáneamente, estaríamos dispuestos a admirar.

La envidia es una fuga de aquello que deseamos, de aquello que estamos dispuestos a amar. Porque no soportamos el hecho de verlo encarnado en otra persona. Porque hemos abierto un abismo insalvable entre esa persona y nosotros.

Pero esta fractura, esta separación del objeto, llega a ser automáticamente una separación de nosotros mismos, de la matriz ardiente de nuestros deseos y de nuestros sueños, que ya no podemos alimentar, nutrir.

En su esencia, la vida es una continua asi-

milación de los demás, de lo nuevo. Si ese proceso se interrumpe, si el organismo quiere seguir siendo él mismo, sin absorber en su interior el mundo externo y sin perderse, sin renovarse, se detienen sus catabólicos, su metabolismo se desacelera, se envenena y muere. La envidia es una enfermedad del proceso de renovación vital. Es una enfermedad del envejecimiento.

Puede aparecer a cualquier edad. Porque hay un envejecimiento en cada período de la vida, del mismo modo en que en cada período de la vida hay fases de renovación, de renacimiento, de juventud. Los espíritus creativos son capaces de recrear en su interior una frescura extasiada ante el mundo. Una mirada ingenua, infantil, que observa cada cosa como si lo hiciera por primera vez. Que descubre el misterio, la profundidad, la riqueza de cada ser viviente.

Tenemos esta mirada en ciertos estados de gracia. Pero también podemos cultivarla en nosotros mismos dominando voluntariamente la presunción de saber, la indiferencia, el cinismo, los prejuicios, las ideologías, los rencores, todas las murallas, las barreras, los obstáculos que nos impiden encontrar a los demás, darnos cuenta de que experimentan nuestra misma alegría y nuestras mismas angustias. Que en realidad, las diferencias que nos separan de ellos no son nada, sólo son fantasmas de nuestra imaginación.

En el fondo, todos nosotros tenemos una tendencia a mirarnos mutuamente rechinando los dientes. La envidia es un rechinar de dientes ante quien se nos acerca, ante quien nos supera, an-

te quien se nos adelanta aunque sólo sea un paso. Pero la civilización ha crecido comprendiendo al otro, identificándose con él, participando de su vida, adquiriendo su diversidad.

Esta no es una invitación genérica a querer a todo el mundo. No podemos amar a cualquiera. Es justo y legítimo reconocer a nuestros enemigos y combatirlos. Pero, aunque sean nuestros enemigos, podemos comprenderlos, apreciar sus valores, estimarlos. Con los enemigos hasta se pueden hacer las paces, y, algunas veces, establecer una amistad duradera.

Lo que debilita el ánimo no es la claridad de la lucha, sino el caldo de cultivo de la mala fe, el rumiar rencoroso, el carácter obtuso del espíritu, la miseria moral. Es mejor tener una actitud mental abierta, disponible, aun a costa de pecar de simple o de ingenuo. Para corregir un cinismo y un pesimismo paralizantes, es necesario correr el riesgo de la pureza del corazón.

## **5) Imparcialidad**

La envidia es una parodia de la justicia. Se viste con sus ropajes a fin de difamar. El envidioso está siempre dispuesto a indignarse, a estigmatizar. Junto con la maledicencia, esta característica confiere un sello inconfundible a su personalidad.

No puede buscarse la respuesta psicológica y moral a este vicio, a esta debilidad, apelando genéricamente a la bondad de ánimo o a la com-

preensión, sino que sólo puede encontrarse en la rigurosa aplicación de un criterio racional de justicia.

En este tema tenemos tres caminos maestros." Uno señalado por Bentham, el utilitarismo, nos prescribe actuar de manera tal que aumentemos al máximo de nuestras posibilidades la felicidad colectiva. Este criterio puede aplicarse con relativa facilidad en la ética pública, pero poco nos ayuda en nuestras relaciones con un individuo como en el caso de la envidia. Y la mala fe envidiosa puede encontrar fácilmente argumentaciones en su favor, descubrir una utilidad colectiva donde le conviene.

El segundo camino es el señalado por Kant: "Procede basándote en la máxima que quisieras que se adopte como ley universal".

En la conducta concreta este imperativo es, sin embargo, de difícil aplicación y se presta a ser utilizado por la mala fe. Con frecuencia, el envidioso se siente con el espíritu de un cruzado y quiere erigir en norma universal su mala disposición y su rencor.

Por esa razón en nuestro texto nos hemos referido muchas veces a la *posición fundamental* de Rawls, en la cual debemos establecer el criterio de justicia sin saber cuál es nuestra posición. Sobre todo, sin saber si nos encontramos del lado del envidioso o del envidiado, del que tiene éxito o del que no lo tiene.

<sup>3</sup> Véase F. Alberoni y S. Veca: *L'altruismo e la morale*, *op. cit.*

En su más elemental aplicación práctica, este principio requiere que me ponga en el lugar del otro, lo coloque a él en mi lugar y no pronuncie ningún juicio hasta haber hecho mentalmente este experimento de buena fe.

Todo esto sólo es posible si respeto al otro, si respeto su ser. Todo ser humano merece este respeto, porque vivir es difícil, implica dolor, requiere esfuerzos, cansancio. Siempre debemos tenerlo presente cuando hablamos con otra persona, cuando la juzgamos, cuando observamos lo que ha realizado.

A veces quedo sorprendido y ofendido cuando oigo que alguien juzga en un tono de aprecio y estima a un gran director, a un gran escritor o un gran filósofo. Dejo a un lado, con superficialidad, después de apenas hojearlo, un libro que ha costado años y años de trabajo. ¿Con qué derecho faltamos tan profundamente el respeto al trabajo ajeno?

Imparcialidad significa prestar a cualquier otro la misma atención y el mismo respeto que justamente pido que se me preste a mí. Significa aplicar al otro la misma vara que exijo para que se me mida a mí.

## 6) Concentración

Para realizar una obra verdaderamente grande y, por lo tanto, tener un real y duradero éxito es necesario no desearlo, no buscarlo, no obsesionarse con ello. En lugar de eso es mejor no

pensar en modo alguno en el éxito y concentrarse, en cambio, en la calidad del trabajo apuntando únicamente a la perfección.

Expresada de este modo, ésta parece una de esas máximas edificantes que sirven para consolar a los desafortunados y a los perdedores. En cambio, no se trata en modo alguno de una máxima moral, sino que es un fenómeno real y observable. Un fenómeno, debemos añadir, paradójico. Porque, para alcanzar el éxito es necesario tener el deseo de sobresalir, sentirse profundamente motivado, mirar derechamente la meta, darse, prodigarse. Pero, por otro lado, al mismo tiempo, hay que desinteresarse, no buscar el éxito.

Algo parecido a lo que ocurre con la felicidad. No podemos encontrar la felicidad si no la buscamos, si no nos dirigimos a lo que nos gusta, si no creamos la situación en la cual podemos encontrarla. Pero, si queremos capturar la felicidad con seguridad, cierto domingo o en determinadas vacaciones, casi siempre quedamos desilusionados. Porque nuestro deseo crece enormemente nos volvemos impacientes y cualquier contra tiempo termina por amargarnos. Así nunca podremos ser felices. Para ser felices debemos saber aceptar el fracaso y el infortunio, no esperar nada; entonces, la felicidad, imprevistamente, aparece. Como un don gratuito, como uní gracia.

El éxito es, ante todo y en su esencia, reconocimiento público, aplauso, clamor, chismorreos. Quien tiene este reconocimiento en la mira, quien quiere la aprobación de la gente, quien pro-



cede teniendo en cuenta este fin, quedará inexorablemente fuera del camino.

En realidad, toda innovación, toda obra creativa, se anticipa a su época, a las necesidades de aquellos que luego la aplaudirán. Si nos concentramos en lo que éstos piensan y desean hoy, terminaremos por recibir su influencia, por plégarnos a sus prejuicios.

El que se preocupa por el éxito llega a ser esclavo de la opinión pública y queda trastornado por ella. Para resultarles agradables a todos debemos hacer concesiones en todas las direcciones, dividirnos, hacernos añicos, esparcirnos en mil zalamerías diferentes. Por el contrario, la obra que vale es siempre algo unitario y definido. Por lo tanto, el fruto de una elección, de una exclusión intransigente.

Está también el peso de la agresividad de aquellos que nos circundan. Las personas que nos envidian procuran deliberadamente hacernos caer en el error. Nos felicitan cuando hacemos cosas mediocres, que no les molestan, pero nos atacan ferozmente cuando somos originales e innovadores. Tratan de inhibirnos, de atemorizarnos, de hacernos titubeantes e inseguros.

Sin embargo, si bien la envidia de los demás es peligrosa, nuestra propia envidia engendra un peligro todavía mayor. Si, en lugar de concentrarnos en nuestra obra, empezamos a pensar en aquellos que tienen éxito y nos atormentamos envidiándolos, perdemos nuestra frescura interior y nos volvemos sordos y ciegos. Ya no vemos lo que vale, ya no nos sentimos estimulados a mejorar,

ya no logramos aprender. El envidioso mira hacia afuera de sí mismo, únicamente para buscar lo que lo aleja de la meta.

Por eso, hagamos lo que hagamos, sea cual fuere nuestro trabajo, no podemos tener el éxito como meta. La única salvación consiste en concentrarse en la obra y en tratar de realizarla de manera perfecta. El éxito, cuando llegue —si llega—, será un don gratuito.